



JOANNA WAYNE

Testigo
enamorado

eLit

elit

TESTIGO ENAMORADO

JOANNA WAYNE

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Jo Ann Vest
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Testigo enamorado, n.º 224 - septiembre 2018
Título original: Security Measures
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-915-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

—¡Nunca me dejas que me divierta!. Eres tan paranoica que apenas me dejas hacer nada si no estás tú presente. ¡Si mi padre aún viviera, seguro que no sería tan malo conmigo!

A Janice Stevens las palabras de su hija le partieron el alma. Podía justificar muchos de los arranques de Kelly diciéndose que era una adolescente y tenía las hormonas revueltas, pero el arrebató de esa noche le dolía especialmente.

Janice hundió los pies en la tierra mientras la fresca brisa nocturna trataba de levantarle la falda. Ella llevaba meses deseando que llegara aquella semana en las montañas de Carolina del Norte, quería disfrutar de un tiempo a solas con su hija.

Hasta ese momento, habían pasado una buena semana. Y la noche había comenzado bien: habían ido a cenar hamburguesas y batidos, luego habían dado un largo paseo por la playa y tenían pensado terminar viendo una película de la extensa colección que había en la casa que habían alquilado.

Kelly se había aprovechado de su camaradería para pedirle una vez más que la dejara ir a Nueva Orleans. El equipo de natación de su colegio, al que ella pertenecía, había tenido unos resultados magníficos ese año y habían logrado clasificarse para el campeonato regional que se celebraría en Nueva Orleans. El entrenador iba a llevar a ocho de las mejores nadadoras al encuentro, que incluía una visita de cinco días por la ciudad y sus alrededores.

Los padres de las demás chicas habían dado su consentimiento, pero Janice no. Le permitiría a Kelly visitar el infierno antes que dejar que pusiera un pie en Nueva Orleans, sobre todo después de enterarse de que Tyrone Magilinti acababa de salir de la cárcel en libertad condicional.

Janice se arrebujó en su cazadora y observó el reflejo de la luna en el mar. El escenario era hermoso y sosegado, justo lo contrario a sus emociones. En cuanto pensaba en Nueva Orleans, le asaltaban aterradores recuerdos. Pero eso no podía explicárselo a Kelly. Llevaba toda la vida protegiendo a su hija de las posibles consecuencias de aquella horrible noche de tiempo atrás. Y no pensaba entregarla a los demonios después de tanto esfuerzo.

Janice estaba regresando a la casa alquilada cuando le sonó el teléfono móvil. Era el número de Ken Levine. Su humor, que no era demasiado bueno, se volvió aún más sombrío. El policía que se ocupaba de protegerlas nunca le daba buenas noticias.

—Hola, Ken. Dime que has llamado para saber cómo me van las vacaciones.

—Ojalá fuera así. Odio molestarte con esto esta noche, pero supuse que querías saberlo.

El terror se apoderó de Janice.

—¿Se trata de Tyrone?

—No, de Vincent Magilinti.

Vincent. Un escalofrío recorrió a Janice y le robó el aliento.

—Anoche se escapó de la cárcel —añadió el policía.

Ella se estremeció.

—¿Cómo fue?

—Le tocaba trabajar en la cocina. El repartidor que les lleva la fruta tuvo un ataque al corazón allí mismo y Vincent aprovechó el alboroto para esconderse en el camión. El vigilante no advirtió su ausencia hasta que fue demasiado tarde.

—¿Y ahora qué hago?

—Todavía nada. Por lo que creemos, tanto Vincent como su primo Tyrone se creyeron la historia de que Kelly y tú estáis muertas. Lleváis doce años viviendo una vida tranquila, no hay razón para creer que no podáis seguir así.

—Hemos vivido tranquilas mientras esos dos estaban en prisión. Pero ahora están fuera.

—Tienes razón pero, como te he dicho, no creemos que sepan que estáis vivas. Y aunque lo hicieran, dudo que tuvieran el dinero necesario ni las ganas de buscar venganza a estas alturas de su vida.

—Pero sus matones pueden hacerlo si ellos se lo mandan.

—No lo creo. Cuando Vincent senior murió y Tyrone y Vincent ingresaron

en prisión, la Mafia encontró un nuevo jefe y todo el mundo sabe que no quiere tener ninguna relación con los Magilinti.

—Más razón para que Tyrone y Vincent me guarden rencor.

—Guardan rencor a Candy Owens. Y ella está muerta.

Janice no estaba tranquila.

—Te conozco demasiado bien, Ken. Si estuvieras convencido de que no hay peligro, no me habrías telefoneado.

—Es por mera precaución.

Ya, igual que los avisos de tornado eran una precaución. Si el tornado pasaba de largo, no había problema, pero si caía encima de uno, ya podía ponerse a rezar.

—Te mantendré informada —añadió Ken—. Las autoridades seguramente vuelvan a tener a Vincent bajo custodia en unos cuantos días.

—Pueden pasar muchas cosas en unos cuantos días.

—Pero no hay razón para pensar que vaya a ser así —aseguró él con voz suave y tranquila para evitar que entrara en pánico.

Ken era muy bueno en eso. Ella no había conocido a su padre, pero le hubiera gustado que fuera como Ken. El padre ficticio de Kelly lo había construido basándose en él.

Ken había pasado los cincuenta y tenía el pelo medio cano. Medía un metro ochenta y tenía un cuerpo ágil y fibroso. Era muy hombre, pero cuando menos se lo esperaba la sorprendía con alguna dulzura.

Ella confiaba plenamente en su criterio. Si él le decía que regresaran a Illinois, lo harían; si le decía que se quedaran en la playa, se quedarían allí.

—¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó él.

—Bien, cuando mi hija no me acusa de ser controladora y paranoica. Y eso era antes de que tuviera que preocuparme por Vincent Magilinti.

—No sabes lo poco que me apetecía darte esta noticia.

Janice se sintió muy vulnerable.

—Todavía me queda una semana de vacaciones —comentó—. Había pensado pasarla en casa. ¿Supone un riesgo?

—No, a menos que vuelva a llamarte para decirte lo contrario. Sigue con tu vida de siempre. Y relájate un poco con Kelly, es una muchacha estupenda y, una vez que supere la adolescencia, volverá a ser tan dulce y juiciosa como siempre.

—Eso espero.

—Y ahora, intenta disfrutar de lo que te queda de vacaciones. Llámame si necesitas cualquier cosa. Sabes que puedes contar conmigo.

—¿Qué me dices de convertirnos en invisibles a Kelly y a mí durante unas cuantas semanas?

—Ya lo hice. Candy y Nicole Owens están muertas y enterradas. Tú eres la viuda Janice Stevens que ha buscado una nueva vida en Chicago con su hija Kelly.

—Haces que parezca tan factible...

—Hacerlo factible es mi trabajo. El tuyo es divertirte en tus vacaciones.

Y eso fue todo. Pero el temor no la abandonó conforme regresaba a la casa de la playa. Temor y la aterradora premonición de que aún no había visto lo último de Vincent Magilinti.

El barrio francés seguía teniendo el mismo aspecto de quince años atrás. Incluso el borracho dormido en un portal de Jackson Square podría ser el mismo de entonces. Un grupo de universitarios pasaron junto a él, riendo y hablando a voces, como si fueran las tres de la tarde en lugar de las tres de la madrugada. Quince años antes, Vincent podría haber sido uno de los juguistas, pero esa noche era un hombre fugitivo.

Era arriesgado estar en el barrio, pero necesitaba desesperadamente un coche y dinero. Se movió tambaleándose como si estuviera borracho, entró en un oscuro bar y se sentó en una mesa al fondo del local. En menos de un minuto, otro borracho, alto y corpulento, se le acercó.

—¿Me invitas a un trago, amigo? —preguntó entre hipos, sentándose a su lado torpemente.

—Claro.

Una pareja de hombres comenzaron a cantar desafinando y otros clientes del local se les unieron.

—Tienes buen aspecto para ser un fugitivo —le susurró Rico a Vincent mientras le entregaba una llave por debajo de la mesa—. El coche es un último modelo, un Ford negro de tres puertas aparcado en el cruce de Rampart con Saenger. La documentación del vehículo, algo de dinero y tu nuevo documento de identidad están en la guantera.

—¿Conseguiste las herramientas?

—Están envueltas en una manta azul marino en el maletero.

—Gracias.

El camarero pasó junto a ellos pero los ignoró, pensando que ya habían bebido suficiente.

—No pensarás ir a Chicago en busca de Candy y de la niña, ¿verdad?

—Ni por asomo. Por lo que a mí respecta, las dos están muertas.

—¿Y entonces adónde vas a ir?

—Tan lejos de la cárcel como me sea posible.

—¿Vas a hacerle una visita a Tyrone antes de marcharte de la ciudad?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Es tu primo.

—No me ayudó en el juicio precisamente. Voy a olvidarme de todo esto en cuanto salga por esa puerta. Voy a cortar con todo y a empezar una nueva vida.

—Espero que lo consigas. ¿Quieres tomar algo antes de irte?

—Sí, café. Necesito estar despierto.

Rico pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Qué hay que hacer para que le atiendan a uno en este antro?

El camarero se giró parsimoniosamente hacia él.

—¿Qué quiere beber?

—Yo tomaré un whisky con hielo —respondió Rico—. Y a mi amigo dele café. Ya ha bebido suficiente.

—Y usted también si va a conducir.

—Está claro que no voy a conducir. He alquilado una habitación en Bourbon Street.

—Mejor para usted. Enseguida les sirvo las bebidas.

Vincent observó al camarero; debía de tener unos veinte años, un par menos que él cuando el infierno se había abierto a su alrededor y su vida había explotado entre el estruendo de disparos y la sangre caliente y espesa inundándolo todo.

Ya no tenía veintidós, sino treinta y siete años, y le parecían cien. La cárcel provocaba ese efecto, la inocencia y la ilusión de la juventud quedaban machacadas bajo los pies de cientos de individuos que querían ser más fuertes que los demás.

El café era fuerte y con mucha achicoria, típico de Nueva Orleans. Vincent se lo bebió de un trago, se despidió con un gesto de la cabeza y se encaminó al aseo. Cuando salió, Rico se había marchado. Vincent dejó unos billetes en

la mesa y salió del local. Quince años habían sido mucho tiempo. Se preguntó si Candy Owens lo reconocería.

Iba a descubrirlo pronto.

Capítulo 2

Janice miró el reloj del coche al llegar a su casa del barrio residencial de Chicago. Eran las siete y media de la tarde, no muy tarde teniendo en cuenta que habían estado una hora en un atasco en la autopista a causa de un accidente.

Kelly, que llevaba la última hora sumida en una especie de coma autoinducido a través del rap, se quitó los auriculares de los oídos y abrió la puerta del coche antes de que Janice lo detuviera completamente.

—Sube algo del equipaje —le recordó Janice.

—Mamá... —protestó Kelly irritada.—. ¿Por qué tenemos que sacar el equipaje del coche justo ahora?

—Seguro que puedes entrar en casa con un par de maletas.

—Iba a hacerlo, pero primero quería ir a saludar a Gayle. No he visto a nadie en toda una semana.

—Me has visto a mí, y que yo sepa soy alguien.

—Ya sabes a qué me refiero. Además, ella se marcha a Nueva Orleans mañana temprano.

—De acuerdo, pero no te quedes mucho rato. La madre de Gayle nos ha recogido el correo de la semana, tráelo a casa cuando vuelvas.

Janice observó a su hija salir volando hacia la casa de la vecina de al lado, su mejor amiga. Las dos chicas eran inseparables. Janice agradecía que Gayle viviera tan cerca y que su madre fuera tan protectora con Kelly como ella misma.

De hecho, la madre de Gayle era lo más parecido a una amiga de verdad que Janice se había atrevido a tener. Joy Ann y ella no hacían nada en común, pero charlaban junto al buzón al ir a buscar las cartas y a veces se tomaban un café mientras hablaban de lo difícil que era convivir con una hija adolescente.

Janice abrió la puerta trasera de la casa y sacó del coche las bolsas de alimentos. Mientras llegaba a la cocina percibió aroma a café. Pero no podía ser: ellas habían gastado el paquete aquella mañana y ella misma lo había tirado a la basura. Miró la máquina de café: tenía el piloto encendido. Le invadió una ola de temor.

—Hola, Candy.

Maldición. Janice se lanzó a por uno de los cuchillos de cocina pero Vincent la detuvo antes de que pudiera alcanzarlos, la agarró por detrás y la sujetó por las muñecas.

—No hagas ninguna estupidez —le advirtió él.

Ella intentó soltarse, pero él la tenía fuertemente agarrada, con la espalda de ella contra su pecho. Fue soltándola poco a poco. Janice se giró para poder verle el rostro y ahogó un grito al comprobar el efecto que casi catorce años de cárcel habían tenido sobre él.

Antes de ingresar en prisión él era joven, espectacularmente guapo y seductor con su sonrisa traviesa y sus ojos oscuros y llenos de vida. Seguía siendo guapo, pero las facciones se le habían endurecido. Tenía unos brazos más musculosos de lo que ella recordaba y llevaba el pelo muy corto, casi completamente rapado. Una cicatriz le recorría desde debajo de la oreja izquierda hasta debajo de la mandíbula.

Sólo sus ojos seguían siendo los mismos, penetrantes, seductores... Janice se estremeció y desvió la mirada.

—¿Cómo has llegado aquí?

—En coche. Está aparcado por detrás de tu casa.

Pero bien escondido porque, si lo hubiera dejado delante de la puerta, ella habría sospechado.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —preguntó ella para ganar tiempo, mientras pensaba en cómo podía proteger a Kelly.

—Cualquiera puede encontrar a otro si realmente quiere hacerlo.

—Celebraron mi entierro.

—Lo sé, fue un movimiento inteligente. No me lo creí, pero los encarcelados tendemos a volvernos bastante cínicos. Y aquí estás, la dulce Candy Owens, vivita y coleando en Illinois.

—Ahora me llamo Janice Stevens. ¿Cómo has entrado sin que saltara la alarma?

—Las alarmas sólo neutralizan a la gente honrada y a los ladrones

estúpidos.

—Y tú no eres ninguna de las dos cosas.

—Exacto. Y bien, ¿dónde está mi hija?

Ella nunca llegó a decirle a Vincent que estaba embarazada, pero la investigación y el alboroto previo al juicio habían ocurrido en pleno embarazo. Los periodistas la habían acosado a preguntas de si el bebé que esperaba era un Magilinti. Ella lo había negado con vehemencia.

—Si la hija fuera tuya, no me la hubiera quedado.

Todo él se puso en tensión. Por un segundo, Janice temió que fuera a abalanzarse sobre ella, pero lo que hizo fue exhalar lentamente.

—Llevo aquí dos días. He visto su dormitorio, fotos de ella. Nicole, o como quiera que se llame ahora, es una Magilinti.

—Se llama por su nombre: Kelly Stevens.

—Es muy bonita. Inteligente también, y una buena nadadora. He visto sus diplomas académicos en la pared del cuarto de estar y los trofeos de natación en su cuarto. Lo has hecho muy bien con ella.

El cumplido emocionó a Janice, igual que la voz de él. Se había vuelto más grave con los años, pero ella la reconocería donde fuera. Viejos recuerdos afloraron a su mente y sintió que se ablandaba, pero no podía permitirlo. Independientemente de lo que Vincent y ella hubieran sido en el pasado, en el presente él era el enemigo. Ella había testificado para el fiscal en el juicio, había visto el arma en sus manos la noche de la sangrienta masacre en la que había muerto el padre de él.

El temor volvió a apoderarse de ella.

—Si has venido a matarme, hazlo, pero no hagas daño a Kelly. Ella no te ha hecho nada. Ni siquiera sabe que existes.

—¿Por qué iba a querer matarte? Por lo que a mí respecta, la mujer a la que conocí hace quince años está muerta. Estoy aquí por mi hija, nada más.

—Si quieres hacer algo por ella, márchate. Ella cree que su padre está muerto, cree que era un héroe.

—Y hubo un tiempo en que yo creí que su madre era un ángel. Las personas superamos nuestras ilusiones.

—¿Cómo pretendes explicarle que eres un fugitivo?

—No voy a hacerlo, aún no. Tú eres Janice Stevens, ¿no?, pues yo soy Vincent Jones, un amigo de su padre.

—No puedes quedarte aquí. Éste será uno de los primeros lugares donde

los federales te buscarán.

—Es un riesgo que tengo que correr.

—¿Por qué? ¿Por qué arriesgarte? Estás fuera de la cárcel. Sigue huyendo, no te quedes aquí. No pongas a Kelly en peligro.

—Mírame, Janice.

Ella le dio la espalda. Vincent la agarró de la muñeca.

—He dicho que me mires. No he venido a hacer daño a Kelly, sino a protegerla.

—Tú eres el único peligro aquí, Vincent.

—No, el peligro es mi primo, Tyrone. Sabe dónde vivís y planea mataros a las dos.

Lo dijo con tanta firmeza y seriedad que a Janice se le heló la sangre en las venas.

—Salió en libertad condicional hace tres semanas. No ha dado signos de querer hacernos daño.

—Pero lo hará. Lleva años planeando su venganza.

—Si eso es cierto, tengo que avisar a la policía. Un alguacil lleva mi caso. Él sabrá cómo manejar esta situación.

—No puedes llamar a la policía. Mételes en esto y Tyrone pospondrá su venganza hasta que creas que estás a salvo de nuevo. La policía bajará la guardia en algún momento, y él lo sabe.

—De acuerdo, quédate aquí. Pero deja que me lleve a Kelly. Por favor, déjame llevarla a algún lugar seguro.

—Escúchame: si quisiera haceros daño a ti o a Kelly, lo haría ahora —dijo él mostrándole una pistola que llevaba bajo la camisa—. Estoy aquí para proteger a Kelly. Si huyes, él os encontrará. Si os quedáis conmigo, puedo protegerla. Conozco a Tyrone, sé cómo piensa. Es un hombre malvado, pero yo conozco sus puntos débiles.

Ella lo miró a los ojos. No quería creerle, no quería pensar que Tyrone había planeado matarlas a Kelly y a ella. Pero su mirada le hacía dudar, ¿y si decía la verdad? Si así era, ¿tendría ella el valor de apartarlo de sí y confiar en la policía para que las defendieran de Tyrone?

—Déjame proteger a mi hija, Candy. Luego desapareceré de tu vida para siempre. Lo prometo.

—¿Y no le dirás que eres su padre?

—No. Tu identidad está a salvo conmigo.

—Entonces no me llames Candy. Ahora soy Janice.

—Pues te llamaré Janice.

No hubo tiempo para más conversación. Cualquiera otra noche, Janice hubiera tenido que telefonar a Joy Ann y pedirle que enviara a Kelly a casa, pero esa noche, como para llevar la contraria, la chica estaba en la puerta que daba al garaje con una cacerola en las manos y una bolsa con correo colgada de la muñeca.

—No me vendría mal algo de ayuda —dijo Kelly.

Vincent fue a ayudarla. Janice se quedó inmóvil mientras Kelly se encontraba con su padre por primera vez en su vida. Kelly lo miró de forma crítica. Janice contuvo el aliento esperando lo peor: que su hija sintiera algún tipo de lazo con aquel hombre y se figurara quién era. Pero la chica le entregó la cacerola a Vincent y continuó hablando.

—La señora Givens ha hecho un estofado de carne y verduras para que no tuvieras que cocinar esta noche, mamá. Aún está caliente.

—¡Qué considerada! —exclamó ella.

Le temblaba demasiado la voz, tenía que recuperar el control de sí misma, se reprendió Janice.

Kelly dejó las cartas sobre la mesa de la cocina y luego miró a Janice y a Vincent.

—¿Y tú quién eres?

—Es un amigo de la familia —respondió Janice sin que le temblara tanto la voz.

—¿Nuestra familia tiene amigos? No lo sabía.

—De hecho, era amigo de tu padre —apuntó él.

—¡Venga ya! ¿Lo dices en serio?

—En serio. Me llamo Vincent Jones, y tú debes de ser Kelly.

—Exacto. Bueno, mi nombre es Elizabeth Kelly, pero todo el mundo me llama Kelly.

—El nombre te va muy bien.

—¿De verdad conocías a mi padre?

—Y muy bien. Crecimos juntos.

—¿Cómo es posible que nunca haya oído hablar de ti antes?

—Buena pregunta.

—¿Mi padre era tan guapo como dice mi madre?

—¿Tu madre dice que tu padre era guapo?

—Sí, un monumento.

—Kelly, ¿por qué no traes el resto del equipaje del coche? —intervino Janice.

—Te ayudaré —se ofreció Vincent.

—¡Fantástico! Y tienes que quedarte a cenar. El estofado de la señora Givens está para chuparse los dedos.

—Suenan deliciosos.

Janice observó en silencio cómo hija y padre conectaban como viejos amigos. Ella llevaba catorce años rezando para que Kelly no conociera nunca al monstruo cuya sangre llevaba en las venas. Pero el monstruo se había escapado de la cárcel y quería vivir con ellas. Que el cielo las protegiera.

Kelly salió de la cocina para responder una llamada de teléfono y dejó a Vincent y a Candy a solas. Sólo que Candy ya no existía, ella era Janice Stevens, secretaria de un abogado y madre viuda que vivía en Chicago, Illinois. Y no era sólo su nombre lo que había cambiado, advirtió Vincent. También se comportaba de forma distinta, hablaba de forma distinta, incluso tenía un aspecto distinto.

Vincent sintió una opresión en el pecho al recordar la noche en que se habían conocido. Él salía de casa de su padre en St. Charles Avenue cuando se la encontró bailando bajo la luz de la luna.

No había música y ella estaba sola; daba vueltas y llevaba un vestido de algodón blanco que se arremolinaba entre sus piernas y sugería sus caderas. Su pelo rubio y rizado también bailaba al viento, despeinado... Vincent sintió que una parte de su cuerpo se endurecía y se obligó a apartar esos recuerdos de su mente.

—Me gustabas con el pelo rubio y rizado —comentó antes de pensar lo que decía.

—Janice Stevens nunca ha tenido el pelo rubio. Su cabello es castaño y liso.

El tipo de mujer que pasaría desapercibida. Debía de ser lo que ella pretendía, eso explicaría la falda larga que escondía sus fabulosas piernas y la holgada blusa que ocultaba sus turgentes senos.

—¿Janice Stevens tiene pareja? —preguntó él, aunque le daba igual la respuesta, salvo que complicaría lo que él quería hacer.

—No, vive para la memoria de su marido, un bombero que murió en acto de servicio.

—¿El hombre que era un monumento?

Ella apretó los puños.

—Quizás todo esto te haga mucha gracia, pero estoy logrando que funcione, Vincent, para Kelly y para mí.

—Hacer que funcione no es lo mismo que ser feliz.

—Soy suficientemente feliz, y tu hija también. Y si tuvieras la más mínima decencia, no harías nada para echar a perder la imagen que ella tiene de su padre muerto.

—Te sorprendería que yo tuviera algo de decencia en mi interior, ¿verdad?

—No sé lo que tienes por dentro. En realidad nunca te conocí.

—Tienes razón. Nunca me conociste de verdad y parece que yo tampoco a ti.

—¿Cómo averiguasteis Tyrone y tú que las muertes eran falsas?

—Con sobornos, favores, chantaje... la forma de actuar de los Magilinti.

—Y si todo eso no da resultado, queda recurrir a la violencia.

—Eso también.

—¿Y esperas que te crea?

—Sí, a menos que quieras arriesgar la vida de Kelly creyendo que estará más segura si yo no estoy cerca. Pero si lo haces, huiré con Kelly. La mantendré con vida sea como sea, contigo o sin ti.

Janice se estremeció y Vincent apretó los puños para no seguir el impulso de abrazarla y consolarla. Estar a su lado estaba confundiendo la mente y las emociones. Iba a tener que mantenerse muy alerta todo el rato, no podía bajar la guardia con ella. No permitiría que volviera a robarle el corazón.

La tensión en la cocina podía cortarse cuando Kelly regresó de su llamada telefónica.

—¿Vamos a comer o qué? —preguntó la chica—. Me muero de hambre.

—Yo también —dijo Vincent—. Prepararé una ensalada para acompañar el estofado.

Janice iba a decir que no tenían los ingredientes necesarios para una ensalada, cuando vio que Vincent sacaba un tomate y una lechuga de la nevera. Por lo que se veía, se había instalado completamente en la casa.

Se movía por la cocina con tanta soltura como ella. Y Kelly, que nunca colaboraba en las tareas de la casa si ella no se lo pedía, estaba poniendo la

mesa para tres.

Vincent Magilinti se había instalado de nuevo en su vida con tanta facilidad como la primera vez. Sólo que esa vez ella no se estremecería bajo sus caricias. No ardería de deseo con sus besos. No le haría el amor tan apasionadamente que gritara de placer.

No le permitiría que destruyera su vida ni la de Kelly. Ya lo había hecho demasiadas veces.

Kelly se quitó los zapatos y se sentó frente a su ordenador. Le gustaba que el amigo de su padre fuera a quedarse con ellas unos días pero agradecía no tener que dejarle su habitación. Perder su cama le daba igual, pero iba a echar de menos su ordenador.

Vincent iba a dormir en el sofá cama que había en el estudio de su madre, entre su dormitorio y el de su madre. Al elegir habitación, ella había preferido aquella porque le gustaba que diera a la parte trasera de la casa y porque no estaba pegada a la de su madre, que siempre se quejaba de que ponía la música demasiado alta.

Kelly abrió el navegador que buscaba y entró en un chat. Un segundo después, un mensaje instantáneo de Byron apareció en su pantalla. Ella contestó.

Hemos regresado esta noche. Y tenemos compañía, un amigo de mi padre. Es muy guay. Y guapo, pero me parece que a mamá no le gusta. Apenas ha hablado con él.

Las madres a veces son muy raras.

¿La tuya trabaja esta noche?

No, pero no está en casa. Yo también tengo noticias, grandes noticias: voy a comprarme una camioneta. Veámonos y te lo cuento.

Mamá no va a dejarme salir tan tarde.

Dile que vas a ver a Gayle como haces siempre.

Me dirá que son más de las diez, que no son horas.

Entonces sal a escondidas. Lo has hecho antes.

Sí, pero siempre me asusta que pueda pillarme.

Estaré en el parque dentro de quince minutos. De verdad que necesito verte. Vamos, Kelly, no me decepciones.

Lo intentaré.

Kelly apagó el ordenador y se tiró sobre la cama. Tenía que pensárselo seriamente. Byron le gustaba mucho, pero no quería meterse en problemas. Aunque daba igual que se portara bien, no iba a conseguir ir a Nueva Orleans aunque fuera un ángel.

Una camioneta nueva era una gran noticia.

Y sólo eran las diez y diez. Algunas de sus amigas podían salir hasta las once de la noche cuando iban a patinar sobre hielo. Después de todo, ese año iban a empezar el instituto.

Esperó diez minutos más y abrió la ventana de su dormitorio. La casa tenía un sistema de alarma de forma que si alguna puerta o ventana se abría una vez activada aquélla, avisaba. Pero Kelly había averiguado cómo desconectar los cables de su ventana en un chat de Internet.

Todo lo que uno quisiera saber estaba en el ciberespacio, sólo había que saber encontrarlo. Y si ella no lo lograba, tenía a Byron. Era el chico más listo que conocía. De hecho, era el único chico que conocía, pero le parecía que era un genio.

Él tampoco tenía padre. Bueno, sí lo tenía pero nunca lo veía. Y tampoco veía mucho a su madre porque ella trabajaba por las noches en una zona de descanso para camiones a las afueras de la ciudad. Byron también trabajaba allí de vez en cuando. Pero en cuanto cumpliera los dieciocho años, se marcharía de casa.

Kelly abrió la ventana. Afortunadamente, el aparato del aire acondicionado estaba cerca de su ventana y hacía bastante ruido. Y su ventana estaba en la parte de la casa más alejada del dormitorio de su madre.

Aun así, el corazón le latía desbocado cuando se escapaba de esa forma. No quería ni pensar en lo que sucedería si su madre la pillaba. Contuvo el aliento y salió. La farola de delante de su casa estaba apagada, pero había suficiente luz de la luna como para no tropezar.

El parque estaba cerca, a tres manzanas. Kelly quería ver a Byron y no sólo porque hubiera estado una semana sin hablar con él o porque quisiera que le contara lo de la camioneta; quería hablar del comportamiento de su madre. Debería estar emocionada de que el amigo de su padre hubiera ido a visitarlas, pero no era así. Y a pesar de todo lo había invitado a quedarse con ellas, y nunca antes se había quedado nadie a dormir en casa, salvo sus amigas del colegio.

Cuando dejó atrás la casa, aceleró el paso. Tenía la extraña sensación de que alguien la seguía.

Un segundo después, supo que estaba en lo cierto.

Capítulo 3

—¿Has salido a dar una vuelta?

Kelly se quedó inmóvil un momento, aterrorizada, y luego se giró hacia la voz. Pero sólo era Vincent.

—Algo así —respondió y sintió que se ponía nerviosa—. ¿Estás siguiéndome?

—He oído que salías de casa y pensé que quizá querías compañía.

—Sólo si no se lo cuentas a mi madre. Si ella se entera de que he salido a escondidas, me castigará durante los próximos quince años.

—Debe de tratarse de una aventura muy emocionante para arriesgarse a eso.

—No del todo. Tengo un amigo... —comenzó ella y se detuvo dudosa.

Vincent parecía un buen tipo para ser un adulto, pero eso no significaba que no fuera a repetirle a su madre todo lo que ella le dijera.

—No podía dormir, así que he decidido dar un paseo.

—¿Y has quedado con un amigo? No te preocupes, no voy a escandalizarme.

—Sí, he quedado con un chico, pero sólo para hablar, ¿sabes? —dijo ella y comenzó a andar de nuevo.

Vincent la alcanzó y siguió paseando a su lado.

—Es un buen barrio, parece seguro para andar por él de noche —comentó él—. Está bien iluminado.

—Sí que es seguro. Por aquí nunca sucede nada.

—Debes de haber echado de menos a tus amigos del colegio mientras estabas de vacaciones.

—Sí, pero Byron no es exactamente un amigo del colegio.

—Sólo es un amigo del barrio, ¿eh?

—Coincidiremos en el instituto el año que viene. Él estará en el último año.

—¿Así que Byron es mayor que tú? ¿Y cómo le conociste?

—Por Internet, en un chat sobre *El señor de los anillos*. A los dos nos encantaron las películas.

—Son unos buenos libros también.

—¿Los has leído?

—Sí, toda la serie.

—Byron también. A mí no me gusta tanto leer, pero sí que he leído *Harry Potter*. Me gustan los temas de magia y así.

—También he leído esa colección.

—¿Me tomas el pelo?

—No, últimamente he tenido mucho tiempo para leer. ¿Y es que a tu madre no le gusta Byron, por eso sales a escondidas de casa?

—¿Crees que le hablaría de él? Mamá me desconectó de Internet durante seis meses la última vez que me pilló hablando en un chat.

—Es muy estricta, ¿eh?

—No sabes cuánto. Vivir con ella es peor que estar en la cárcel.

—Eso lo dudo mucho.

—Créeme, es cierto. Por eso tienes que prometerme que no le dirás nada de Byron ni de que he salido a escondidas de mi cuarto.

—No se lo diré, a menos que crea que estás en peligro. Entonces el trato habrá terminado.

—No estoy en peligro. Byron es un buen chico.

—Me alegra saberlo, pero no creo que salir por la noche sin el permiso de tu madre sea una buena decisión.

—Tú harías lo mismo si vivieras con alguien que te trata como una niña pequeña. ¿Cómo era tu madre?

—Era fabulosa, pero murió antes de que yo tuviera edad para pensar en salir a escondidas de casa.

—Yo quiero a mi madre, pero desearía que se relajara un poco con el tema de controlarme. Apuesto a que mi padre no era así.

—Seguro que sí lo sería con una hija adolescente como tú.

—¿Por qué no le gustas a mi madre?

—Te has dado cuenta, ¿eh? Quizás le traigo demasiados recuerdos de tu padre.

—Puede ser, pero no eres sólo tú. Una vez le pedí que fuéramos al parque de bomberos para conocer dónde había trabajado mi padre y hablar con algunos de sus compañeros de trabajo, pero ella me dijo que no era una buena idea. A veces pienso que él tampoco le gustaba mucho.

—Yo sé que él os quería a las dos.

—Me alegro de saberlo. Yo sólo tenía dos años cuando murió, así que no recuerdo nada de él. Tengo una foto suya que me dio mamá, era un hombre muy guapo. Pero yo no me parezco mucho a él.

—Tienes sus mismos ojos.

Ella sonrió, para sorpresa suya. Cuando había salido de casa por la ventana no tenía ningunas ganas de sonreír. Le apetecía mucho ver a Byron, pero cuando estaban juntos no podía decirse que se divirtieran. Solían quejarse de sus madres y hablar de lo descontentos que estaban con sus vidas.

—¿Cómo es Byron? —preguntó Vincent como leyéndole el pensamiento.

—Es un solitario, piensa mucho en la vida y esas cosas —respondió Kelly mientras cruzaba la calle y doblaba la esquina.

El parque estaba en la siguiente manzana. Tenía un tobogán, algunos columpios... y daba a una arboleda. La parte más bonita del parque era un camino entre los árboles que en parte discurría junto a un riachuelo. Byron vivía al otro lado.

—Siempre quedamos en el parque —explicó Kelly—. Seguramente él ya estará allí.

—Me gustaría conocerlo, si no te parece mal.

—Claro. Le he contado que había venido a visitarnos un amigo de mi padre —respondió ella mientras se dirigía hacia los columpios.

El parque estaba oscuro porque los árboles tapaban en parte la luz de la luna, pero Kelly veía lo suficiente para saber por dónde pisaba. No había señales de Byron, así que se sentó en un columpio a esperarlo, el mismo en el que solía esperarla él. Siempre que ella llegaba al parque él ya estaba allí, así que ella no se había dado cuenta de lo oscuro que estaba. De pronto agradeció que Vincent la hubiera acompañado.

—¿Qué le gustaba hacer a mi padre de pequeño?

—El béisbol lo volvía loco. Le encantaba jugar, ver partidos y coleccionar los cromos. Su equipo favorito eran los Yankees, tenía banderines y bufandas de ellos por toda su habitación.

—Yo nunca he ido a un partido de béisbol.

—Cada año, por su cumpleaños, su padre lo llevaba al estadio de los Yankees. Era el momento más importante del año para él, mucho más que la Navidad.

—¡Cada año, qué suerte! Yo no he estado ni una vez en Nueva York.

—Quizás yo podría llevarte.

—Como si mi madre fuera a dejarme ir. Ni siquiera confiaría en que me fuera con el mismísimo Dios si ella no viniera conmigo. Si buscas la palabra «paranoica» en el diccionario, seguro que sale su foto.

Pero Kelly estaba empezando a preocuparse. Byron siempre acudía cuando quedaban.

—No sé qué le habrá pasado a mi amigo.

—Quizás me ha visto y ha salido corriendo.

—Podría ser, pero... no lo sé. Estoy empezando a tener una sensación extraña respecto a todo esto —comentó ella mirando alrededor, aunque tampoco se veía mucho.

—Tengo un teléfono móvil, ¿quieres llamarlo?

—No puedo, no me sé su número. Sólo hablamos en chats o por mensajes instantáneos. Ni siquiera sé cómo se apellida. Él dice que los nombres no son importantes, que lo único que importa es lo que está dentro de uno.

—Entonces, ¿qué te parece si regresamos a casa e intentas contactar con él?

—¿Podemos adentrarnos un poco más en el bosque para asegurarnos de que no está viniendo? Él siempre llega en sentido opuesto a mí, a través del bosque.

—No me gusta caminar por el bosque de noche —señaló Vincent.

A Byron no le importaba atravesar el bosque y él no era corpulento como Vincent. Los adultos a veces eran raros, pensó Kelly. Se bajó del columpio y Vincent la siguió.

Cuando llegaron al camino, ella se detuvo y miró en la dirección en la que solía llegar Byron. Escucharon un ruido entre la maleza, como si alguien estuviera intentando ahogar una tos.

—Byron, si eres tú, sal ahora mismo.

Si era él, desde luego no salió. Vincent se colocó entre Kelly y el bosque.

—Marchémonos de aquí —dijo, la agarró del brazo y la llevó hacia el área infantil.

—Ojalá supiera qué le ha sucedido a Byron.

—Estoy seguro de que te lo dirá en vuestra siguiente conversación por Internet.

En ese momento Kelly vio la pistola plateada en la mano de Vincent. Ella nunca había visto un arma tan de cerca.

—¿Eres un poli o algo así?

—Algo así.

—¿Crees que había alguien en el bosque?

—No, el arma es sólo por precaución.

—¿Alguna vez has matado a alguien?

—Haces demasiadas preguntas.

Como él no contestaba, Kelly se figuró que sí habría matado a alguien. Byron se quedaría impresionado cuando se lo contara. Lo que no le cuadraba a ella era que un policía con una pistola se asustara de dar un paseo por un bosque, aunque estuviera oscuro.

El mensaje de Byron apareció casi en cuanto Kelly se conectó al servidor.

Creí que ibas a venir sola.

Iba a hacerlo, pero el amigo de mi padre me ha visto escabullirme de casa y me ha acompañado. ¿Por qué has salido corriendo?

Kelly esperó. A veces los mensajes instantáneos no eran tan instantáneos. Por fin, el nuevo mensaje parpadeó en la pantalla. No explicaba por qué había salido corriendo.

¿Y cómo se llama el tipo?

Vincent Jones. Es policía. Y lleva una pistola, la he visto.

Yo nunca confío en los polis.

Kelly soltó una carcajada y bebió un trago de su refresco. Eso era muy típico de Byron.

Nunca confías en nadie.

¿Qué le has contado de mí?

Que te gusta pensar.

¿Eso es todo?

No, le dije que eras un asesino en serie. ¿Qué crees que le dije, tonto?

Quería comprobarlo. No le cuentes nada más sobre mí. Él sólo puede causarnos problemas.

Él no es así.

Apuesto a que no...

¿Qué te parece mañana por la noche, quieres volverlo a intentar? Iré sola.

Ya veremos.

Estaba haciéndose el difícil. Ella odiaba cuando se ponía así, sobre todo cuando ella arriesgaba tanto saliendo de su casa a escondidas.

De acuerdo. Me voy a dormir.

Kelly escogió el icono de la carita dormida, la envió y apagó el monitor. Ya era suficientemente malo que sus amigas fueran a marcharse a Nueva Orleans al día siguiente y ella no. No iba a quedarse despierta sólo para que Byron le hiciera sentirse mal por haber llevado a Vincent con ella esa noche.

Además, seguro que era a él a quien habían oído en el bosque. No había sido muy inteligente, así que quizás no era tan listo como ella creía. ¿Y si Vincent le hubiera disparado o algo así?

Kelly bostezó y fue al baño, se lavó los dientes y la cara y se contempló en el espejo. Vincent le había dicho que tenía los ojos de su padre... ¿por qué su madre nunca se lo había dicho?

Janice se despertó al alba. Se sentó en la cama totalmente alerta, a pesar de que se había dormido más tarde de las tres de la madrugada. Había luz bajo la puerta de su dormitorio, más de la que correspondía a la lamparita que dejaba encendida en el pasillo

Alguien estaba levantado. No tuvo dudas de que se trataba de Vincent paseándose por la casa como si fuera suya. Él siempre había creído que podía conseguir todo lo que deseaba. Aparentemente la cárcel no había cambiado eso.

Janice se estremeció y acercó la mano al teléfono. Lo único que tenía que hacer era descolgar el auricular y llamar a Ken Levine. Estarían rodeados de policías en cuestión de minutos. Arrestarían a Vincent y lo llevarían entre rejas de nuevo, donde se merecía estar.

Entonces se quedarían Kelly y ella a solas... y Tyrone.

Las cruentas imágenes de la horrible noche acudieron a su mente y el cuarto en penumbra se transformó en un río rojo. La sangre cubría el suelo, manchaba las paredes y las cortinas... Janice podía oír la risa de Tyrone Magilinti y verlo con la ametralladora en la mano.

Las imágenes se desvanecieron. Janice apartó la mano del teléfono. Vincent también era un Magilinti y también había estado allí esa noche, aunque ella no lo había visto hasta que la policía había entrado en la centenaria mansión.

De pronto oyó pasos al otro lado de la puerta y se puso rígida. Llamaron suavemente y ella se bajó de la cama y se puso la bata de algodón. Llegó hasta la puerta y la abrió ligeramente.

—Te he traído café.

Janice tragó saliva con dificultad. Había dos tazas en la bandeja. Y Vincent llevaba sólo unos vaqueros, ni camisa ni zapatos. Aún tenía el pelo húmedo de la ducha y le quedaban algunas gotas enredadas en el pecho.

Recuerdos inesperados asaltaron a Janice, esa vez cruelmente eróticos.

—Gracias —contestó asiendo una taza—, pero prefiero tomarme el café sola.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Quieres ponérmelo difícil, ¿no es así?

Su descaro la asombró.

—La situación es difícil, Vincent, pero yo no tengo nada que ver con ella.

Él pasó a su lado, dejó la bandeja en la mesilla de noche y luego fue a la puerta y la cerró con pestillo.

—No es fácil decirte esto, así que voy a hacerlo sin adornos.

Ella se acurrucó en su bata, de pronto estaba helada.

—Creí que anoche habías dicho todo lo que tenías que decirme.

—He aprendido algunas cosas desde entonces: Kelly salió de casa anoche después de que tú te fueras a la cama.

La suspicacia de ella aumentó.

—Mientes. Kelly nunca haría algo así. Sea lo que sea que estés intentando hacer, no te va a funcionar.

—Salió por la ventana.

—Activé la alarma antes de acostarme. Si ella hubiera abierto su ventana, me habría enterado.

—Parece que ha logrado neutralizar el sistema de alarma de alguna manera.

—Ella no sabría cómo hacerlo.

—Entonces alguien debió de hacerlo por ella. Examina la ventana, compruébalo por ti misma.

Janice no quería creerlo, pero o le estaba diciendo la verdad o era un mentiroso increíblemente bueno.

—¿Y por qué iba ella a salir tan tarde?

—Escucha, sé que esto te descoloca, pero será mejor que me dejes decir lo que tengo que decirte sin que pelees conmigo.

Janice bebió un largo sorbo de café. Pero no era lo más recomendable para sus nervios.

—Te escucho.

—Yo estaba haciendo una inspección de rutina alrededor de la casa cuando vi a Kelly escabullirse por la ventana de su dormitorio. Ella no me vio a mí, así que la seguí y me uní a ella en la calle. Fui con ella hasta el parque, donde supuestamente había quedado con un amigo llamado Byron. Él no apareció, pero creo que estaba allí y que decidió huir cuando me vio.

Janice se sentó en el borde de la cama. No quería creer a Vincent, pero temía no dar importancia a su historia. Kelly estaba tan rebelde últimamente... A Janice le preocupaba que estuviera juntándose con malas compañías en el colegio.

—Nunca me ha hablado de ese Byron.

—Lo conoció en un chat de Internet.

—Le tengo prohibido que hable con extraños en Internet —replicó ella con temor y preocupación—. Ha roto mis reglas deliberadamente.

—Es una adolescente —comentó Vincent—, es propio de la edad. Seguro que tú te acuerdas de cuando eras así.

Janice decidió ignorar ese comentario.

—Me ocuparé de ello a partir de ahora.

—No puedes decirle a Kelly que yo te he contado esto.

—No irás a decirme cómo comportarme con mi hija...

—Le prometí que no la delataría. Es mejor que ella crea que puede confiar en mí.

—No voy a permitir que salga de casa a escondidas para encontrarse con un chico al que ha conocido por Internet.

—Creo que podría ser peor que eso. Creo que Tyrone puede estar detrás de esto. No estoy seguro de cómo ni por qué, pero la relación con ese chico me resulta sospechosa. Comenzó justo cuando Tyrone salió en libertad condicional. Podría ser su forma de saber dónde está ella y de averiguar sus hábitos de vida. Lo investigaré, pero tienes que ayudarme y no romper la confianza que Kelly tiene en mí.

Janice se pasó la mano por el pelo. La ironía de aquellas palabras le crispaba los nervios. Él era un delincuente condenado a prisión pero hablaba de confianza como si fuera fundamental en su vida.

—Necesitaré estar un rato en la habitación de Kelly para comprobar varias cosas en su ordenador. Le pediré si me deja comprobar mi correo electrónico, pero tendrás que mantenerla ocupada para que no entre en la habitación mientras fisgoneo en sus archivos.

—No quiero que entres en su dormitorio y...

Su teléfono móvil sonó. Miró la pantalla: era Ken. ¿Sabría que Vincent estaba allí?

—Tengo que contestar —se disculpó ella.

Vincent le quitó el teléfono de las manos y comprobó la identidad de quien llamaba.

—¿El departamento de Justicia?

—Seguramente será el alguacil que se ocupa de mi caso —respondió ella, sabiendo que seguramente él ya se lo había figurado.

—Contesta, pero no le digas nada que le haga sospechar que estoy aquí.
Janice se acercó el móvil a la oreja.

—Hola.

—Espero no haberte levantado de la cama.

—No te preocupes, estoy despierta.

—Tengo malas noticias.

—¿Qué sucede?

—No han encontrado a Vincent aún y sospechan que quizás haya salido de la zona. Pero tienen a Tyrone bajo vigilancia, por si Vincent intenta quedar con él. No ha habido cambios en el comportamiento de Tyrone. Va a trabajar cada día y se queda cerca de su casa por las noches.

—Eso es bueno, supongo.

—Muy bueno. Sabemos que Tyrone no supone una amenaza. El que me preocupa es Vincent.

—¿Y eso por qué?

—He estado revisando sus informes de la cárcel. La última evaluación psicológica indicaba que a veces delira.

—¿Y eso qué significa?

—Que no acepta la realidad. El informe no dice nada más.

Eso quería decir que quizás los temores que él tenía acerca de Tyrone eran infundados.

—¿Estás bien?

Ni mucho menos, pero Janice no quería decírselo, y menos con Vincent a su lado escuchando todo lo que ella decía.

—Sí, estoy bien.

—Llámame si necesitas algo o si sabes algo de Vincent. Aunque, como te dije, no hay razón que indique que sepa que estás viva.

Ninguna razón, salvo que estaba delante de ella y le había contado una historia de lo más inquietante acerca de Kelly.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Janice colgó y se giró hacia Vincent. Esperaba que la bombardeara con preguntas acerca de la llamada, pero parecía que se había quedado satisfecho con que ella no lo hubiera descubierto.

—Saldré de aquí y te dejaré a solas —anunció él agarrando la bandeja—. Pero no hagas ninguna tontería.

—Ninguna tontería.

—Lo digo en serio. No me importa lo que diga tu amigo alguacil. Quizás Tyrone lo haya convencido de que se ha reformado, pero lo conozco demasiado bien. Está deseando vengarse. Entrégame a la policía, y Kelly y tú no tendréis ninguna oportunidad de salir de esto con vida.

Las palabras de Vincent resucitaron viejos temores y crearon otros nuevos, e hicieron que la sangre se le congelara en las venas.

Era curioso que ser un fugitivo no le hiciera sentir tan vulnerable a Vincent como el conocer a su hija. No sabía qué había esperado, pero no había sido aquello. Conocerla era como despertarse la mañana de Navidad y encontrar un regalo tan fantástico que nunca habría podido imaginárselo.

Aunque ella se quejaba por no poder ir a Nueva Orleans, seguía siendo fabulosa: lista, con agallas... Y él no le había mentado al decirle que tenía los mismos ojos que su padre. Era cierto, aunque el resto de ella se parecía a Candy, o a Janice, como se llamaba tras el cambio. No era tan guapa como su madre, pero lo sería en el futuro. Y él quería asegurarse de que ella vivía hasta entonces.

Vincent entró en el dormitorio de Kelly. Echó una ojeada a su tablón de anuncios y luego observó una foto de Kelly y Janice sonrientes. Se puso en tensión, como si estuviera preparándose para una batalla.

No era que sintiera algo por Janice, ya no. ¿Cómo iba a sentirse atraído por una mujer que ni lo había mirado a los ojos al testificar llamada por el fiscal? Pero eso a él ya no le importaba. Él estaba allí por Kelly, lo único importante era la seguridad de su hija.

Se sentó frente al ordenador y recuperó el correo electrónico de ella. Afortunadamente, no tuvo que averiguar la contraseña, lo había dejado accesible. Tenía el buzón lleno de mensajes, nuevos y ya leídos.

Él leyó los más recientes y encontró varios que Byron había escrito bajo el seudónimo de Ringman. Nada indicaba que el joven trabajara para Tyrone, pero nada lo exculpaba tampoco. Tenía que averiguar más de ese chico. Se metería en el chat donde Kelly y él se habían conocido. Y también lograría la dirección del ordenador de Byron y vería qué información podía conseguir a través de Internet.

Había aprendido bastantes cosas útiles en la cárcel.

Kelly estaba tumbada en el sofá con los cascos de música puestos y hojeando el último número de una revista para adolescentes. Vincent estaba en la habitación de Kelly con la puerta cerrada. Janice estaba en el cuarto de la lavadora doblando ropa que acababa de sacar de la secadora y pensando un plan de acción.

La noche anterior Vincent la había pillado desprevenida. Su argumento de que ella lo necesitaba para proteger a Kelly había despertado tal temor en su interior que había aceptado colaborar con él.

Pero la llamada de Ken le había hecho ver las cosas de forma distinta. Vincent creía que Tyrone era un peligro real e inminente. Pero si tenía delirios, eso explicaría su apasionamiento y sus temores. Y quizás significara que podía volverse peligroso, sobre todo si lo echaba de la casa.

Tenía que apartar a Kelly de él. Podía hacerlo. La ropa que Kelly había llevado a la playa estaba recién lavada. Y la ropa de Janice, su bolsa de maquillaje y el cargador para el móvil no había llegado a sacarlos de la maleta.

Lo único que tenía que hacer era añadir algunas cosas más al equipaje, y podrían subirse al coche y marcharse de allí antes de que Vincent se diera cuenta siquiera de que se habían ido. Entonces ella llamaría a Ken y él se haría cargo de ellas a partir de entonces.

Pero tenía que hacerlo bien. Si Kelly montaba una escenita en algún momento, Vincent oiría alboroto y acudiría enseguida a ver qué sucedía.

Volvió a meter la ropa de Kelly en la maleta y la llevó junto con la suya al coche, cuidando de hacer el menor ruido posible. Lo consiguió, pero el auténtico desafío aún estaba por llegar.

Tratando de parecer lo más tranquila posible, entró en la sala de estar y se sentó en el brazo del sofá. Cuando Kelly la miró, le hizo un gesto para que se quitara los auriculares.

—¿Qué ocurre?

Ése era el momento decisivo. Un grito de protesta de Kelly, una aparición inoportuna de Vincent, un movimiento erróneo, y su plan podía terminar en tragedia. Era un riesgo, pero un riesgo que tenía que correr.

Tenía que lograr que aquello funcionara.

Capítulo 4

Janice sacó el coche del garaje lentamente y, cuando doblaron la esquina, pisó a fondo el acelerador.

—¡Así se hace, mamá! ¿Por qué tanta prisa?

Janice ignoró la pregunta. Le había dejado una nota a Vincent de que tenían que ir a buscar algo a su oficina y que regresarían pronto. Dudaba que él fuera a creérselo, pero quizás lograra retenerlo un poco antes de que saliera a buscarlas.

El semáforo que había delante se puso ámbar y ella apretó más el acelerador y pasó justo cuando se ponía en rojo.

—¡Mamá! Vas a conseguir que nos matemos por unos estúpidos archivos antiguos.

Precisamente lo que temía era que las mataran. Lo de los archivos era una excusa para que Kelly la acompañara: alguien tenía que quedarse dando vueltas con el coche mientras ella subía a la oficina, así que era la excusa perfecta para que su hija no pudiera negarse a ir con ella.

Kelly se arrellanó en el asiento y volvió a ponerse los cascos en los oídos. Se quedó así hasta que Janice dejó atrás la salida de la autopista que deberían haber seguido para ir a su oficina. Entonces Kelly se quitó los cascos e hizo una mueca de disgusto.

—No vas a llevarme a hacer un millón de recados, ¿verdad?

—No del todo.

—Lo sabía —dijo Kelly y esa vez no volvió a ponerse los auriculares.

Subió los pies sobre la guantera y toqueteó la pintura roja de las uñas de sus pies. Luego se giró hacia Janice.

—¿Sabías que mi padre era un loco del béisbol?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Vincent. Dice que mi padre iba a ver jugar a los Yankees todos los años cuando era pequeño.

Si era cierto, ella no sabía eso de Vincent, pensó Janice. Lo único que sabía de él era que había irrumpido en su vida como un huracán de pasión y ella se había enamorado de él al instante y profundamente.

—Le conté a Vincent que yo nunca había estado en Nueva York y él me dijo que me llevaría algún día. Le dije que tú no me dejarías ir. Nunca me dejas ir a ninguna parte...

Y Vincent era la razón por la que ella era tan precavida, pensó Janice, aunque estaba segura de que él no había mencionado eso. Janice agarró el volante con tanta fuerza que casi le dolieron las manos.

Kelly se puso los cascos de nuevo y comenzó a mover la cabeza al ritmo de la música. Janice intentó pensar cuál era la mejor manera de explicarle a Kelly que todo lo que le había contado ella sobre su padre era mentira, que él no era un héroe muerto en acto de servicio, sino un condenado que se había fugado de la cárcel. Tenía que decírselo. No podía huir con ella y no decirle por qué huían ni de quién.

Siguieron el camino en silencio hasta que Janice tomó la salida del aeropuerto. Entonces supo que tenía que darle una explicación a su hija. Alargó la mano y le quitó los cascos.

—Tenemos que hablar.

—Deja que lo adivine: vamos a tener otro invitado del que nunca he oído hablar.

—No. Nos vamos de viaje.

—¿Sin equipaje?

—Metí algunas cosas en las maletas. Están en el maletero del coche.

Kelly se soltó el cinturón de seguridad y se giró hacia atrás. Quería comprobar si Janice decía la verdad. Cuando vio las maletas, comenzó a gritar de alegría.

—¡Nos vamos a Nueva Orleans! Has cambiado de opinión y vamos a ir allí —exclamó bailando con los brazos y luego le dio un abrazo a su madre—. Tengo que llamar a Gayle y contárselo. No va a creérselo. ¿O ella ya lo sabía?

Janice negó con la cabeza, exasperada. Lo había hecho todo mal. De ninguna forma podían ir a Nueva Orleans. ¿O sí? Seguro que a Vincent no se le ocurriría mirar allí. Ni a Tyrone, aunque Vincent estuviera en lo cierto y su

primo estuviera buscándolas. Podían unirse al grupo de Kelly, uno más de los múltiples grupos de estudiantes que recorrían la histórica ciudad. Así la policía tendría tiempo de detener a Vincent; le habían dicho que ya estaban vigilando a Tyrone.

¿Se atrevería a arriesgarse a eso? ¿O debía decirle a Kelly que aquello era un error y dejarla destrozada?

Kelly ya estaba hablando con Gayle por teléfono, comentando emocionada que Janice había accedido a sus ruegos y que llegarían a Nueva Orleans en unas horas.

Kelly estaba tan contenta como no la había visto en mucho tiempo. Janice sintió el estómago revuelto. Aunque quizás funcionara... Pero no lo haría sin el consentimiento de Ken. Le telefonaría en cuanto llegaran al aeropuerto y pudiera alejarse lo suficiente de Kelly como para que ella no escuchara su conversación.

Vincent estiró las piernas bajo el escritorio de Kelly y dio con los pies en la pared. Todo lo que había encontrado apuntaba al hecho de que la relación de Byron con Kelly había comenzado justo después de que Tyrone saliera de la cárcel. No había señales de que Ringman fuera miembro de ningún otro chat más que en el que había conocido a Kelly.

El perfil que había logrado conformar con los datos obtenidos vía Internet decía que se llamaba Byron Hasselback y que tenía diecisiete años. En los archivos del instituto local no figuraba ningún alumno llamado Byron Hasselback. Y tampoco había nadie con ese apellido que viviera cerca del parque, según el listín de teléfonos.

Tenía que contarle esa información a Janice. Vincent cerró el correo electrónico de Kelly y estaba a punto de salir de Internet cuando apareció en la pantalla un aviso de que Ringman acababa de conectarse a Internet. Un segundo después, salió en pantalla un mensaje instantáneo de Byron.

Supongo que aún estás enfadada porque no puedes ir a Nueva Orleans.

Vincent acercó las manos al teclado. Por un instante casi se sintió culpable por asumir la identidad de su hija, pero al pensar en Tyrone su aprensión se desvaneció.

Muy enfadada. Esto es lo peor. ¿Podemos vernos un rato?

Claro. Podemos quedar ahora si prometes no llevar a ese tipo contigo.

La oferta de verse a la luz del día sorprendió a Vincent, pero con suerte el parque estaría tan desierto a mediodía bajo el sofocante calor como lo había estado por la noche. Si se trataba de una trampa, no quería involucrar a gente inocente.

Puedo quedar ahora.

De acuerdo, pero que ese tipo no te vea salir de casa.

No está por aquí.

¿Y dónde está?

Creo que se ha marchado. A mamá no le gustaba.

¿Puedes estar allí en veinte minutos?

Sin problemas.

Vincent cerró los programas y apagó el monitor. Luego salió del dormitorio de Kelly y se dirigió al salón mientras pensaba cómo manejaría el encuentro con Byron.

La puerta del dormitorio de Janice estaba abierta, pero él llamó de todas formas. Como ella no respondió, Vincent metió la cabeza ligeramente. La bata que llevaba puesta esa mañana estaba encima de la cama sin hacer, una cama que aún conservaba la huella de su cuerpo.

A Vincent le dio un vuelco el corazón y se apoyó en el quicio de la puerta intentando controlar sus sentimientos. El deseo salvaje que despertaba en él no significaba nada, se dijo. Sólo se debía a que no había estado con una mujer en muchos años.

La casa estaba tranquila, demasiado tranquila. Vincent entró en la sala de

estar y buscó signos de que hubiera alguien. El periódico de esa mañana estaba doblado sobre la mesa tal y como él lo había dejado. Junto al sofá había un vaso con restos de refresco y hielo a medio deshacer.

El pánico se apoderó de él conforme se apresuraba a la cocina y luego abría la puerta del garaje. El coche no estaba, maldición. Golpeó una lata que había junto a la puerta con tanta fuerza que la mandó al otro extremo del garaje.

¿Qué locura le había dado a Janice para salir huyendo después de que él la hubiera advertido de que Tyrone quería vengarse de ella y de su hija? Era un comportamiento estúpido, igual que, para empezar, el haber testificado contra Tyrone Magilinti. Si Janice creía que un policía que actuaba según la ley iba a poder protegerlas, vivía en un mundo de fantasía.

¿Adónde demonios se había llevado a su hija? Seguramente a una de esas casas donde ocultaban a los testigos de juicios para protegerlos que el alguacil les hubiera facilitado. O quizás había ido a casa de una amiga, o simplemente había salido corriendo.

Tal vez incluso había tomado un vuelo para salir de la ciudad, seguramente empleando un nombre falso. Tendría que comprobar las listas de pasajeros por si había embarcado con su nombre.

Regresó a la cocina y esa vez sí que vio la nota que Janice le había dejado junto a la máquina de café. Y un cuerno que iba a volver pronto. Seguramente ya habría avisado a la policía y les había dicho dónde encontrarlo.

Vincent estaba asombrado de que aún no hubieran echado la puerta abajo. Probablemente habría un comando especial rodeando la casa, esperando a que él sacara la cabeza para comenzar a disparar.

Comprobó sus armas. Una de las pistolas la llevaba a la cintura, metida en una funda bajo la camisa; otra estaba escondida en su bota, junto con un machete que podía seccionar la yugular de un hombre con un simple giro de muñeca.

Vincent fue corriendo hasta el cuarto de invitados, recogió sus pocas pertenencias, las guardó junto con sus herramientas, y luego se acercó a la ventana del porche y estudió el entorno.

No había signos de actividad policial, así que salió, se metió en su coche y condujo hasta el parque para encontrarse con Byron. Iba a ser una visita rápida, pero si el chico, en efecto, trabajaba para Tyrone, Vincent quería

saber porqué y quién más estaba involucrado en la venganza de su primo.

El parque estaba desierto, salvo por algún perro callejero que perseguía a alguna ardilla. Vincent esperó en el bosque, a cierta distancia del camino. No quería que Byron saliera corriendo al verlo, como la otra vez.

Byron se presentó temprano en el parque, al menos Vincent creyó que sería él el joven con los shorts vaqueros y la melena. El chico estudió el lugar, se sentó en un columpio y encendió un cigarrillo. Era larguirucho y se movía con parsimonia, como si no tuviera nada mejor que hacer que pasar las horas quedando con gente a la que conocía por Internet.

Vincent observó atentamente a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más que ellos dos por allí. Cuando se hubo asegurado, se puso en el camino y comenzó a jadear como si hubiera estado haciendo footing.

—Chico, con este calor te va a dar una insolación —comentó, apoyándose en un árbol y llevándose una mano al pecho.

—Sí, hace calor —contestó Byron.

El joven aspiró una bocanada de su cigarrillo y soltó el humo en espiral mientras Vincent se acercaba a él.

—Hace demasiado calor para Kelly —continuó Vincent, deteniéndose suficientemente cerca de Byron para poder sujetarlo si pretendía huir—. Me ha dicho que te avisara.

A Byron se le cayó el cigarrillo al suelo. Vincent se colocó delante del chico y aplastó el cigarrillo.

—Debe de haberse equivocado de persona —se defendió Byron—. No conozco a ninguna Kelly.

—Yo creo que sí la conoces.

Byron se puso en pie de un salto, pero Vincent colocó sus manos en los hombros de él y le hizo volver a sentarse.

—Está usted loco. No sé de qué me habla.

Vincent siguió sujetándolo por los hombros.

—¿Quién te ha pagado para que comenzaras una amistad con Kelly?

—Nadie. Ya se lo he dicho, no conozco a ninguna Kelly.

Vincent desenfundó su pistola y apoyó el cañón contra la sien de Byron.

—¿Quién te ha pagado?

—De acuerdo, de acuerdo. Me ha pagado un tipo, pero no sé cómo se

llama. Sólo me dijo que comenzara a quedar con Kelly en el parque y que averiguara cosas sobre ella.

—¿Qué tipo de cosas?

—Quiénes eran sus amigos, a qué horas estaba su madre en casa... ese tipo de cosas.

—¿Por qué anoche saliste corriendo sin dar la cara?

—Yo no fui. Anoche no estuve aquí.

—Eso no es lo que le dijiste a Kelly por Internet.

—Digo lo que él me dice que diga. Anoche me ordenó que no apareciera y luego me dijo que actuara como lo hice.

—¿Por qué no quería él que acudieras a la cita?

—No lo sé. Yo no pregunto, sólo hago lo que me dicen. Tengo deudas de juego, necesito el dinero.

—¿Y tu amigo te dijo que quedaras con Kelly esta mañana?

—No, y no es mi amigo. Mire, por favor, baje el arma. Le diré todo lo que quiera, pero baje el arma, por favor.

Vincent lo hizo. El chico estaba asustado y él intuía que por fin estaba diciendo la verdad.

—¿Por qué has quedado con ella hoy si no te habían dicho que lo hicieras?

—Anoche, cuando el tipo me dijo que no acudiera a la cita, me asusté. Kelly tiene algunos problemas con su madre y todo eso, pero es una buena chica. No quería que le hicieran daño.

—¿Y crees que ese tipo pretendía hacerle daño?

—No lo sé. Dijo que no, pero iba detrás de ella, ya sabe lo que quiero decir. No paraba de hacerme preguntas sobre ella, y anoche quería que ella viniera al parque, pero no quería que yo estuviera presente.

—¿Cómo conociste a ese tipo?

—Me mandó un correo electrónico. Lo sabía todo de mí. Sabía que estoy sin trabajo y que tengo problemas a causa del dinero que debo por jugar.

—¿Por qué no alertaste a la policía?

—No me gustan los polis, no es la primera vez que me veo en problemas.

—¿Por ligar con chicas a través de Internet?

—Quizá.

Vincent volvió a apuntarle con la pistola en la sien.

—¿Sí o no?

—Sí, pero no hice nada que ellas no quisieran hacer.

Tal vez, pero sí lo suficiente como para que no quisiera volver a tener trato con la policía. Tyrone debía de saberlo y por eso lo había elegido para hacer aquel trabajo sucio.

La noche anterior, Tyrone o alguno de sus secuaces habían estado en ese parque esperando a Kelly. Si él no la hubiera visto escabullirse de la casa, si no la hubiera acompañado al parque...

Se sintió enfermo y furioso al mismo tiempo. Deseó que fuera Tyrone el que estuviera delante de su pistola. Entonces apretaría el gatillo sin pensárselo dos veces.

Se oyó una sirena de policía en la distancia. Seguramente estaban buscándolo a él. Tenía que marcharse de allí.

—¿Y usted quién es, ya que estamos? —preguntó Byron.

—Soy el padre de Kelly. Y como vuelva a pillarte cerca de ella de nuevo, te volaré la tapa de los sesos. Y ahora vete de aquí y no le cuentes a nadie esta conversación.

El chico salió corriendo. Vincent también, pero en sentido opuesto. No estaba dispuesto a regresar a la cárcel, al menos hasta que se hubiera encargado de Tyrone.

Kelly se inclinó para mirar por la ventana conforme el avión descendía para aterrizar.

—¿Qué lago es ése tan grande?

—El lago Pontchartrain. Y el puente que lo atraviesa se llama Causeway. Y ése es el río Misisipi. Observa cómo forma una media luna.

—¿Por eso la llaman la ciudad de la media luna?

—Exacto.

—¿Y cómo sabes tú tanto de Nueva Orleans? ¿Habías estado aquí antes?

Janice estuvo a punto de decir que sí. Si no tenía cuidado, descubriría su propia mentira. ¿Cuánto recordaría de la ciudad? ¿Tendría una sensación familiar, como de regresar a casa, o el lugar habría cambiado tanto que no sería capaz de orientarse?

—Me siento mal por no haberme despedido de Vincent —comentó Kelly.

—Él comprendía que yo quería que esto fuera una sorpresa.

—Hubiera sido igual de sorpresa si me lo hubieras dicho antes de salir de casa.

—Por favor, coloquen los asientos en posición vertical y abróchense los cinturones. Vamos a comenzar el aterrizaje —anunciaron por megafonía.

El anuncio llegó en el momento justo para evitar seguir hablando de Vincent. Janice había telefonado a Ken desde el aeropuerto, pero tenía el móvil apagado. Había tenido que comprar los billetes a Nueva Orleans ella sola. Pero hablaría con Ken pronto y el sabría qué hacer.

—Me muero de ganas de ver el hotel. Está justo en el centro de la ciudad. Gayle dice que ve el río desde la ventana de su habitación. Y las habitaciones tienen puertas que las conectan entre ellas sin tener que salir al pasillo. Ojalá nos den una de éstas.

—Intentaré conseguir que al menos tenga vistas al río.

—Las chicas ya han comprado camisetas de Nueva Orleans. Yo también quiero una. Gayle tiene una que pone *Barrio francés* con purpurina.

—Suenan interesantes.

—Yo preferiría alguna que dijera algo del vudú.

El aterrizaje fue algo movido, pero todo el mundo se levantó de sus asientos en cuanto se apagó la advertencia de permanecer sentados. Un hombre sentado al otro lado del pasillo, cerca de Janice, las ayudó a bajar los bolsos de mano mientras la azafata pedía a los viajeros con destino a Houston que se quedaran sentados mientras los que iban a Nueva Orleans bajaban del avión.

Kelly había comprado billetes con destino a Houston a propósito, con la esperanza de que, si Vincent comprobaba las listas de pasajeros, creyera que habían volado allí.

Cuando por fin se pusieron en la fila para subir a un taxi, Janice estaba más que nerviosa. La última vez que había estado allí tenía diecinueve años y echaba de menos a su madre, pero esperaba que estuviera desaparecida y no muerta. Kelly era un bebé entonces. Y Vincent y Tyrone Magilinti acababan de ser sentenciados a prisión.

Una mujer con un bebé en brazos, un niño pequeño junto a ella y un carro cargado de equipaje se disponía a cruzar la calle junto a ellas, cuando al pequeño se le cayó al suelo la botella que llevaba en las manos. Salió corriendo detrás de ella, cruzándose en el camino de un taxi que acababa de ponerse en marcha.

La mujer gritó y el taxista pisó a fondo el freno. Janice salió de la fila y agarró al niño, apartándolo de la calzada.

—Gracias —le dijo la madre, sujetando al niño de la mano—. Sabía que esto iba a ser difícil sin mi marido, que en paz descanse.

La mujer habló como si necesitara asegurarse de que todo el mundo comprendía por lo que estaba pasando.

Janice asintió, pero regresó rápidamente a la fila. El encargado sostenía abierta la puerta de un taxi para ella. Janice recorrió el lugar con la vista rápidamente y creyó que el corazón se le iba a salir del pecho de los nervios.

Kelly no estaba por ninguna parte.

Capítulo 5

Janice tragó saliva e inspiró el aire húmedo y caliente de la ciudad. Había gente por todas partes apresurándose a subir a los taxis y los autobuses de los hoteles. Había un agente de tráfico en mitad de la calle. Otro policía estaba poniendo una multa a un coche aparcado en zona de carga y descarga. Kelly tenía que estar por allí.

Janice se acercó al empleado que se ocupaba de ayudar a la gente a subir a los taxis.

—¿Ha visto adónde ha ido mi hija? Estaba aquí hace un momento, llevaba unos pantalones pirata de color rosa y una camisa de flores anudada delante. Es más o menos de mi altura y tiene el pelo oscuro, hasta los hombros —dijo ella señalándose los hombros con las manos y se dio cuenta de que estaba temblando.

—Lo siento, señora. No suelo fijarme en nadie, sólo los ayudo a subir a los taxis. Seguramente se habrá metido dentro huyendo del calor. Yo también lo haría si pudiera.

Kelly no haría algo así. Estaba demasiado ansiosa por reunirse con sus amigas para haber regresado al interior del edificio. El pánico atenazó a Janice.

—¡Mamá! ¿Vienes o qué?

El corazón le dio un vuelco al oír la voz de Kelly, pero le llevó unos instantes localizarla. La chica estaba sentada en un taxi aparcado, con la cabeza fuera de la ventanilla, saludándola con la mano.

Janice sintió un alivio inmediato, aunque cuando se metió en el coche todavía le latía el corazón a toda velocidad.

—No quería que perdiéramos nuestro taxi —le explicó Kelly—, así que le he pedido que esperara.

Janice asintió; era la única respuesta capaz de dar.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

Janice no podía pensar, pero Kelly respondió por ella.

—Al centro, al hotel Hilton. No sé la dirección, pero está junto al río. Mis amigas ya están allí.

—Ya sé dónde está —contestó el taxista saliendo de la fila de coches aparcados—. ¿Es la primera vez que están en Nueva Orleans?

—Sí. Hemos venido a participar en la competición regional de natación y también vamos a hacer un poco de turismo.

—Parece que vais a estar muy ocupadas.

—¿Se puede nadar en el río?

—No, está sucio y lleno de trastos en el fondo. Ni siquiera se puede nadar en el lago Pontchartrain. Antes sí, pero ahora está demasiado contaminado.

—Creo que nuestra competición es en la universidad de Nueva Orleans.

—Seguramente. He oído que tienen un buen polideportivo.

Kelly siguió conversando animadamente con el taxista y él fue señalándoles lugares de importancia mientras se dirigían al hotel. Janice no necesitaba ningún guía. Todo le resultaba más familiar de lo que ella esperaba, y esa familiaridad sólo se añadía a sus temores.

Le costaba creer que sólo era cinco años mayor que Kelly cuando había conocido a Vincent. En cierta forma, le parecía que había sido hacía siglos; en otra, que había sido el día anterior.

Y él estaba de nuevo en su vida, tan grande, viril y exigente como antes. Pero ella no caería en su hechizo de nuevo. Sabía demasiado como para eso.

El encuentro de las chicas en el hotel tuvo todos los gritos, risitas y abrazos que podría esperarse si llevaran meses en lugar de horas sin verse. A Janice le hubiera encantado que Kelly hubiera demostrado la mitad de ese entusiasmo por las vacaciones con ella en la playa.

El miedo que se había apoderado de Janice en el aeropuerto se suavizó un poco al estar en la habitación del hotel con las chicas, que hablaban y reían sin parar. Pero no podía confiarse demasiado en que estaban a salvo. Vincent había asegurado que Tyrone las estaba buscando. Tenía que considerar que quizás tuviera razón.

—Deberíamos ir a nuestra habitación y deshacer las maletas —comentó

Janice después de tomarse un refresco y conocer los planes para el resto del día—. Además, me gustaría refrescarme antes de cenar.

La señorita Radcliff, la profesora a cargo de las chicas, asintió.

—Nosotras saldremos de aquí a las cuatro, cuando haya refrescado un poco. Tenemos una visita guiada por Garden District a las cuatro y media. Luego cenaremos en el Hard Rock Café. No queremos quedarnos hasta muy tarde esta noche, mañana tenemos un día muy ocupado.

El teléfono móvil de Kelly sonó. Janice sintió una opresión en el pecho cuando vio a su hija contestar y comenzar a hablar animadamente sobre Nueva Orleans con el interlocutor. Tras unos cinco minutos, Kelly le tendió el teléfono a Janice.

—Es Vincent. Quiere hablar contigo.

Maldición. A ella no se le había ocurrido que pudiera telefonar a Kelly. No sabía que tenía su número, pero debería haber supuesto que podía conseguirlo. A las mentes criminales parecían gustarles mucho ese tipo de desafíos.

Janice salió al pasillo y cerró la puerta tras ella para tener más privacidad.

—Sé que estás enfadado conmigo, Vincent, pero no metas a Kelly en esto.

—¡Tú eres la que se la ha llevado a Nueva Orleans! ¿Qué locura te ha dado?

—Sólo estamos de paso.

—Eso no es lo que dice Kelly.

—Todavía no he tenido oportunidad de explicárselo todo.

—¡Has estado con ella cuatro horas en el avión!

—No era el momento adecuado.

—¿Adónde vas a llevarla, a una de esas casas de seguridad?

—No lo sé.

—No hay ningún lugar donde Tyrone no termine encontrándoos. Debería haberte atado para que no pudieras salir huyendo e hicieras algo tan estúpido como esto.

—No necesitamos tu protección, Vincent. Para eso ya tenemos a un alguacil.

—Eso no es suficiente, Candy.

—Mi nombre es Janice.

—Y la semana que viene será otro, eso no importa. Tyrone se ha pasado quince años planeando su venganza y ningún poli será capaz de detenerlo.

—¿Y tú sí?

—Yo soy un Magilinti. Pienso como él.

Razón más que suficiente para mantener a su hija alejada de él.

—Eres un convicto fugitivo.

—¿Quiere eso decir que le has dicho a tu amigo alguacil dónde encontrarme?

—Sí.

—Bueno, pues vuelve a llamarlo. Dile que voy camino de Canadá. Y quédate donde estás. No dejes que Kelly dé un paso fuera del hotel hasta que yo llegue allí. Y no permitas que le diga a su amigo de Internet Byron dónde está.

Janice tragó saliva con dificultad.

—Pon un pie cerca de nosotras y serás arrestado y encarcelado de nuevo.

—¿Tanto me odias que pondrías a tu hija en peligro antes que permitirme protegerla?

La pregunta dejó helada a Janice. No era justo. Él no era el protector, todo aquello era culpa suya. Sí, ella lo odiaba, odiaba que le hubiera mentido, que la hubiera usado, que...

Janice colgó y se apoyó contra la pared del pasillo mientras recuerdos traicioneros asaltaban su mente: Vincent bajo la luz de la luna, acariciándola, besándola, haciéndole el amor en el jardín de detrás de la mansión de él...

Las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras pulsaba el número privado de Ken. El alguacil contestó a la primera llamada.

—Janice, ¿dónde estás? ¿Estás bien?

—En Nueva Orleans. Estoy a salvo de momento, pero no estoy bien.

Le explicó la situación lo más rápidamente que pudo, no quería que nadie del grupo la sorprendiera hablando si acudían a buscarla.

Ken maldijo en voz baja.

—Lo lógico era pensar que Vincent Magilinti querría evitar que volvieran a detenerlo, no que te acosaría.

—Él cree que he cometido un grave error viniendo a Nueva Orleans.

—Él es quien ha cometido el error. Notificaré a las autoridades que ha estado en Chicago por lo menos hasta esta mañana. Colocarán su foto en todos los lugares públicos y lo detendrán en nada de tiempo.

—¿Y qué pasa con Tyrone?

—Él no me preocupa. Lleva semanas fuera de prisión. Si estuviera tan

sediento de venganza como clama Vincent, ya habría intentado algo. En lugar de eso, está cumpliendo a rajatabla las reglas de su libertad condicional. O bien Vincent tiene delirios como indica su informe psicológico, o sigue enamorado de ti.

—Estoy segura de que eso no es.

—Pues yo no tanto. Es muy probable que haya fantaseado con regresar contigo todo el tiempo que ha estado en la cárcel. Eso les sucede a muchos tipos que cumplen condena: recuerdan la vida antes de su encarcelamiento como ellos quieren, sobre todo las aventuras románticas.

Aquello resultaba tan extraño como aterrador. Seguro que Vincent no albergaba ilusiones románticas. O tal vez sí. Quizás la historia de que Kelly había salido a escondidas de la casa para verse con un chico al que había conocido por Internet también se la había inventado.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Tengo que pensarlo. Deberíais poder disfrutar de vuestra estancia en Nueva Orleans y luego regresar a casa si Vincent ha sido detenido para entonces.

—Ésa sería la solución perfecta. De esa forma, yo no tendría que explicarle el pasado a Kelly —afirmó ella, pero no lograba sacar de su mente las advertencias de peligro de Vincent—. ¿Y si él no tiene delirios ni está jugando? ¿Y si tiene razón respecto a Tyrone?

—Entonces tendríamos que trasladaros a otro lugar, pero sería un error hacerlo ahora. Mi recomendación es que sigáis adelante como si estuvierais de vacaciones. Quedaos con el grupo y no vayáis a zonas potencialmente peligrosas ni os busquéis problemas. Pero ése es el consejo que se les da a todos los turistas en Nueva Orleans.

—¿Y si Vincent se presenta aquí?

—No creo que lo haga. Creo que estaba marcándose un farol cuando te ha llamado. Ir a verte a Chicago es una cosa, pero no lo veo regresando a Luisiana. Su foto está en la televisión y en todos los periódicos desde que escapó, con una advertencia de que puede estar armado y ser peligroso. Todo el mundo en el estado lo busca.

—Así que crees que debería dejar que Kelly se integre en el grupo.

—Es mi recomendación, pero si estás realmente asustada, hay una casa de seguridad en la zona de Nueva Orleans. Seguramente pueda conseguir que hoy durmáis allí, pero eso significa que tendrás que aclarar las cosas con

Kelly. ¿Está preparada para ese tipo de noticias?

—¿Y quién lo estaría? —replicó Janice.

Descubrir que Vincent era su padre supondría un shock para Kelly, pero además trasladarse a una casa de seguridad la aterraría. Janice lo sabía, había pasado unas cuantas semanas en una. No tenía el aspecto de una celda, pero en realidad era como si lo fuera. Sólo que quienes estaban entre las cuatro paredes eran los inocentes, y los criminales los que se paseaban libres.

Así que quizás sí que había tomado la decisión acertada, después de todo.

Se habían alejado de Vincent. Kelly estaba feliz y siempre iría con su grupo de amigas por lugares públicos. Pero si ella no optaba por la casa de seguridad y ocurría algo...

De pronto recordó el incidente de la tarde en el aeropuerto de Nueva Orleans. Todo podía cambiar en una fracción de segundo.

—Me sentiría mejor si pudiéramos entrar en una casa de seguridad.

—¿Estás segura?

Janice tomó aire profundamente y lo expulsó lentamente. No lo tenía claro, pero estaba demasiado asustada para cambiar de opinión.

—Sí, estoy segura.

—Entonces veré lo que puedo hacer y volveré a llamarte dentro de una hora más o menos.

Janice estaba temblando cuando colgó el teléfono. El momento que había deseado que no llegara nunca estaba allí mismo: tenía que decirle a Kelly que era una Magilinti.

Janice se pasó la hora siguiente duchándose, arreglándose y tratando de pergeñar un plan para explicarle la situación a Kelly. Esperaba poder hacerlo tranquilamente, pero sólo de pensar en ello se ponía muy nerviosa. En la ducha había llorado y se había cortado en la pierna con la cuchilla mientras se depilaba. Y todo ese tiempo, Kelly había estado al otro lado de la puerta, cantando animadamente a coro con su CD.

Janice se tapó la herida con un tisú hasta que dejó de sangrar y luego se secó el cuerpo vigorosamente con una toalla. Se cubrió el pelo con otra y se la enrolló a modo de turbante. Luego se puso la bata de algodón que había llevado con ella. Aquello iba a ser difícil, pero tenía que hacerlo antes de que Ken llamara con las instrucciones para que se trasladaran a la casa de

seguridad.

Por dentro se sentía como un flan cuando se acercó a Kelly y la tocó en el hombro.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro, mamá —respondió Kelly quitándose un auricular del oído.

—Sin la música —añadió Janice—. Es importante.

Kelly guardó el equipo.

—Tienes un aspecto muy gracioso. No estarás enferma o algo así, ¿verdad?

—No, no estoy enferma, pero ha sucedido algo.

Kelly hizo una mueca de disgusto.

—No me digas que te han llamado porque tienes que regresar al trabajo.

—No se trata del trabajo.

—¿Y entonces de qué?

Janice se moría de ganas de abrazar a Kelly como solía hacerlo cuando era pequeña y se hacía daño en las rodillas. Pero aunque Kelly volviera a tener seis años, aquello no era algo que pudiera curarse con un beso y un abrazo.

En lugar de eso, Janice alargó la mano y le retiró el pelo de la cara a Kelly. Su pelo se parecía tanto al de Vincent... Y sus ojos también. Pero ella no se parecía a los Magilinti en las cosas realmente importantes. Kelly era buena, cariñosa y pura.

—Tengo que hablarte de tu padre.

—¿Ahora?

Janice asintió e intentó ordenar sus pensamientos.

—No te conté toda la verdad de cómo nos conocimos tu padre y yo.

—No irás a ponerte a hablar de las abejas o las flores, ¿verdad? Nos han enseñado educación sexual en el colegio. Y no te preocupes, no voy a dejarme convencer por ningún chico para hacer eso.

—No se trata de sexo.

—De acuerdo —respondió Kelly enarcando las cejas—. ¿Y entonces qué es eso tan importante?

Alguien llamó a la puerta y Janice oyó risas y voces alegres. Kelly miró hacia la puerta y luego le dirigió una mirada de súplica a Janice.

—¿Podemos hablar de esto más tarde, mamá?

—Tiene que ser ahora.

Kelly puso cara de disgusto.

—¿Entonces, podemos hacerlo rápido? Mis amigas están esperándome.

Kelly estaba más entusiasmada de lo que Janice la había visto nunca. Era el peor momento para hacerle eso. ¿Se atrevería ella a seguir la recomendación de Ken y hacer como si no estuvieran en peligro? Todo se resumía a si Vincent tendría razón acerca de Tyrone.

—Necesito que me respondas a una pregunta, Kelly, y es importante que me digas la verdad.

—De acuerdo.

—¿Has estado saliendo a escondidas de casa por la noche, después de que yo me fuera a dormir?

Kelly se puso en pie agitadamente y se colocó en jarras.

—Pues claro que no.

—¿Estás segura?

—¡Mamá, piénsalo! Yo nunca haría algo así. Me castigarías para el resto de mi vida.

—No voy a castigarte. Dime la verdad: ¿has estado escabulléndote de casa?

—No. ¿Puedo irme ya con mis amigas?

Janice dudó. Ken opinaba que estaban a salvo. Nunca habría dejado que Kelly saliera con el grupo si no fuera así, y él sabía más de esos asuntos que Vincent, estaba convencida.

—De acuerdo, Kelly, puedes ir con tus amigas. Hemos terminado... por ahora.

Kelly fue corriendo a la puerta. En cuanto la abrió, las chicas entraron riendo y charlando. Sólo eran cuatro de las ocho del equipo, pero parecían varias docenas. Todas hablaban a la vez y Janice supo que no habría podido seguir su conversación aunque lo hubiera intentado.

Agarró su teléfono móvil y se metió en el cuarto de baño con él. Necesitaba privacidad para hablar con Ken. Para evitar que se le oyera, abrió el grifo del lavabo. Luego marcó el número del alguacil.

—¿Qué sucede? —preguntó él directamente, sin saludarla.

—He intentado decirle a Kelly que íbamos a trasladarnos a una casa de seguridad, pero está tan emocionada con estar aquí con sus amigas, que estoy pensando concederle esta noche. Aunque debo admitir que la idea no me gusta demasiado.

—De hecho iba a llamarte ahora. No he podido conseguir plaza en la

casa de Nueva Orleans. La más cercana a donde estáis con sitio para las dos está en Dallas.

—Pero eso está lejos de aquí.

—Sí. Además, he comprobado de nuevo la información sobre Tyrone. Trabaja en una fábrica en Westwego y vive en un apartamento cerca de su empleo. Los federales me han asegurado que no hay signos de que haya regresado a las andadas.

—Pero han transcurrido pocas semanas.

—Da igual, yo creo que Vincent es el único problema. Cuando lo capturemos, podrás regresar a tu vida normal en Chicago.

Él hacía que pareciera muy fácil, pero Janice no lograba sacudirse el miedo.

—Me sentiría mejor sabiendo que los dos están de nuevo en prisión.

—Eso no puedo hacerlo, pero he hecho algo casi tan bueno: he hablado con el jefe de la policía de Nueva Orleans y vais a tener protección veinticuatro horas mientras estéis en la ciudad.

—¿Te refieres a algo así como guardaespaldas?

—No exactamente. Le he explicado que estabais con un grupo de estudiantes. A ninguno nos ha parecido buena idea que el grupo sepa lo que sucede, pero uno de sus agentes os seguirá adonde vayáis para asegurarse de que todo transcurre sin problemas. Y no es que esperemos que los haya.

A Janice se le aflojó ligeramente el nudo del estómago.

—Si estuvieras aquí, te daría un abrazo.

—Si estuviera allí, te dejaría que me abrazaras. Y recuerda, vigilan a Tyrone y seguirán así hasta que Vincent sea capturado. Así que estáis doblemente protegidas. Y ahora, salid un rato y divertíos.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo, pero te agradezco tu ayuda. ¿Cuándo va a empezar a seguirnos ese policía?

—El jefe de policía me ha dicho que va a mandar a alguien ahora. Nunca lo veréis, pero estará siempre cerca de vosotras.

—Vamos a salir del hotel a las cuatro, tenemos una visita guiada por Garden District. Estoy segura de que pasaremos por delante de la casa de los Magilinti.

—Eso te resultará duro, pero no será peligroso. La casa está vacía, lleva así casi todo el tiempo desde los asesinatos de hace quince años. Nadie quiere alquilar un lugar lleno fantasmas de los Magilinti.

—No los culpo.

Janice volvió a darle las gracias y luego colgó. Se repitió que estaban bajo protección policial mientras se vestía con unos pantalones blancos y una blusa rosa. Sería una noche de diversión en la ciudad con su hija y sus amigas.

Una ciudad que para ella representaba el colmo de la infamia.

Tyrone sacó una cerveza de la nevera, la abrió y dio un largo y refrescante trago. No había nada mejor en una calurosa noche que una cerveza fría, excepto una mujer caliente. Y él también había disfrutado de eso más de una vez.

Abrió la caja de cartón y sacó una porción de pizza a la que le quitó las aceitunas. No era como en los viejos tiempos, cuando nadie le serviría una pizza con aceitunas. Pero en aquella época tampoco nadie habría imaginado que se pasaría el día delante de una máquina, sudando.

Los imbéciles de la condicional no tenían ni idea. Se habían creído sus mentiras de que estaba arrepentido por su participación en los asesinatos. Sólo habían podido acusarlo de homicidio sin premeditación y posesión ilegal de armas.

Él sólo se lamentaba de que Vincent hubiera estado viéndose con la hija de la mujer de la limpieza y que ella hubiera aparecido en el momento crucial. Si él la hubiera visto y hubiera sabido que iba a identificarlo como uno de los que habían disparado, la habría asesinado junto al viejo Magilinti.

Pero ella había querido hacerse la importante y había contado al jurado todo lo que había visto. Qué estúpida. Debería haber sabido que no saldría viva de aquello. Nadie delataba a Tyrone Magilinti y luego seguía con su vida como si nada. Ni tampoco nadie lo traicionaba.

La madre de la chica lo había supuesto. Había tenido el sentido común de desaparecer para siempre. Tyrone habría jurado que se había llevado el dinero con ella, si no hubiera sabido que no era así.

Dentro de poco, él tendría el placer de ver que Candy Owens y su hija eran enviadas muertas a su primo Vincent, el traidor. Y entonces Tyrone también desaparecería del mapa.

Un trozo de queso fundido le cayó sobre la camisa. Se lo quitó con la mano y lo dejó en la caja junto a las aceitunas. Algunas cosas, igual que algunas

personas, eran totalmente prescindibles.

Alguien llamó a su puerta enérgicamente. Tenía que ser Rico. Tyrone abrió la puerta.

—No tienes modales, Rico. Uno no se presenta en casas ajenas a la hora de la cena a menos que haya sido invitado.

—Nadie cena a las cinco de la tarde.

—Si comienzan su día antes de que amanezca, te aseguro que sí.

—Olvida la pizza, tengo noticias.

—Dispara.

—Candy Owens, alias Janice Stevens, y su hija Kelly están en Nueva Orleans.

—¡Bromeas!

—Están aquí, de verdad. Se hospedan en el Hilton con un grupo de estudiantes.

—¿Cómo te has enterado?

—Cara Chata acaba de hablar con nuestro amiguito de Internet en Chicago. Ha recibido un correo electrónico de nuestra princesa Magilinti con todos los detalles del viaje. Están con un grupo de estudiantes del colegio de la chica para hacer turismo y participar en una competición de natación. Se hospedan en el Hilton, junto al río.

—Supongo que Cara Chata se habrá ocupado del chico.

—Sí, exactamente como tú le dijiste.

—Perfecto. Ahora tengo un trabajo para ti.

—¿Tienes otra cerveza?

—Están en la nevera, sírvete tú mismo.

Eso era lo que Tyrone iba a hacer, servirse él mismo lo que debería haber sido suyo desde el principio. Y quizás también se serviría un poco de Candy Owens. Quería probar qué había conquistado a Vincent.

Tyrone abrió otra cerveza y se acercó a la ventana. Sus días en aquel vertedero estaban a punto de acabarse. Pronto volvería a vivir la buena vida.

La humedad era casi del cien por cien y la temperatura superaba los treinta grados centígrados aunque el sol estaba poniéndose. Para empeorar las cosas, había atasco y las filas de coches parados con el motor en marcha colaboraban en polucionar la ciudad. Lo único que se movía eran los tranvías

de ambos lados de St. Charles Avenue.

—Éste es un ejemplo de una casa con reminiscencias griegas e influencia criolla. Fijaos en las gruesas columnas que soportan la estructura. Se han encontrado registros en la casa que demuestran que las columnas se trajeron directamente de Carolina del Norte, y necesitaron dos semanas para colocarlas en su lugar —explicó la guía—. La casa ha aparecido en varias películas.

La mujer continuó su explicación mientras las chicas pululaban a su alrededor, sólo parcialmente interesadas. O al menos, poco interesadas por las casas. Un grupo de chicos estudiantes de universidad que pasó haciendo footing a su lado sí atrajo toda su atención.

En otro momento, Janice se hubiera preocupado porque Kelly mostrara tanto interés hacia chicos que eran mucho mayores que ella. Pero estaban a punto de llegar a la casa de la familia Magilinti y los recuerdos estaban renaciendo en su mente como fantasmas aterradores.

Janice observó a su alrededor. No veía a nadie que le pareciera un policía de paisano. Quizás el policía no había llegado a tiempo al hotel antes de que ellas se marcharan. Quizás el jefe de policía de Nueva Orleans había cambiado de opinión. Quizás...

Cruzaron la calle. La casa de los Magilinti estaba en mitad de la manzana, pero ella la vio en sus recuerdos antes de que apareciera delante de sus ojos. Era de madera blanca, imitando el estilo griego, con enormes columnas cuadradas y una amplia escalera con una barandilla negra de hierro que conducía a la magnífica puerta principal y al porche.

La guía continuó caminando hasta que se encontraron frente a la puerta principal. A Janice le latía el corazón tan rápido como si hubiera llegado hasta allí corriendo desde el hotel. El césped de delante de la impresionante casa estaba impecable, como siempre. Sólo el hermoso sauce llorón a la derecha de la casa había cambiado de forma evidente. Había crecido hasta alcanzar unas proporciones majestuosas. Y la fragancia de las magnolias seguía siendo tan dulce como entonces...

Janice se apoyó contra un roble mientras las imágenes del pasado se volvían tan reales que casi podía tocarlas. Allí estaba Vincent Magilinti, bronceado y guapísimo. Se había enamorado de él a primera vista. Sus ojos negros y la arrogante confianza en sí mismo con que se movía la habían cautivado. Era completamente distinto de los chicos a los que ella estaba

acostumbrada.

La había besado aquella primera noche bajo la luz de la luna. Y cómo la había besado... Cuando al final se había separado de ella, había creído que se moría. Instintivamente, se tocó la boca.

—Tápate los oídos, mamá. Ya eres suficientemente paranoica acerca de esta ciudad como para encima escuchar historias de asesinatos en esta calle.

Kelly la sacó de sus pensamientos y la devolvió al presente. La guía iba a relatar lo que había sucedido una terrible noche de quince años atrás.

Capítulo 6

—Algunos miembros de la Mafia salieron de sus coches con sus ametralladoras en la mano y entraron en la casa, donde el señor Magilinti tenía una reunión secreta con los jefes de uno de los mayores cárteles de droga de Sudamérica —explicó la guía—. Cuando terminó el tiroteo, habían muerto ocho personas, incluido el señor Magilinti.

Las chicas escuchaban impresionadas, acercándose a la puerta de metal de la finca y peleando por conseguir las mejores vistas. Janice se quedó apoyada en el roble.

Ella no necesitaba ver la casa. Volvía a tener dieciocho años y estaba embarazada de Kelly, escondida tras las cortinas, escuchando el tiroteo y los gritos de los hombres conforme sus sesos se esparcían por el suelo y la sangre empapaba las alfombras.

Janice fue consciente de que las chicas preguntaban y la guía respondía, pero no les prestó atención. Por muy morbosas que fueran las descripciones, no se acercaban ni de lejos a lo atroz que había sido aquella noche fatal.

—¿Alguien sobrevivió?

—Sí. El hijo del señor Magilinti y su sobrino, aunque éste, Tyrone Magilinti, resultó levemente herido. El hijo, Vincent Magilinti, salió ileso. Ese día había terminado sus estudios en la prestigiosa universidad de Tulane e iba a graduarse la semana siguiente.

—¡Vaya faena! ¿Y se graduó?

—Obtuvo el título, pero no acudió a la ceremonia. Tanto él como Tyrone Magilinti estaban detenidos esperando su juicio.

—¿Fueron a la cárcel?

—Sí, pero sólo acusados de homicidio sin premeditación y de posesión ilegal de armas. La única testigo fue la hija de la mujer de la limpieza, que

había entrado en la casa por la puerta trasera justo antes de que comenzara el tiroteo. Se escondió detrás de unos gruesos cortinajes del comedor, así que no vio quién disparó primero, pero sí que vio a Vincent matar a uno de los narcotraficantes.

—¡Qué impresión!

—¿Qué edad tenía ella?

—Dieciocho años. Ella y su madre vivían en una casa de servicio tras la casa principal. Podéis ver parte de ella detrás de aquel sauce. Llevaban pocos meses viviendo allí.

—Si ella vio a Vincent matar a alguien, ¿cómo es que sólo lo acusaron de homicidio sin premeditación?

—Él sostuvo que disparó en defensa propia. Dijo que ni siquiera formaba parte de la Mafia, pero las pruebas y el testimonio de su primo demostraron lo contrario. Algunos piensan que él organizó todo el asunto para poder ocupar el lugar de su padre como jefe de la Mafia.

—Él quería matar a su propio padre, ¿estaba loco!

—Nadie demostró esa teoría.

—¿Y qué ocurrió con la hija de la mujer de la limpieza?

—Ésa es la parte más triste. Después de testificar en los juicios de Vincent y de Tyrone Magilinti, tuvo que vivir custodiada por la policía. Ella y su hija pequeña murieron dos años más tarde cuando alguien lanzó una bomba en su casa en mitad de la noche.

—¿Quién las mató?

—Nunca se supo, pero la mayoría de la gente piensa que la Mafia les siguió la pista y las mató en venganza por haber delatado a Vincent y a Tyrone Magilinti. Y ahora viene la parte más extraña: la mujer de la limpieza fue la que llamó a la policía, pero luego desapareció y nunca volvió a saberse de ella.

—No la culpo. Yo también me hubiera alejado lo máximo posible de esos locos.

—Pero abandonó a su hija. ¿Qué tipo de madre haría algo así?

—Eso no es cierto.

Al principio, Janice no se dio cuenta de que había hablado en alto. Todo el grupo se giró hacia ella y se la quedó mirando.

—Una vez leí un artículo que decía que no había abandonado a su hija —farfulló Janice, intentando desesperadamente justificar su intervención—. El

artículo sostenía que la Mafia la asesinó y se deshizo de su cuerpo.

—Es otra de las teorías que existen —comentó la guía—. De hecho, hay todo tipo de hipótesis sobre lo que realmente sucedió aquella noche.

—¿Como cuáles? —preguntó Kelly.

—El fiscal del distrito sostenía que la Mafia había planeado el ataque para matar a los miembros del cártel y quedarse con las drogas sin tener que pagar por ellas. Se encontraron sustancias ilegales sin procesar en la casa, que una vez en la calle les hubieran reportado unos diez millones de dólares.

—¡Diez millones! —exclamaron las chicas impresionadas.

—Centrémonos de nuevo en la casa —continuó la guía—. La enorme mansión sigue siendo propiedad de la familia Magilinti. La alquilan, o al menos lo intentan. Nadie se queda mucho tiempo en ella, se dice que los fantasmas del señor Magilinti y de la mujer de la limpieza vagan por la casa por las noches buscando a sus hijos.

—¡Qué miedo! Ojalá pudiéramos entrar. ¿Hacen visitas guiadas y ese tipo de cosas?

—No, pero es probable que empiecen a hacerlas ahora que Tyrone Magilinti ha salido de la cárcel en libertad condicional.

—¿Y qué pasó con el otro tipo, con el hijo?

—Se escapó de la cárcel hace unos días.

—¿Quiere decir que podría estar observándonos en este momento? Yo me marchó de aquí —dijo Gayle.

—No seas paranoica, de eso ya se encarga mi madre —comentó Kelly, y se acercó a Janice—. Me alegro de que no supieras que hay un criminal por ahí suelto. Si no, nunca me habrías dejado venir a la competición.

Janice tragó saliva con dificultad intentando no perder el control de sí misma.

—Se acabó hablar de asesinatos —anunció la guía—. Voy a enseñaros la casa donde vivía Anne Rice cuando escribió su primera novela sobre vampiros.

Janice caminó junto a Kelly conforme continuaban la visita guiada. Haber ido allí era un gran error, ya lo sabía con certeza. La naturaleza violenta de los Magilinti era legendaria. Y la naturaleza de un hombre era algo que no cambiaba.

El jefe de policía de Nueva Orleans también lo sabía, por eso les había ofrecido protección. Janice esperaba que el agente las siguiera de cerca, pero

no era suficiente. Telefonaría a Ken aquella noche en cuanto regresaran al hotel y le diría que podían trasladarse a la casa de seguridad de Dallas a la mañana siguiente.

Eran las siete y diez de la tarde cuando se bajaron del tranvía y atravesaron Canal Street. Las chicas estaban entusiasmadas porque la señorita Radcliff iba a dejarlas caminar algunas manzanas por la famosa Bourbon Street.

—Tengo que ir al baño —dijo una de las chicas de pronto.

—En diez minutos llegaremos al restaurante —respondió la profesora—. Aunque si os detenéis a cantar y bailar con cada músico callejero con el que nos topemos, tardaremos media hora en llegar.

—Yo también tengo que ir al baño —comentó Kelly.

Todas corearon lo mismo. Lo que una hacía, lo hacían todas.

—Entremos aquí —sugirió Kelly deteniéndose delante de un restaurante que olía a marisco frito y cerveza.

—Seguramente tendremos que tomar algo para poder usar el aseo —advirtió la señorita Radcliff.

—¿Por qué? Sólo vamos a usarlo, no a destrozarlo.

—Así funcionan las cosas por aquí.

—Pues yo tengo que ir.

—Y yo también. Pediré un refresco o un daiquiri helado —bromeó Gayle.

Todas rieron y entraron en el local. La camarera de la barra les advirtió que el aseo sólo era para clientes, así que ellas le aseguraron que pedirían unos refrescos cuando salieran del baño.

Los aseos estaban al final de un pasillo estrecho, pasada la cocina. Janice siguió a las chicas a la parte trasera del local. Había dos aseos, uno para hombres y otro para mujeres, pero las chicas ocuparon ambos porque sólo había un retrete en cada uno. Janice miró alrededor buscando la salida de incendios que el local debía tener siguiendo las normas de seguridad, pero si había una, ella no la vio.

Las chicas se habían agolpado junto a los aseos y ocupaban casi todo el pasillo. Janice esperó justo al principio del pasillo, manteniéndose a un lado para dejar pasar a los camareros hacia la cocina, pero sin perder de vista a las chicas que esperaban turno para entrar al servicio. Estaba demasiado paranoica como para unirse a la señorita Radcliff, que se había sentado a la

barra y estaba bebiendo un vaso de té helado.

Janice apartó un momento la mirada del grupo de colegialas y se fijó en el joven que había entrado en el local segundos después que ellas y que se había sentado a la barra. Era de complexión y altura medias y pasaba bastante desapercibido con unos pantalones azul marino y una camisa amarillo claro. Si era el policía, estaba haciendo un excelente trabajo de ir a su lado sin levantar sospechas. Si no lo era, a ella no le cabía duda de que las estaba siguiendo.

Unos minutos más tarde, las chicas regresaron al restaurante. Todas menos Kelly, que seguía en el servicio. Janice fue poniéndose cada vez más nerviosa conforme pasaban los minutos. Entonces se metió por el pasillo, pasó junto a la cocina y llegó a los aseos. Llamó suavemente a la puerta.

—Kelly...

No hubo respuesta. El pánico se apoderó de ella. Volvió a llamar a la puerta, más fuerte esa vez. Seguía sin haber respuesta. Entonces vio que el hombre de la barra se dirigía hacia ella. Le mostró su placa de policía y se presentó.

—Craig Collins, de la policía de Nueva Orleans. ¿Hay algún problema, señora Stevens?

Ella estaba en lo cierto, él era su protección.

—Kelly está dentro del servicio pero no contesta a mi llamada.

Él llamó a la puerta.

—Kelly, ¿estás ahí? ¿Kelly? —preguntó, pero seguía sin haber respuesta.

Janice observó al grupo de chicas junto a la puerta principal del local.

—Sé que está ahí dentro. He estado pendiente de la puerta: la he visto entrar, pero no salir.

Él asintió.

—Yo también estaba pendiente. Ciertamente, la puerta no se ha abierto desde que ella ha entrado. ¿Puede hacerse a un lado?

El policía empuñó la pistola y se lanzó contra la puerta con su hombro izquierdo. La puerta tembló pero no se abrió.

Un cocinero, con la ropa manchada de comida, salió rápidamente de la cocina.

—¡Oiga, usted! ¿Tiene algún problema?

Él le mostró su placa.

—Soy policía.

La segunda vez, tomó algo de carrerilla y se lanzó contra la puerta con más fuerza, logrando abrirla. Janice se apresuró a entrar. El suelo estaba lleno de trocitos de cristal.

¡Maldición! No se le había ocurrido que habría una ventana. Era de las antiguas, altas y se abría hacia fuera. El cristal estaba roto y las contraventanas abiertas de par en par.

Kelly había sido secuestrada.

Janice salió dando tumbos, sin poder dejar de mirar la ventana. Quería gritar o golpear la pared. En lugar de eso, se dirigió al cocinero.

—¿Hay puerta trasera en este lugar?

—Sí, atravesando la cocina, bajo el armario de la despensa.

Janice salió corriendo en la dirección que el hombre le había indicado y no se detuvo hasta llegar a un estrecho callejón. Miró en ambas direcciones y comenzó a correr mientras gritaba el nombre de Kelly.

No paró hasta que el policía la agarró del brazo y la hizo detenerse.

—He pedido refuerzos —le anunció él—. Están viniendo unos seis coches y un par de agentes que patrullan por el barrió francés a caballo. Si está por aquí, la encontrarán.

Pero su afirmación no era más que palabras huecas. Janice llamó a Ken por teléfono. Mientras, Craig Collins daba órdenes y descripciones de Kelly. Janice le contó al alguacil la situación lo mejor que pudo y luego le pasó el teléfono a Craig, a petición de Ken. Ella sabía que se trataba de una conversación entre policías, pero no quería perderse nada. Era su hija la que estaba secuestrada.

—Quiere volver a hablar contigo —le dijo Craig tras lo que a ella le pareció una eternidad.

Janice agarró el teléfono.

—Tenéis que encontrarla, Ken.

—Lo haremos, pero necesitamos trabajar conjuntamente con la policía local para eso. Si no obtenemos resultados pronto, podemos pedir al FBI que intervenga, alegando que esto seguramente esté relacionado con el caso original: el FBI contra los Magilinti.

—Nada de seguramente. Está relacionado y lo sabes. Me dijiste que Tyrone estaba vigilado.

—Cierto, está vigilado en todo momento. Lo comprobaré en cuanto termine de hablar contigo.

—¿Y qué pasa con Vincent?

—No ha sido detenido aún, ni siquiera saben dónde está, pero no ha podido secuestrarla él. No le ha dado tiempo a llegar en coche desde Chicago, y un fugitivo no suele viajar en aviones comerciales.

—O Tyrone o Vincent están detrás de esto. Es culpa mía. No debería haberme apartado del lado de Kelly ni un momento.

—No te culpes a ti misma. Si hay que echarle la culpa a alguien, es a mí —replicó Ken—. No te habría animado a que salierais a cenar de haber creído que existía esta posibilidad.

—Tú encuéntrala, y encuéntrala pronto. Si él...

Janice se detuvo, imágenes horribles atenazaban su corazón.

—Es una niña, Ken. Parece una jovencita enterada de la vida, pero es una niña ingenua —susurró con un hilo de voz y lágrimas quemándole en los ojos.

—Tienes que ser dura, Janice. Y piensa en positivo: la policía de Nueva Orleans conoce la ciudad; encontrarán a Kelly.

—Dime dónde vive Tyrone.

—Ni se te ocurra ir a buscarlo. Límitate a cooperar con la policía. Querrán desplegar algún tipo de dispositivo en tu habitación del hotel por si los secuestradores te llaman. Hablaré con el Hilton para que te trasladen a una suite. Y estaré allí tan pronto como haya vuelo desde Washington.

—¿Qué voy a decirles a las amigas de Kelly? Estoy segura de que querrán saber qué sucede.

—Diles lo único que sabemos con seguridad: que han raptado a Kelly. No les digas nada de Tyrone ni de Vincent. Y quédate junto al agente Collins. Él se ocupará de que llegues al hotel sana y salva.

A Janice no le importaba su propia seguridad, nunca le había importado. Cuando se enteró de que Vincent estaba implicado en los asesinatos y que su madre había desaparecido, había rezado para dormirse y no volver a despertar. Pero no se había muerto. Y había dado a luz a Kelly. Desde aquel momento, su hija había sido su razón para vivir.

—¿Estás bien?

—No —respondió ella.

No lo estaría hasta que no tuviera a Kelly a su lado. Pero haría lo que tenía que hacer. Siempre lo había hecho así y, aunque estaba más asustada que nunca en su vida, seguiría adelante.

Lo haría por Kelly, siempre y cuando Kelly siguiera con vida.

Kelly abrió los ojos lentamente e intentó enfocar la mirada. Lo único que veía era una mezcla de sombras que se movían. Le dolía el estómago y la cabeza también.

—¿Mamá?

Oyó una carcajada y pasos que se acercaban. Intentó incorporarse, pero su mano izquierda estaba sujeta a algo.

—¿Mamá? —repitió.

—Aquí no hay ninguna mamá, nena. Estás encerrada con nosotros.

Ella había oído esa voz antes. Comenzó a recordar. Habían ido a visitar el barrio francés. Ella había tenido que ir al servicio y luego se había lavado las manos en aquel diminuto lavabo. Y entonces ese bruto tan feo había roto la ventana, había entrado en el baño y se había lanzado sobre ella. No había tenido tiempo ni de gritar antes de que le tapara la cabeza con una maloliente bolsa de plástico y se la atara de forma que casi no podía respirar.

—¿Dónde estoy?

—Eso no importa. No vas a ir a ningún lado de momento y nadie va a venir a verte, excepto el señor Magilinti cuando le parezca.

—¿El señor Magilinti?

De acuerdo, aquello era una pesadilla. Todo se debía a esa estúpida historia de asesinatos que había contado la guía. Enseguida despertaría y estaría en su cama del hotel.

Intentó incorporarse de nuevo pero no podía. Su brazo estaba realmente sujeto a algo. Extendió la mano derecha y tocó el metal del cabecero de la cama y el anillo de unas esposas.

El tipo que había irrumpido en el baño del restaurante estaba frente a su cama. Parecía malvado. Llevaba una camiseta que le marcaba los músculos y tenía unos brazos muy poderosos.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó ella, por si aquello no era una pesadilla.

—No voy a hacer nada, a menos que me des problemas. Sólo soy el encargado de entregarte.

—Se ha equivocado de chica. Yo ni siquiera soy de aquí, y en mi familia no tenemos dinero, así que no va a conseguir ningún rescate.

—No estoy buscando ningún rescate.

—¿Entonces por qué estoy yo aquí?

—Porque ya es hora de que tu madre reciba lo que se merece. Y tu padre también.

—Mi padre está muerto, y si no lo estuviera, entraría aquí y le daría su merecido.

—¿Has oído eso, Cara Chata? Cree que su padre nos daría nuestro merecido.

El hombre llamado Cara Chata soltó una risita. Kelly se estiró y trató de verlo. Pero lo único que divisaba era la parte posterior de su cabeza apoyada en un sofá marrón.

—Si él estuviera vivo, lo haría —insistió Kelly.

—Tengo noticias para ti, pequeña. Tu padre está vivo, pero no por mucho tiempo.

—Déjala en paz, Rico.

Cara Chata se levantó por fin del sofá y se giró hacia ella. Tenía la nariz tan rota que hacía que su cara pareciera aplastada y estaba vestido elegantemente, con unos pantalones azul marino y una camisa roja. Pero seguía siendo un secuestrador.

—Me duele la mano —se quejó Kelly—. Quítenme estas esposas.

—Tú aquí no das órdenes a nadie.

—Suéltala unos minutos —dijo Cara Chata—. Al menos, hasta que haya comido.

—No tengo hambre y, además, alguien acudirá a rescatarme en cualquier momento. Y cuando lo haga, ustedes van a tener un grave problema.

Los dos hombres rieron de nuevo. Ya verían, pensó Kelly... Alguien la rescataría, pero si eso no sucedía, ella misma se escaparía de allí. El feo no era el único que podía romper una ventana.

Y además ella podía arañar.

Rico se acercó a ella y le quitó las esposas. Kelly se masajéo la muñeca dolorida con la otra mano y se sentó en la cama para poder ver bien la habitación. Parecía que se encontraban en una casa antigua. Ella estaba sobre una cama, pero la habitación no era un dormitorio. Tenía un sofá y un par de sillas, y en la esquina del fondo había una pequeña mesa con sillas alrededor. En la mesa había una botella de tabasco, un periódico doblado y un par de botellas de cerveza vacías. Kelly se preguntó qué le habrían dado de comer si

realmente hubiera tenido hambre.

Supuestamente en aquel momento ella tenía que estar en el Hard Rock Café cenando con sus amigas. Se habrían pasado la cena riendo y contemplando los objetos colgados de las paredes. Kelly se preguntó qué estarían haciendo con ella desaparecida.

Su madre estaría asustada a más no poder, seguro que tenía a la policía buscándola. La encontrarían, ojalá fuera pronto. Y ojalá le dieran su merecido al feo que la había asaltado en el baño.

Era casi la una de la madrugada cuando Ken Levine se bajó del ascensor del hotel en la planta sexta temiendo con qué se encontrarían en las próximas horas. Había visto muchas cosas en sus años de trabajo, ya no le sorprendía nada, pero desde luego que no se esperaba algo así. Había creído que Janice y Kelly eran uno de sus casos exitosos. Craso error.

El entierro había salido perfecto. Candy Owens y su hija de dos años estaban muertas. Nadie había sido arrestado por la explosión, pero Ken y todo el mundo relacionado con el caso Magilinti sabían que se trataba de una venganza y que había sido orquestada desde la cárcel. Era la forma de funcionar de la Mafia, y si no se hubieran creído que Candy y su bebé estaban muertas, habrían vuelto a intentar acabar con ellas.

No lo habían hecho, al menos hasta ese momento, hasta que Tyrone y Vincent habían salido de la cárcel. Él no sabía qué estaba sucediendo, pero en aquel asunto había algo más que la típica venganza de la Mafia. Fuera lo que fuera, su equipo y él tenían que trabajar deprisa si querían proteger a Kelly. Aunque quizás ya fuera demasiado tarde.

Llamó a la puerta de la habitación y se identificó. El policía que le abrió la puerta empuñaba su pistola y él le enseñó la placa. Recorrió la estancia con la mirada hasta que vio a Janice en una esquina, sentada en una butaca, descalza y con las piernas recogidas debajo de ella. Había envejecido en los tres años que llevaba sin verla, seguramente casi todo en las últimas horas.

Ken atravesó la habitación y se detuvo delante de ella. No supo si lo había reconocido hasta que ella levantó una mano y lo saludó sombría.

—¿Estás bien? —dijo él, reprochándose hacerle una pregunta tan estúpida.

—Todo lo bien que puedo estar hasta que recupere a Kelly.

—Tenemos un buen equipo trabajando en ello.

Ella asintió. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Había estado llorando, aunque en aquel momento no lo hacía. Pero parecía emocional y físicamente agotada.

—Hay café hecho —comentó ella.

—Iré a por un poco enseguida.

Janice se masajeó la nuca.

—No han encontrado ni rastro de ella —explicó ella—. Lo único que saben es que no está con Tyrone. Él está en su casa, solo.

—Lo sé —dijo Ken, posando una mano sobre el delgado hombro de ella—. Me han informado de la situación según me bajaba del avión.

—Ha tenido que ser Vincent —dijo ella con un nudo en la garganta—. Parecía tan sincero... Le dejé quedarse en mi casa conmigo y con mi hija, le creí cuando dijo que quería proteger a Kelly...

Ken odiaba tener que preguntárselo en ese momento, pero necesitaba averiguar qué estaba sucediendo.

—¿Parecía Vincent confuso o irracional mientras estuvo en tu casa de Chicago?

Ella negó con la cabeza.

—No. Si hubiera sido así, no le hubiera creído. Lo único fue que se inventó una extraña historia de que Kelly se escabullía de la casa para quedar con alguien a quien había conocido a través de Internet. Me mostró cómo la alarma de su ventana había sido anulada, pero pudo haberlo hecho él mismo.

—¿Le preguntaste a Kelly acerca del incidente?

—Sí y ella dijo que no lo había hecho.

—Creías que él estaba genuinamente preocupado por Kelly, pero aun así huiste de él...

—No temía que fuera a hacernos daño hasta ese punto. Lo que me asustaba era que él le desvelara a Kelly que era su padre. Y además yo no quería estar allí si la policía iba a buscarlo o si había un tiroteo. Él es un convicto fugitivo, yo no podía ignorar eso —dijo ella, cada vez más nerviosa, a punto de saltársele las lágrimas.

—¿Por qué no vas al dormitorio e intentas dormir un poco? Te despertaré si hay noticias.

—No puedo dormir. No dejo de pensar en Kelly y en lo entusiasmada que estaba cuando supo que veníamos a Nueva Orleans. Y ahora ella... Debería haberla vigilado más de cerca.

—Has hecho todo lo que se podía hacer para protegerla.

—No he hecho suficiente.

Tampoco lo había hecho él ni su departamento. Pero, ¿quién iba a predecir que sucedería algo así? Vincent Magilinti senior había sido el jefe de la Mafia más despiadado, pero nunca había secuestrado a ninguna joven. Era evidente que las reglas de los Magilinti habían cambiado.

A Vincent le pesaban tanto los párpados que apenas podía mantenerlos abiertos. Durante un instante los había cerrado, se había quedado dormido y se había despertado justo cuando el coche iba a salirse del arcén. Era un milagro que no hubiera tenido un accidente.

No podía permitirse un error así. Agarró el volante con más fuerza y observó por el espejo retrovisor que se le acercaba un coche por detrás. Comprobó la velocidad: tenía que mantenerse dentro de los límites permitidos pero conducir lo suficientemente rápido como para no levantar sospechas.

Si lo paraba la policía, todo terminaría. Lo arrestarían y volvería a la cárcel. Sólo de pensarlo se le partía el alma. No quería regresar allá dentro y desde luego no lo haría hasta que supiera que Kelly y Janice estaban a salvo.

Podría buscar a Tyrone y dispararle a sangre fría, pero ésa era la forma de actuar de su primo, no la suya. Él no quería verlo muerto, ésa era la solución más fácil. Lo que quería era verlo envejecer en la cárcel, que pasara el resto de sus días entre esas cuatro paredes. Quería que pagara lo que había hecho.

El coche le adelantó. Vincent continuó conduciendo. Con suerte, llegaría a Nueva Orleans al amanecer. Entonces abandonaría el coche que Rico le había conseguido. Él usaba a Rico igual que Rico lo usaba a él, pero no confiaba en él.

Sólo había una persona en la que él confiara, y odiaba meterlo en aquel asunto. Joel Pinanski había sido su mejor amigo desde la escuela primaria. Habían estudiado juntos en el mismo colegio privado religioso y se habían visto cada verano, incluso después de que Joel se marchara a la universidad. Joel estaba casado y tenía hijos y una lucrativa carrera como médico de medicina interna.

Joel tenía poder de decisión sobre la casa de St. Charles Avenue desde que Vincent había ingresado en prisión. Había hecho lo que había podido, como

vender muebles para pagar los impuestos de la casa y ocuparse de arreglar los desperfectos cuando el dinero de los infrecuentes alquileres no cubría los gastos. Vincent sabía que podía contar con Joel. Era una pena que no pudiera decir lo mismo de Janice.

Capítulo 7

—Ella es mi hija.

—No. Déjala tranquila. Aléjate de nosotras —dijo Janice tirando del brazo de Kelly, intentando soltarla de Vincent.

Pero él la tenía agarrada del otro brazo y tiraba hacia él.

Kelly se soltó de ambos y echó a correr. Janice intentó salir tras ella pero Vincent la detuvo. Tenía una ametralladora en la mano. Ella empezó a gritar y él la silenció con su boca.

Ella le devolvió el beso, una y otra vez. Estaban en el jardín y él la besaba apasionadamente. Ella estaba muy excitada. No podía respirar, pero no quería que él dejara de besarla.

Janice se despertó de la agitada pesadilla. Se puso inmediatamente en alerta y miró la hora: eran las cinco de la madrugada. Había permanecido despierta durante horas, pero debía de haberse quedado dormida en algún momento. Ken le había prometido que la despertaría si había noticias. El hecho de que no se supiera nada le produjo un vacío en el estómago.

El sueño volvió a acudir a su mente. Janice bajó de la cama y fue al baño a lavarse la cara con agua fría. Luego se contempló en el espejo. Tenía un aspecto horrible y aun así estaba mejor de como se sentía. Tenía el pelo enredado y unas ojeras muy marcadas. Agarró el cepillo y la pasta de dientes y se lavó enérgicamente.

Cuando terminó, se recogió el pelo en una coleta y se puso la bata. Desde la otra habitación llegaba olor a café. Necesitaba una taza, aunque eso significara escuchar a la policía y a Ken asegurarle que el hecho de no tener noticias no tenía por qué ser malo.

Su teléfono móvil sonó. «Que sea Kelly», rezó mientras lo sacaba del bolsillo de la chaqueta. No reconoció el número. Tenía el pulso desbocado

cuando respondió.

—¿Dígame?

—Siento despertarte tan temprano.

—¿Vincent?

—Sí, soy yo. No cuelgues y no discutas conmigo. Sólo escúchame.

—¿Cómo te atreves a llamarme dándome órdenes en un momento como éste?

—De la misma forma que tú te has atrevido a llevar a mi hija a Nueva Orleans a pesar de que te dije que Tyrone era peligroso. ¿Estás intentando que la maten?

La acusación se le clavó como un puñal. Quiso hacerle sentir mal a él también, pero ¿cómo iba a hacerlo? Se lo había advertido. Ella había escuchado a todo el mundo menos a él, por eso se sintió impelida a contarle la verdad. Cerró la puerta del cuarto de baño para asegurarse de que nadie los oía.

—Kelly no está aquí, Vincent, la han secuestrado.

El silencio pareció durar eternamente.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Alguien entró por la ventana del aseo de un restaurante en el barrio francés y se la llevó. No hemos sabido nada de ella desde entonces.

—¿Has avisado a la policía?

—No tuve que hacerlo. Había un policía en el restaurante cuando descubrimos que Kelly había desaparecido.

—¿Quién está contigo?

—La policía de Nueva Orleans y Ken Levine, el alguacil que me asignaron cuando entré en el programa federal de protección de testigos.

—Y ya sabemos lo bien que hace su trabajo...

Ella no iba a discutir con Vincent sobre Ken ni sobre ninguna otra cosa. No tenía energía para andar malgastándola.

—¿Qué es lo que quieres, aparte de restregarme lo mala madre que soy por permitir que esto haya sucedido?

—Quiero que salgas del hotel y quedes conmigo. Necesito que me ayudes a rescatar a Kelly.

Él estaba diciendo una locura, estaba delirando, como apuntaba su informe psicológico.

—La policía quiere que me quede aquí.

—La policía no tiene ni idea de qué va todo esto. Nunca lo han sabido.

—¿Y debo suponer que tú sí?

—Sé que Kelly es un cebo que Tyrone está empleando para conseguir lo que realmente quiere.

—Quiere venganza, Vincent. Quiere...

«Quiere verme muerta», pensó. Ella era el objeto con el que negociar. Por eso Vincent la necesitaba para poder rescatar a Kelly. Todo cobraba sentido: su vida por la de Kelly.

Así, Vincent tendría a su hija y los dos Magilinti se habrían cobrado su venganza.

El coche se encontró con un bache y Vincent se golpeó con el techo del maletero.

—¿Estás bien ahí atrás? —le preguntó Joel.

—Sí, un viaje fabuloso.

—Esto fue lo que me dijo el vendedor cuando compré esta belleza: la camioneta marcha de fábula.

Vincent intentó colocarse en una postura más cómoda. Pero después de probar decidió que era imposible mientras apoyaba el talón contra la rueda de repuesto.

—¿Cuánto queda para llegar al hotel?

—Unas cuantas manzanas. Ahora mismo estoy girando en Poydrass Street.

—Avísame en cuanto la veas.

—Tienes más fe que yo en que ella va a estar esperándote.

—Cuento con que su temor por Kelly sea tanto que se atreva a bajar.

—No comprendo por qué quieres mezclarte de nuevo con ella después de la forma en que te trató cuando lo pasaste mal. Ella te dejó tirado.

—Es la madre de mi hija.

—Espero que eso sea todo lo que ella es para ti, porque, a menos que esté alucinando, hay una mujer esperando en la esquina.

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene un cuerpo fantástico, es todo lo que puedo decirte desde aquí. Lleva unos pantalones blancos y una camisa verde claro.

—¿Y tiene el pelo castaño?

—Desde aquí no sabría decírtelo. Lleva un sombrero de paja de ala ancha y gafas de sol. O bien se ha preparado para cuando haga sol o todo es una encerrona y esa mujer es una policía.

—Lo único que me faltaba.

—A ti y a mí. Ya sabes que ayudar a un criminal es delito.

—No me estás ayudando. Te he obligado a punta de pistola a colaborar conmigo.

El coche redujo la velocidad.

—Se parece a la mujer que me has descrito —comentó Joel—. Pero todavía podría ser una trampa.

—Tú sigue con el plan. Sabré si es ella en cuanto oiga su voz.

—Pero lo que no sabes es si la policía estará vigilando y preparada para seguirnos.

—Si eso sucede, tendrás que despistarlos.

—Eso cuestionará la coartada de que me has obligado a ayudarte.

Joel detuvo bruscamente el coche junto a lo que debía de ser la acera. Vincent se apoyó sobre los codos y esperó.

—Perdone, señorita. Estoy buscando Julian Street. Según lo que me han dicho, termina en Poydras Street, pero no he visto ningún cartel donde ponga ese nombre.

—Esa calle no me suena. Hay una que se llama Julia Street, pero está en sentido contrario.

—¿Qué le parece si sube al coche y nos ayuda a encontrarla? —preguntó Vincent, esperando que se le entendiera bien a través del altavoz que modificaba su voz.

—¿Vincent?

—Sí, es él —respondió Joel—. Pero no se moleste en intentar buscarlo. Está en el maletero.

—¿Y por qué está ahí?

—Porque la policía de todo el estado lo está buscando. Suba, si es que va a hacerlo. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—Janice, todo va bien —dijo Vincent intentando parecer tranquilo y convincente—. Joel es un amigo de toda la vida. Estás a salvo. Y Kelly lo estará pronto.

Vincent oyó que la puerta del coche se cerraba y contuvo el aliento hasta que oyó el cierre del cinturón de seguridad. Aun así, hasta que no captó el

aroma del perfume de ella no respiró tranquilo. A pesar de lo que le había dicho a Joel, había tenido serias dudas de que acudiera a la llamada.

Dejó que Joel charlara con ella mientras salían de la ciudad a toda prisa. El primer paso del plan había sido un éxito.

El segundo sería más difícil.

Se dirigieron hacia el Sur. Joel se presentó, pero sólo con su nombre de pila. Y luego Vincent le preguntó a Kelly exhaustivamente por todo lo que había sucedido antes y después del secuestro.

Durante los diez últimos minutos habían viajado en silencio.

El teléfono móvil de Janice había vibrado varias veces. Todas las llamadas eran de Ken y ella no había contestado ninguna vez. Antes de salir del hotel, le había dejado un mensaje diciéndole que iba a ver a Vincent en un intento de recuperar a Kelly y que no se preocupara ni tratara de ponerse en contacto con ella.

O él no había encontrado la nota o había decidido no hacerle caso. Ella se inclinaba más por lo último, porque la nota estaba en la mesilla, bien visible.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella cuando Joel abandonó la autopista y se adentró por un camino polvoriento.

—A un lugar a unos ocho kilómetros del fin del mundo. Si existe algún lugar por aquí donde la policía no vaya a buscar a Vincent, es éste. Hasta a mí me cuesta encontrarlo, y estas tierras han sido propiedad de mi familia durante años.

Avanzaron unos tres kilómetros más por un camino lleno de barro y Joel detuvo el coche cerca de un turbio pantano. Janice bajó del coche y estuvo a punto de pisar una serpiente larga y negra que se deslizaba por entre la maleza.

—Sólo es una serpiente de agua —explicó Joel—. No es venenosa.

Eso sólo le hizo sentir algo mejor a Janice, que se quedó inmóvil hasta que la vio desaparecer de su vista. Para entonces, Joel había abierto el maletero del coche y ayudaba a su amigo a salir de él. Vincent estaba ojeroso y sin afeitarse. Janice tuvo la certeza de que él había dormido tan poco la noche anterior como ella.

Vincent se estiró y se sacudió la ropa, y luego se acercó a ella. Janice se puso tensa, inquieta por la situación y por estar en aquel lugar aislado de

todo.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo él.

—Lo he hecho por Kelly.

—Por supuesto.

—Te he dibujado un mapa —intervino Joel tendiéndole un papel a Vincent—. Por si se te ha olvidado cómo llegar a la cabaña.

Janice aplastó un mosquito que zumbaba junto a su oreja y otro que se había posado en su brazo.

—¿Y para qué necesitamos una cabaña? Creí que íbamos a buscar a Kelly —preguntó.

—Lo haremos, pero tan pronto como el plan vaya encaminado —respondió Vincent.

Subió al remolque que iba unido al coche y comenzó a soltar la motocicleta que había encima. Janice había advertido antes la moto, pero con todo lo que tenía en la cabeza no se había parado a pensar por qué la llevaban con ellos. Todo indicaba que alguien iba a montar en ella.

Janice se acercó al remolque.

—¿Sabes dónde está Kelly o no?

—No exactamente.

Janice miró a Vincent buscando algún rastro del hombre al que ella una vez había amado tan apasionadamente. Si algo quedaba del antiguo Vincent, eran sus ojos, oscuros y penetrantes, más inquietantes que nunca.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea para recuperar a Kelly —aseguró ella, sabiendo que nunca había hablado más en serio en toda su vida.

Vincent asintió. Joel le ayudó a bajar la moto. A pesar del miedo y de las circunstancias, los recuerdos resucitaron en la mente de Janice. La última vez que ella había montado en moto, la única vez que se había subido a una, había sido el día en que había ido con Vincent hasta el paseo junto al lago.

Sentir el viento en la cara había sido una sensación muy excitante, pero nada comparado con estar junto a Vincent. Habían comido cigalas en el restaurante Bucktown. Él se las había pelado a ella y se las había ido dando a comer, besándola entre bocado y bocado.

Janice regresó a la realidad al oír el motor de la Harley.

—¿Dónde está la cabaña?

—A un kilómetro y medio más o menos —contestó Joel—. No puedo llevar el coche más allá de aquí o se quedará atascado, pero la moto debería

poder avanzar sin muchos problemas. Vine esta mañana con el todoterreno para traer comida y algunas cosas para vosotros y no tuve ningún problema en llegar hasta allí.

—¿Y por qué no hemos venido en el todoterreno ahora?

—Porque no tiene maletero —respondió Vincent—. Y porque no es vehículo que pase muy desapercibido.

Joel sacó dos cascos del asiento trasero del coche.

—Circula por carreteras secundarias cuando te marches de aquí —le aconsejó Joel a Vincent dándole un casco—. Toda la policía de la zona está buscándote.

El otro casco se lo dio a Janice, que se lo puso mientras peleaba contra más mosquitos.

Vincent le estrechó la mano a Joel.

—Gracias, amigo. Te debo una.

—Vamos, vete de aquí y salva a tu hija. Ésa será mi mejor recompensa.

—¿No me deseas suerte?

—Sabes que la tienes.

Janice se preguntó si Joel sabría que ella era el sacrificio que Vincent iba a ofrecer. Si lo sabía, no dio muestras de ello.

Joel también le estrechó la mano a ella.

—Cuídate. Sé lo duro que es esto, pero si fuera mi hija la que estuviera en manos de Tyrone, no querría a nadie más que a Vincent para ayudarme a recuperarla.

Y entonces se marcharon, Vincent y ella de nuevo, sólo que esa vez no era un viaje de placer. Era un viaje para rescatar a Kelly... al precio que fuera.

Capítulo 8

Kelly devoró la grasienta hamburguesa sin una sola queja. La noche anterior se había negado a probar el bocadillo que le habían ofrecido, pero entonces creía que su madre y la policía llegarían en cualquier momento para rescatarla, o si no que encontraría la forma de escaparse. Seguía contando con eso, pero estaba hambrienta.

—¿Podría darme ketchup, señor? —le preguntó al hombre que le había dado la hamburguesa.

No sabía cómo se llamaba. El otro tipo se refería a él como Cara Chata. Pero ella no estaba dispuesta a llamarlo así.

—Esto no es un restaurante.

No, era un basurero, pero si tenían tabasco, seguramente tendrían ketchup. Y un refresco. Deseaba fervientemente un refresco, pero lo único que tenían era agua con un sabor asqueroso y cerveza. Cara Chata le había ofrecido una cerveza, pero ella temía emborracharse y perder alguna oportunidad de escaparse. Y si iba a escaparse, tenía que hacerlo cuando sólo hubiera un hombre vigilándola.

Cara Chata era corpulento, pero no tanto como Rico, el que la había capturado en el restaurante. Una buena patada de kárate seguramente lo dejaría fuera de combate, pero desgraciadamente ella había dejado sus lecciones de kárate para concentrarse más en los entrenamientos de natación.

Ya no estaba tan asustada como al principio, principalmente porque nadie le había hecho daño. De hecho, tenía la impresión de que sus vigilantes habían recibido órdenes de ese Tyrone Magilinti de que no le hicieran nada.

Por lo que recordaba, ése era el apellido de la familia de la que les había hablado la guía. Tyrone no era el fugitivo del que habían hablado, ése se llamaba Vincent. De pronto ella recordó que era el mismo nombre que el del

amigo de su padre. Se preguntó si él se habría enterado de que la habían raptado. Si lo sabía, seguramente estaría preocupado por ella.

Y Byron seguramente estaría furioso porque no contestaba a ninguno de sus mensajes instantáneos. Pero él no le preocupaba. Se le pasaría en cuanto se enterara de que la habían secuestrado.

Sin embargo, sí estaba preocupada por el tal Tyrone. Cara Chata hablaba de él con miedo, así que seguramente ella también debería temerle.

Comenzó a comer más lentamente. Habían vuelto a ponerle las esposas por la noche y Cara Chata no se las había quitado hasta que le había llevado la hamburguesa. Y no tenía ninguna prisa por volver a estar enganchada.

Masticó despacio y observó a Cara Chata, que se había manchado la camisa con un pegote de mayonesa de su hamburguesa.

—¿Alguna vez ha estado en la cárcel? —preguntó ella, convencida de que sí, por la forma en que engullía como si alguien fuera a quitarle la comida.

—No, y no tengo intención de hacerlo.

—¿Y entonces por qué está infringiendo la ley? El secuestro es un delito y los secuestradores casi siempre acaban detenidos —afirmó, dudando de que fuera cierto, pero intentando sonar convincente.

—Cómete la hamburguesa y deja de hacer preguntas.

—¿Tiene hijos?

El hombre dejó la hamburguesa sobre una servilleta, en la mesa. Parecía molesto. Quizás la pregunta lo había conmovido.

—¿Qué le parecería si alguien secuestrara a sus hijos y los esposara? —insistió ella.

—Yo no doy razones a nadie para que ponga a mis hijos en apuros.

—Mi madre tampoco. Ella trabaja muy duro y no molesta a nadie.

Era la verdad y, cuando saliera de allí, se dijo Kelly, no volvería a quejarse nunca más. Tampoco debería haber salido a escondidas por la noche. De esa forma no tendría que haber mentido a su madre como había hecho la tarde anterior.

—Quizás esto no tiene que ver con tu madre, sino con tu padre.

—Él está muerto.

—Ya, seguro.

—Está muerto. Y era un héroe. Nunca haría daño al hijo de nadie. Murió cuando salvaba a un bebé de un incendio.

—No lo creas. Tu padre es un cobarde apestoso.

—No lo es. No sabes nada de mi padre.

—Claro, niña. Lo que tú digas —dijo el hombre y se concentró en leer el periódico.

Kelly dio otro mordisco a su hamburguesa. Ya había aplacado el ansia devoradora del principio, así que podía comer más despacio. Reflexionó sobre la conversación que acababa de tener con su secuestrador. Era evidente que creía que ella era otra persona, alguien con un padre cobarde apestoso. Así que lo que tenía que hacer era convencerlo de que ella no era la chica que buscaban. Seguramente él no la creería, tenía que demostrárselo. Necesitaba una foto, o...

Tragó el trozo de hamburguesa que tenía en la boca.

—¿Cómo sabía Rico que yo era la chica a la que tenía que raptar? ¿Tenéis una foto mía?

—Sí, tenemos una foto.

—¿Puedo verla?

Él se encogió de hombros.

—Pero con una condición. Tienes que prometerme que dejarás de atosigarme con tus estúpidas preguntas.

—De acuerdo.

El hombre se puso en pie y sacó la cartera del bolsillo. Sacó una foto y se la acercó a Kelly. Era una foto suya, cierto, pero ella no sabía cuándo la habían tomado ni cómo había llegado a las manos de aquellos hombres.

En la foto, ella llevaba unos shorts vaqueros y un suéter amarillo sin mangas. Ese suéter sólo le había durado dos meses. Kelly dio la vuelta a la foto y miró lo que ponía por detrás: Nicole Magilinti. Y debajo estaba escrita su dirección de Chicago.

—Esto tiene que ser un error. Yo no soy una Magilinti, no lo soy.

Él le quitó la foto de las manos.

—No soy una Magilinti —insistió ella.

El hombre regresó a su periódico. Aquello era una locura, pensó Kelly. Ese asunto no tenía que ver con conseguir un rescate. Tenía que ver con una familia que había pertenecido a la Mafia. Ella tenía que encontrar una forma de escapar de allí, y rápido. Deseó no haber ido nunca a Nueva Orleans. Deseó no haber gimoteado hasta convencer a su madre.

Deseó estar en su casa. Echaba de menos a su madre. Y estaba asustada, realmente asustada.

Ken se paseó por milésima vez por la suite del hotel. Había llamado a Janice media docena de veces al móvil, pero ella no había respondido. Aquello era culpa de él también. Debería haber previsto que sucedería algo así, ya que Janice se había creído que Vincent estaba preocupado por Kelly. Dicho claramente, Vincent se la había ganado.

¿Cómo era posible que ella creyera a un hombre que sabía que era un mentiroso? Ella incluso había testificado contra él en el juicio donde le habían condenado a prisión. Y resultaba que de pronto estaba trabajando junto a él.

Al menos podría haber tenido la decencia de decirle a la cara lo que tramaba, en lugar de escabullirse cuando él estaba dormitando. Pero si se lo hubiera contado, él le hubiera impedido hacerlo. Tal y como se había marchado, él ni siquiera podía echar la culpa al policía que estaba de guardia.

Janice no estaba bajo arresto. Era la madre inocente de una víctima de secuestro, así que el policía no había tenido ninguna razón para impedirle bajar al vestíbulo del hotel a reunirse con sus amigas.

Llamaron a su teléfono móvil.

—Levine al habla.

—Soy el sargento de policía Latter. Estoy destinado a seguir a Tyrone Magilinti y tengo órdenes de avisarlo a usted el primero si él hace algo sospechoso.

—¿Dónde está Tyrone?

—Por eso lo llamo. No estoy seguro de dónde está.

—¿Ha logrado eludir la vigilancia?

—Eso parece. Debía de llevar tiempo planeándolo. Yo estaba vigilando el edificio y su coche, pero ahora estoy dentro de su casa y él no está aquí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo ha visto?

—Hace media hora pero, como le he dicho, su coche sigue en el aparcamiento.

Fabuloso. Contaba con que Tyrone los conduciría a Kelly. Pero acababan de perder su pista y se encontraban perdidos.

Su última esperanza era que Janice fuera más inteligente que todos ellos y que Vincent tuviera razón. Pero él no creía que eso fuera a darse.

Vincent giró el picaporte y se apoyó contra la puerta hasta que se abrió. Una araña de patas largas le cayó en la camisa. Se la quitó y le hizo una seña a Janice para que le siguiera. Todo indicaba que Joel había limpiado aquello esa mañana, pero el lugar seguía oliendo a madera quemada, resultado de cientos de hogueras en la vieja chimenea.

—No es gran cosa —comentó él—. Pero seguramente es el único lugar donde la policía no va a venir a buscarme.

—Has corrido un gran riesgo al regresar a la zona.

—No tenía otra opción.

—Algunos hombres no lo verían así.

—No puedo hablar por ellos, sólo hablo por mí.

Vincent fue a la cocina y rebuscó entre los alimentos hasta que encontró café. Estaba agotado física y mentalmente después de conducir toda la noche sin dormir, pero dudaba que pudiera conciliar el sueño aunque se tumbara un rato.

Si lo hacía, vería imágenes en su mente de Tyrone con las manos encima de Kelly y eso lo volvería loco. Era extraño que sintiera esa conexión tan potente con una hija a la que dos días antes ni siquiera conocía. O quizás no era tan extraño, ya que ella era la razón que le había ayudado a salir adelante en la cárcel.

Ella era su unión con la inmortalidad, una oportunidad de que la sangre de los Magilinti corriera por las venas de alguien honesto y decente, sin relación con la brutalidad y el dolor que habían dominado a la familia durante al menos tres generaciones.

Vincent preparó la cafetera y la puso a calentar.

—Usa el agua embotellada para cocinar y beber —le aconsejó a Janice—. Puedes ducharte con el agua del grifo. El baño está al final del pasillo.

—¿Cuándo llamamos a Tyrone?

—No vamos a hacerlo. Esperaremos a que sea él quien se ponga en contacto contigo. ¿Has traído tu teléfono móvil?

—Sí. Uno de los policías encontró el de Kelly junto al restaurante donde la secuestraron. Pero no quiero esperar. Llámalo ahora. No quiero que Kelly esté en sus manos ni un segundo más de lo necesario.

Él comenzó a alejarse. Necesitaba darse una ducha para aclarar su mente y estaba demasiado cansado para discutir.

Ella lo agarró del brazo.

—Dices que lo sabes todo de Tyrone, así que debes de saber cómo ponerte en contacto con él. Así que llámalo. Dile que venga a por mí para que pueda soltar a Kelly. O puedes matarme tú en lugar de él y acabar con todo esto.

—¿Pero qué dices?

—Sé que estás negociando con mi vida por la de Kelly. De acuerdo, hazlo. Pero libérala de ese monstruo ya mismo.

—¿Eso es lo que crees, que te he alejado de la policía para matarte?

—Ahora no irás a negarlo... —le espetó ella—. Has dicho que Kelly era el cebo. Así que déjale a Tyrone que se cobre la venganza que desea.

Vincent apenas podía contener la ira que lo invadía. Agarró a Janice por los brazos y la apoyó contra la pared.

—¡Mujer ingrata! ¿No me crees, verdad? Nunca lo has hecho. Para ti sólo fui una aventura con un chico que creías que era rico y algo peligroso.

—Eso no es cierto. Te creía capaz de alcanzar la luna hasta que... —replicó ella y le dio la espalda—. No hagamos esto, Vincent. Por favor, no nos enfrentemos el unos al otro ahora.

—Tienes razón. Kelly es lo único que importa. De todas formas, tú nunca me verás como otra cosa que un monstruo. Voy a darme una ducha. Si Tyrone llama, ve a buscarme. Y para que conste, no tengo ninguna intención de negociar ni contigo ni con Kelly.

—No lo entiendo. Si no vas a usarme para negociar, ¿qué tienes tú que quiere Tyrone?

—Nada, pero él no lo sabe.

—¿Qué cree él que tienes?

—Los cinco millones de dólares que tu madre robó de la casa antes de huir.

Capítulo 9

El primer impulso de Janice fue agarrar una lata de conservas de la encimera y lanzársela a Vincent, pero si lo dejaba inconsciente no podría responder a sus preguntas. Salió a grandes zancadas detrás de él.

—¿Cómo te atreves a lanzar una acusación tan absurda como ésa y marcharte como si nada? Mi madre no robó ningún dinero ni tampoco me abandonó.

—Tu madre y el dinero desaparecieron la noche de la masacre —replicó él mientras se quitaba la camisa y la tiraba al suelo del baño.

Luego se desabrochó los vaqueros como si ése fuera el fin de la conversación. Janice se negó a dejarse intimidar por la posibilidad de verlo desnudo.

—No sé de qué dinero hablas. Pero si alguien robó algo esa noche, fue Tyrone... o tú.

—Estoy hablando de los cinco millones de dólares que se suponía que mi padre iba a pagar al cártel. Y si Tyrone los tuviera en su poder, te aseguro que no estaríamos teniendo esta conversación. Habría desaparecido del mapa en cuanto lo hubieran soltado de la cárcel, retirándose a vivir la buena vida en algún lugar donde las leyes de delincuencia de los Estados Unidos de América no pudieran imponerse.

—Eso te deja a ti como único sospechoso, Vincent.

—Y a ti también —replicó él y se bajó la cremallera de los vaqueros.

—Yo no me llevé ningún dinero —le espetó ella mientras él se quitaba los pantalones y los calzoncillos—. Si hubiera robado cinco millones, hubiera sido yo quien habría abandonado el país. Lástima que no lo hice.

—Tyrone, tú y yo éramos los únicos que quedábamos vivos cuando llegó la policía. El dinero ya no estaba allí, así que si no te lo llevaste tú, tuvo que

ser tu madre —dijo él, y se metió en la ducha y echó la cortina bruscamente.

Aquellas palabras dejaron atónita a Janice. El cuerpo de su madre nunca había sido encontrado, pero estaba muerta. Nunca la habría abandonado a ella de no haber sido así. Y nunca habría renunciado a la oportunidad de conocer a su nieta, por mucho dinero que estuviera en juego.

—Quizás uno de los policías se llevó el dinero.

—Tyrone gritaba como un poseso que había desaparecido antes de que llegaran los polis. Seguro que lo oíste.

Si había sido así, ella no se acordaba. Estaba demasiado asustada para pensar en otra cosa más que en la masacre que había ocurrido delante de ella. Eso no debería ser importante en aquel momento, pero lo era.

Janice tragó saliva con dificultad mientras ataba cabos.

—Tyrone y tú creéis que yo tengo el dinero, ¿verdad? —preguntó sintiendo una nueva oleada de pánico—. Por eso Tyrone ha secuestrado a Kelly. Quiere un rescate de cinco millones de dólares.

—Él quiere los cinco millones, pero si creyera que había alguna posibilidad de que los tuvieras tú, habría ido a tu casa nada más salir de la cárcel, le habría arrancado el corazón a Kelly para que se los entregaras y no habría esperado a que yo llegara.

—Entonces no lo entiendo —dijo ella, subiendo la voz para hacerse oír por encima del agua—. ¿Por qué ha secuestrado a Kelly?

—Para llegar hasta mí. Él cree que yo tengo el dinero y sabe que ella es mi hija. Todo el mundo lo sabe, aunque tú lo niegues fervientemente.

—¿Y cómo lo saben?

—Ella es una Magilinti. Aún éramos alguien en la Mafia cuando ella nació. Ellos tienen formas de conseguir cualquier información que deseen, incluidas pruebas de ADN de bebés en un hospital.

—¿Y por qué iba él a creer que tú tienes el dinero?

—Porque le dije que lo tenía. Bueno, no se lo dije directamente a él, pero dejé que lo supiera alguien que sabía que iba a contárselo a él.

—¿Y por qué dijiste eso si no tenías el dinero?

—Si creía que yo tenía el dinero, no iría a por Kelly.

Seguía insistiendo en que todo aquello era por Kelly. Quería creerlo, pero una vez que se habían añadido cinco millones de dólares en todo aquel asunto, sus recelos volvían a resurgir.

Ella estaba de pie junto a la ducha, sopesando las posibilidades, cuando

Vincent cerró el grifo y abrió la cortina. Ella fue consciente de pronto de la situación y desvió rápidamente la mirada de él hasta que se hubo tapado con una toalla. Cuando por fin lo miró a los ojos, algo se removió en su interior, una mezcla de resentimiento y recuerdos que la atormentaron. A ella el dinero no le importaba nada, lo único que le importaba era Kelly y le asustaba terriblemente tener que confiar en que Vincent iba a rescatarla.

—¿Qué sucederá si Tyrone no llama, eh? ¿Qué sucederá entonces?

—Llamará.

—¿Pero y si no lo hace?

—Por cinco millones de dólares, llamará.

Vincent había abierto todas las ventanas de la minúscula cabaña en un infructuoso intento de que corriera el aire. Janice estaba sentada en una mecedora de madera y contemplaba el riachuelo casi seco que discurría por delante de la cabaña mientras se ventilaba con una revista de pesca vieja.

Habían pasado casi dos horas sin hablarse desde su enfrentamiento en el baño. No tenían nada más que decirse. Janice se apoyó en el respaldo y cerró los ojos, pero no quería dormirse. Entonces sonó su teléfono móvil. Se puso en pie de un salto y se apresuró a contestar, pero Vincent se le adelantó. Ella comprobó el número llamante por encima del hombro de él. No era de la zona.

—Contesta —le dijo él, dándole el teléfono—. Si es Tyrone o uno de sus esbirros, pásamelo y deja que me ocupe yo de ellos.

Janice asintió y descolgó.

—¿Dígame?.

—Buenos días, Candy.

La voz era muy masculina, ronca y grave, como si fuera su amante quien le hablara. Janice sintió que la abandonaban las fuerzas.

—Tyrone...

—Sí, soy yo. Qué agradable que me recuerdes. Kelly te manda un saludo. Es una chica muy guapa, igual que lo eras tú.

Janice le pasó el teléfono a Vincent con manos temblorosas.

—Creo que es conmigo con quien quieres hablar, Tyrone —dijo Vincent.

—Lo cierto es que sí —respondió Tyrone amenazador—. Estaba diciéndole a Candy lo encantadora que es vuestra hijita. Pero me sorprende lo

rápido que has conseguido convencer a Candy para que se escape contigo. Según las noticias, la policía también está impresionada. Eso hará que te busquen con más intensidad, pero a mí me facilita mucho las cosas.

—Como le hagas daño a Kelly, te mato. Y no de forma rápida e indolora, primo, sino lenta y dolorosa, hasta que me ruegues que acabe contigo de un disparo.

—Lo dudo mucho. A ti nunca te gustó la violencia. Hasta el tío Vincent decía que eras su mayor desilusión.

—Las cosas han cambiado.

—Quiero los cinco millones, Vincent, sin que falte nada. Te hubiera dado la mitad si los hubiera encontrado yo, pero ya que fuiste un avaricioso y te lo quedaste todo para ti, yo también voy a hacerlo. Y no te molestes en decirme que no los tienes. Sé que no es así.

—Los tengo.

—Entonces, ¿cuántas ganas tienes de llevarte a tu preciosa hija de mi lado?

—Si quieres ver algo de los cinco millones, será mejor que te asegures de que ni tú ni ninguno de tus esbirros le pone la mano encima.

—Si estás dispuesto a hablar de negocios, a ella no le sucederá nada. Si no, bueno, ya sabes que soy un hombre paciente, he esperado casi quince años este momento.

—¿El momento de tener el dinero por el que mataste?

—Soy un Magilinti. He matado por menos.

—Hablemos de negocios entonces. Para empezar, el intercambio se producirá en un lugar que elegiré yo, y estaremos solos tú, Kelly, Janice y yo. Ninguno de tus secuaces está invitado a ese baile.

—Tú ya no puedes darme órdenes, Vincent. Tu padre está muerto y tú nunca tuviste ninguna influencia. Seré yo quien escoja el lugar y las condiciones.

—No me gusta ese trato.

—Qué pena. Quiero que sea Candy la que me entregue el dinero. Y cuando yo esté a punto de salir del país y me haya asegurado de que no me has traicionado, las soltaré a las dos.

—Si ésa es tu mejor oferta, olvídale.

—¿Vas a dejar que muera tu hija? Candy debe de ser una joya en la cama si permites que Kelly muera por protegerla a ella.

—Quizás lo sea.

Los dos estaban marcándose faroles, igual que hacían cuando eran adolescentes. Pero sus apuestas habían cambiado.

—Piénsatelo —insistió Tyrone—. Te llamaré después. Quizás entonces te hayas vuelto más razonable.

—No tan rápido. La madre de Kelly quiere hablar con ella.

—Qué conmovedor.

—Sabes que no voy ni a plantearme tus exigencias si no me demuestras que tienes a Kelly y que está bien.

—Deberías aprender a confiar más.

—Ponla al teléfono.

—De acuerdo. Está en la otra habitación. Le llevaré el teléfono —contestó Tyrone.

Vincent le pasó el móvil a Janice.

—Va a buscar a Kelly para que puedas hablar con ella. Asegúrate de que está bien y déjale claro que vamos a sacarla de allí.

Las cartas estaban sobre la mesa y sólo había un punto débil en su plan, pensó Vincent. Por lo que parecía, Janice no tenía ni la menor idea de por dónde empezar a buscar el dinero, aunque él nunca había albergado muchas esperanzas de que lo supiera. Él había supuesto que su madre se lo había llevado y había salido corriendo. Era la única explicación lógica.

En momentos como aquél, deseaba no conocer tan bien a su primo. Si Tyrone averiguaba que ellos no tenían el dinero, mataría a Kelly sin pensarlo. Diría que era su venganza. Como él había dicho, había matado por menos.

—Hola, mamá.

Janice empezó a temblar. El ansia de abrazar a Kelly era tan imperiosa que apenas podía hablar.

—Hola, cariño.

—Supongo que venir a Nueva Orleans no era tan buena idea, ¿eh?

—Oh, cariño, tu idea no era mala. Nada de esto es culpa tuya.

—Creen que soy otra persona, una chica de la familia de la casa que vimos ayer, ésa en la que mataron a gente.

—¿Eso es lo que te han dicho?

—No, pero tienen una foto mía que dice que soy Nicole Magilinti. Les he dicho que yo no me llamo así, pero no me creen.

—No te preocupes por eso. Haré todo lo que me digan. Estarás conmigo muy pronto.

—Apuesto a que las otras chicas están muy asustadas. Seguramente no pararán de hablar de mí.

—Sí, no paran —respondió Janice, esforzándose por contener las lágrimas—. Te echan de menos. Y yo también te echo de menos.

—¿La policía está buscándome?

—Sí.

—¿Han puesto mi foto en los lugares públicos, en plan «Se busca desaparecida»?

—Estoy segura de que sí.

—Qué guay. Bueno, quiero marcharme de aquí, estos tipos son muy raros.

Janice tragó saliva. Le partía el alma preguntárselo, pero tenía que hacerlo.

—¿Te han hecho daño?

—No, salvo por las esposas. Me tienen esposada a una cama, pero sólo con una mano, la otra puedo moverla libremente. Me han dado una hamburguesa con queso, y Cara Chata por fin me ha dado un refresco. Ha dicho que estaba harto de oírme gimotear.

—Me alegro. Sé lo mucho que te gustan los refrescos. Y tienes que comer para conservar tus fuerzas.

Janice no sabía quién era Cara Chata y tampoco quería saberlo. Fuera quien fuera, estaba de parte de Tyrone y formaba parte del secuestro. Eso lo convertía en un monstruo a sus ojos.

—Se acabó la charla. Despidete de tu madre.

Tyrone habló suficientemente alto como para que Janice le oyera.

—Lo siento, mamá, tengo que colgar.

—Te quiero, Kelly —dijo Janice con la cara bañada en lágrimas.

No quería perder la conexión, no podía soportar perder aquella unión con Kelly.

—Yo también te quiero, mamá.

Y la conversación terminó. Janice se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Cómo la has notado? —preguntó Vincent.

—Increíblemente valiente. Tiene confianza en que vamos a rescatarla.

Vincent le pasó un brazo por los hombros y esa vez ella no se apartó.

—La rescataremos, la sacaremos de allí.

Él parecía tan decidido que era difícil no creerlo. Y ella necesitaba creerlo, aunque todo pareciera estar en su contra.

—Tyrone nunca la soltará si no consigue el dinero.

—Por su propia voluntad no, pero le haremos creer que se lo estamos entregando. Y yo lo eliminaré antes de que tenga oportunidad de darse cuenta de que no se lo hemos dado. Pero aún no he renunciado totalmente a la posibilidad de encontrar el dinero. La mansión está vacía. Si esta noche no hemos tenido noticias de Tyrone, entraré allí y me daré una vuelta a ver qué encuentro.

—¿Y si la policía está vigilando el lugar?

—No lo van a hacer. Es el último sitio donde esperan que vaya. El riesgo más grande es moverse por las calles de la ciudad. Y ahora voy a intentar descansar un poco —dijo él—. Tú también deberías intentarlo. De momento no podemos hacer nada más.

Pero esperar estaba destrozándolo por dentro.

Para sorpresa suya, Janice durmió cerca de una hora. Después de eso, se paseó por la cabaña intentando no despertar a Vincent. Estaba demasiado nerviosa para quedarse quieta o para leer alguno de los periódicos viejos que había junto a la chimenea.

Vincent se despertó, abrió los ojos y se estiró en el sofá. Miró la hora en su reloj y se incorporó.

—He hecho café —anunció ella—, pero no sé si estará tan fuerte como te gusta.

—Seguro que está bueno —dijo él, fue hasta la pequeña cocina descalzo, sacó una taza de un armario y la enjuagó con agua embotellada—. ¿Quieres tú café?

—No, acabo de tomarme uno.

De hecho, se había bebido casi toda la cafetera y la cafeína la hacía estar aún más nerviosa. Ella no solía tomar café cuando hacía tanto calor, pero aquello era una excepción.

—Creí que Tyrone habría vuelto a telefonar a estas alturas —confesó ella—. ¿Por qué está tardando tanto?

Vincent se acercó a la ventana y contempló el paisaje.

—Es su forma de actuar. Le gusta llevarnos al límite, cree que así

aceptaremos sus condiciones sin protestar.

—Sigo pensando en los cinco millones de dólares —comentó ella—. ¿Por qué nunca se mencionaron en el juicio?

—La policía nunca supo que existían y Tyrone y yo no íbamos a decírselo.

—¿Y por qué había tanto dinero en la casa?

—Era un pago.

Vincent bebió un largo trago de café y se sentó en el brazo del sofá.

—El trato que iba a celebrarse esa noche no era el típico trato sobre drogas, suponía una cantidad de crack y cocaína suficiente para suministrar a todo Detroit durante un año. De hecho, eso sería lo que habría sucedido si las sustancias no hubieran terminado en manos de la policía aquella noche.

—¿Era dinero de la Mafia?

—Sí, pero no de la mafia local. Mi padre había establecido el trato entre él, algunos traficantes de drogas de Detroit y el proveedor sudamericano, todos se llevaban un porcentaje.

—¿Entonces sí que sabías lo que iba a suceder?

—¿Estoy siendo interrogado de nuevo?

—Lo siento, continúa.

—Eso es lo único que sé seguro. El resto son especulaciones.

—Pero si tu padre tenía el dinero para pagar la droga, ¿por qué todo el mundo se lió a disparar? Dinero por droga, ¿no era ése el trato?

—Normalmente sí. Según el testimonio de Tyrone, los jefes del cártel sudamericano protestaron diciendo que habían quedado en que recibirían más dinero y mi padre lo llamó a él y a los otros para asegurarse de que las cosas no se salían de madre.

—¿Y tú crees a Tyrone?

—No, pero nunca creo nada de lo que dice.

—¿Y cuál es tu teoría? Porque debes de tener una.

—Me figuro que Tyrone se enteró del trato y planeó el atraco. Todo salió como él quería, salvo por algunos pequeños detalles. Él no sabía que yo iba a estar en casa, no sabía que tu madre estaba dentro del edificio y no se dio cuenta de que tú acababas de salir de la cocina buscando a tu madre cuando él empezó a disparar.

Buscar a su madre no había sido la causa por la que ella había entrado en la casa, aunque era lo que había dicho en el juicio, bajo juramento. Había mentido para que Vincent nunca supiera que el bebé que llevaba en su

interior era de él. Y a pesar de eso él se había enterado.

—El caso fue que la policía confiscó la droga que los narcotraficantes de Detroit ya habían pagado y los proveedores nunca recibieron el dinero por la droga que habían llevado a la casa —añadió Vincent.

—Eso debió de causar muchos problemas.

—Estuvieron a punto de tirar abajo la casa de tanto revolverla cuando Tyrone y yo ingresamos en prisión. Los dos bandos querían encontrar el dinero.

—¿Cómo sabes que no lo hicieron?

—La información vuela.

—¿Y crees que se olvidaron del tema?

—Igual que se olvidarían de respirar... Por eso, si Tyrone le pone las manos encima al dinero, tendrá que salir rápidamente del país antes de que alguien se entere de que lo tiene.

—En ese caso, ojalá hubiera encontrado el dinero antes de secuestrar a Kelly.

—Pero no lo hizo. Nadie lo ha hecho. Por eso no podemos desestimar que tu madre se lo llevó.

—Ella no lo hizo.

—Bueno, existe la posibilidad de que lo tomara, lo escondiera en algún lugar de la casa y nunca tuviera la oportunidad de regresar a buscarlo...

—¿Y por qué no iba a tener esa oportunidad?

—Le pusiste precio a su cabeza cuando dijiste a la policía que ella estaba dentro de la casa cuando comenzó el tiroteo.

Janice dejó caer la cabeza en sus manos. Aquello era una locura y estaba tan tensa que le resultaba imposible aceptar lo que Vincent estaba diciéndole. Había extrañado terriblemente a su madre durante todo el tiempo que se celebró el juicio y seguía lamentándose por ella un año y medio después, cuando le habían cambiado de nombre y de vida.

Si se hubiera encontrado el cuerpo de su madre, entonces habrían sabido lo que había sucedido aquella horrible noche. Pero Janice estaba segura de que su madre no había robado el dinero.

—Quizás mi madre cambió el dinero de sitio para protegerlo, pero ella no era una ladrona.

—Te creo —dijo él, pero por su tono Janice supo que lo decía sólo para tranquilizarla.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a regresar a la mansión y buscar el dinero una última vez, a menos que tengamos noticias de Tyrone antes. Tú lo único que tienes que hacer es quedarte aquí.

—¿Yo sola?

—Estarás a salvo. Tyrone no sabe que este lugar existe.

Ella no tenía ninguna intención de quedarse allí sola. Y además, no era ninguna inútil.

—Puedo ayudarte a buscar. Seguro que en la casa hay muchos lugares que ni siquiera la policía conoce, como esa habitación secreta detrás de la biblioteca.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, el espacio oculto detrás de las estanterías.

—Yo no sé nada de una habitación secreta.

—Lo cierto es que es más bien un sótano que una habitación. Yo lo encontré por accidente una vez que saqué unos libros de la estantería de abajo e intenté limpiar una grieta que había entre ellos.

Él la miró como si a ella le hubiera salido una cabeza más.

—Es cierto —insistió ella—. Hay por lo menos una cámara secreta en la casa. Pero podría haber más.

Él se apartó el pelo de la cara, apretó los puños y los relajó.

—No puedo permitir que vengas, es demasiado arriesgado. Iré por carreteras secundarias, pero siempre existe la posibilidad de que algún policía me reconozca y empiece a disparar.

El sudor le corría por la frente mientras se paseaba nervioso por la cabaña. De nuevo, Janice fue consciente de lo mucho que él había cambiado con los años. Había perdido su fanfarronería de joven, la sonrisa que acudía a su rostro con facilidad, su encanto infantil, su ímpetu por lanzarse a cualquier tipo de nueva aventura.

Pero ella tampoco era la misma persona de entonces.

—Voy a ir a esa casa y a buscar el dinero para salvar a mi hija. Si tú no me llevas, llamaré a Ken y le hablaré del dinero y de que tenemos que encontrarlo.

El rostro de Vincent se tornó escarlata de la ira y se le hincharon las venas del cuello.

—No piensas rendirte, ¿verdad?

—No cuando es la vida de mi hija lo que está en juego —dijo Janice y salió de la cabaña.

Un cuervo graznó en la lejanía; una garza se paseaba por el lago buscando su cena. Un pez saltó en el agua, dejando un rastro de ondas. Era un paisaje hermoso y apacible, pero no logró tranquilizar sus nervios. Se apoyó en un ciprés y trató de reflexionar sobre todas las cosas con que Vincent la había sorprendido en los últimos minutos.

La policía había realizado una investigación a fondo y los juicios se habían prolongado durante semanas, pero mucho de lo que había sucedido aquella noche nunca había llegado a conocerse públicamente.

Asesinatos. Drogas. Acuerdos sórdidos. Ésa había sido la vida de Vincent como miembro de la familia Magilinti. En el juicio, él mismo había admitido que sabía que su padre pertenecía al crimen organizado, aunque había negado que él mismo formara parte de ello.

Pero aquella noche sí que había formado parte de lo que había sucedido. Janice lo había visto empuñando la ametralladora y le había visto disparar a otro hombre armado. Una bala de esa ametralladora se había encontrado en el corazón de su padre. Él había asegurado que él no había disparado a su padre, que era el arma de uno de los miembros del cártel y que él la había empuñado sólo para protegerse a sí mismo. Ella había querido creerlo con toda su alma.

Pero, ¿y si había mentido? ¿Qué hombre mataría a su padre, pero llegaría hasta aquellos extremos para proteger a su propia hija? ¿Y por qué sus recuerdos de él aún la inquietaban tanto, a pesar de que habían pasado tantos años?

Estaba regresando a la cabaña cuando le sonó el móvil. Era Ken. Janice temía hablar con él, seguro que estaba furioso porque se hubiera marchado. Pero quizás, sólo quizás, tenía noticias de Kelly.

—Hola.

—¿Se puede saber dónde demonios estás?

Ella no habría podido decírselo aunque quisiera.

—¿Hay alguna noticia de Kelly?

Un largo silencio fue su respuesta.

—Por aquí no hay noticias —respondió él al fin—. Y deduzco que por tu parte tampoco.

Ninguna noticia que pudiera contarle.

—¿Qué te dijo Vincent para convencerte de que te escabulleras de nosotros

y te escaparas con él?

—Él sabe cómo negociar con Tyrone y está decidido a rescatar a Kelly sana y salva.

—Es un convicto que se ha fugado de la cárcel. No puedes confiar en él.

Janice no quería entrar en ese terreno con Ken. Él nunca lo comprendería.

—¿Estáis haciendo algo diferente en vuestra investigación de cuando yo estaba allí?

—Hemos dado la alarma. La foto de Kelly está saliendo en las cadenas de televisión de la zona y también la tienen todos los policías de seis estados a la redonda. Si no sabemos nada de ella por la mañana, el FBI se unirá a la búsqueda. Y la policía de Nueva Orleans tiene a un equipo de detectives trabajando en la investigación. Básicamente, estamos haciendo todo lo que dice el reglamento.

—¿Y tal y como dice el reglamento?

—Sí. Supongo que ésa es la diferencia de trabajar con agentes de policía en lugar de con delincuentes fugitivos.

—No me he marchado porque no crea que estéis haciendo todo lo que podéis para rescatar a Kelly, Ken.

—Pero crees que Vincent puede hacerlo mejor, ¿no es eso? Espero que no tengas que lamentar este error de juicio algún día.

A Janice le preocupaba que él estuviera tan convencido de que estaba cometiendo un error. Pero él también los había cometido. La había animado a que saliera con el grupo de chicas a cenar. Él tomaba decisiones basándose en lo que creía que era lo correcto; ella tenía que hacer lo mismo.

—Puedo mandar a alguien a buscarte si me dices dónde estás —le dijo Ken—. O puedo ir yo mismo.

—Gracias. Quizás acepte tu oferta más adelante, pero de momento no.

—Sólo tienes que avisarme —respondió él.

Janice se despidió y regresó a la cabaña. Vincent estaba comiéndose un tomate.

—Se me había olvidado lo exquisitos que son los tomates de esta zona —comentó él, aparentemente dispuesto a tener una tregua.

—¿No comíais tomates en la cárcel?

—No como éstos. La mayoría eran de lata. Yo me acostumbré a ellos. La comida no era ninguna maravilla, pero se podía comer.

—¿Qué era lo peor de la cárcel?

—Las barras en las ventanas.... Los vigilantes en las puertas.... Saber que estaba encerrado ahí dentro —dijo él apartando los tomates a un lado—. Voy a dar una vuelta. Supongo que no habrás cambiado de opinión acerca de venir a la ciudad, ¿no?

—No.

—Entonces estate preparada cuando anochezca. Joel ha dejado algo de ropa de su mujer por si la necesitabas. Es menuda, como tú, debería valerte su ropa. Ponte algo oscuro o menos llamativo que tus pantalones blancos y tu camisa verde claro.

Tenía que ponerse algo oscuro y adecuado para colarse en la casa que había ocupado sus pesadillas durante quince años. Y para volver a pisar el jardín donde había visto por primera vez a Vincent Magilinti.

Había ganado la batalla de ir con él y la victoria la llenaba de un temor indescriptible.

Eran las once y diez de la noche cuando Vincent detuvo la moto en una calle lateral cerca de la mansión de los Magilinti. Temía volver a atravesar aquella puerta; sabía que le asaltarían infinidad de imágenes y recuerdos que lo dejarían destrozado. Pero merecería la pena si encontraban el dinero. Cuando Tyrone tuviera los cinco millones de dólares en sus manos, abandonaría el país y nunca volvería a molestar a Candy ni a Kelly.

Candy. Ella había cambiado de nombre, de color de pelo y de forma de vestir. Pero cuando él la miraba, seguía viendo a la joven que se había instalado en su corazón con un baile, quince años atrás.

Vincent apagó el motor y las luces cuando llegaron al callejón que daba a la parte trasera de la casa.

—Tendremos que recorrer el resto del camino a pie. No quiero llamar la atención. Y la gente en este barrio avisa a la policía en cuanto sospechan que alguien puede estar colándose en sus casas.

Al menos eso era lo que sucedía antes y seguramente había empeorado con el aumento de robos que había experimentado la ciudad. Pero, con un poco de suerte, podrían guiarse por la luz de la luna.

Los dos caminaron en silencio hasta alcanzar la puerta trasera del recinto. La mansión estaba parcialmente oculta tras un enorme roble, pero la casa auxiliar donde Janice y su madre habían vivido durante unas pocas semanas

se veía perfectamente.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? —le preguntó él.

—Querer no quiero, pero puedo soportarlo.

—Entonces entremos.

Vincent intentó abrir la cancela. Tal y como esperaba, estaba cerrada con llave. Sacó una herramienta de debajo del asiento de la moto, la misma que había empleado para entrar en casa de Candy, y en menos de un minuto el cerrojo estaba abierto. Vincent empujó la puerta con la rueda delantera de la moto y Janice lo siguió. Él aparcó la moto junto a los altos setos que bordeaban la valla y asió la mano de Janice; estaba fría como el hielo.

Y los auténticos horrores aún estaban por llegar.

Capítulo 10

Janice aspiró la fragancia dulce y embriagadora a jazmín y magnolia. La casa auxiliar estaba justo delante, aunque el camino que conducía hasta ella serpenteaba entre castaños de Indias y azaleas.

La pequeña estructura de madera y ladrillo tenía el mismo aspecto que cuando ella había vivido allí con su madre, salvo que de sus ventanas ya no colgaban las cortinas de encaje y una contraventana estaba ligeramente ladeada.

Los quince años que habían transcurrido desde la última vez que había recorrido ese camino le parecían toda una vida. La chica despreocupada e impresionable que ella era entonces ya no existía. Aun así, cuando miraba a la puerta, veía a su madre allí de pie. Tenía el pelo salpicado de gris, aunque en ese momento sólo tenía cuarenta años. Era delgada y tenía las manos enrojecidas y agrietadas a causa de los productos que usaba para limpiar. Cuando no estaba limpiando la mansión de los Magilinti, estaba limpiando su propia casa o cosiéndole ropa a Janice.

Janice se obligó a poner un pie delante de otro en un intento desesperado de que aquella casa no la arrastrara al pasado. Las casas no tenían poder. Los lugares no podían llevarlo a uno a donde no quería ir. Sólo que...

«Estoy embarazada, mamá».

Las palabras estaban escritas a fuego en su mente y ella todavía podía ver la expresión de su madre, tan conmocionada y dolida como si Janice le hubiera dado una bofetada.

«Yo lo amo y él me ama a mí».

La casa principal se erguía más adelante, parecía casi fantasmal a la luz de la luna y entre las sombras de los enormes robles. Cuando llegaron a los anchos escalones que daban al balcón y a la entrada traseros, Vincent le pasó

un brazo alrededor de los hombros. Janice no pudo evitar recordar que eran los mismos escalones que él bajaba corriendo para encontrarse con ella en el jardín.

—Aquí no hay nadie más que nosotros —le susurró él—. No tienes por qué asustarte.

—No lo estoy.

—Estás temblando —replicó él—. Ven, siéntate en el último escalón mientras yo abro la puerta.

Janice se derrumbó sobre el escalón y se agarró las piernas contra el pecho, mientras su miedo por Kelly se unía a los recuerdos que la atormentaban.

«Kelly, tú siempre fuiste lo más importante. Incluso entonces, supe que siempre te querría», pensó Janice y dejó caer la cabeza sobre sus manos. Esa vez fue incapaz de no verse arrastrada a su pasado:

—Te dije que te alejaras de ese chico, Candy. Él no es como nosotras.

—No importa, nos amamos.

—Se mezclan con mala gente. Hacen cosas malas.

—Vincent no es malo, mamá. Es el chico más maravilloso que he conocido. Es atento, dulce... y me ama. Sé que me ama. Y yo también lo amo.

—Niña mía, los hombres te dirían lo que fuera para conseguir lo que quieren de ti.

—No. Estamos enamorados.

—¿Le has dicho que estás embarazada?

—Todavía no. Se lo diré esta noche, cuando nos veamos en el jardín.

—No. Esta noche nos marcharemos de aquí y no regresaremos nunca. Haz la maleta mientras aviso al señor Magilinti de que me despido.

—No, mamá. No iré contigo, de verdad que no lo haré.

—No lo necesitas en tu vida.

—Sí que lo necesito. Siempre lo necesitaré a mi lado.

—La puerta está abierta.

La voz de Vincent devolvió a Janice a la realidad. Se puso en pie y entró en la casa mientras él le sujetaba la puerta. La cocina olía a cerrado y a moho, un brusco contraste con el aroma a flores del jardín.

Vincent encendió una linterna e iluminó parte de la habitación.

—Esto sería mucho más fácil si pudiéramos encender las luces, pero no podemos arriesgarnos. Algún vecino podría ver la luz y llamar a la policía.

—¿Tienes dos linternas?

—No, tendremos que ir juntos.

Janice no iba a confesarle el alivio que eso suponía para ella. El edificio de tres plantas ya le parecía enorme cuando ayudaba a su madre a limpiarlo, y parecía aún más grande e imponente vacío. Sus susurros rebotaban en las paredes vacías mientras ellos atravesaban la cocina y el pasillo hacia la parte delantera de la casa.

Los recuerdos de su madre y de Vincent, que en el porche habían cobrado casi vida, se vieron inundados de rojo... rojo sangre.

—Creo que deberíamos empezar por el piso de arriba, por la biblioteca —comentó ella, que sentía que aún no estaba preparada para entrar de nuevo en la zona donde se habían producido los asesinatos.

—Sería más lógico que el dinero estuviera escondido en esta planta, aunque no se me ocurre dónde aparte de la chimenea, y estoy seguro de que ya la examinaron de arriba a abajo.

—Por eso creo que deberíamos empezar por la cámara secreta.

—Me pregunto qué más secretos tendrá esta casa y que yo no conozco.

El comentario sorprendió a Janice. Ella siempre había creído que los Magilinti habían vivido en aquella casa de toda la vida.

—¿Dónde vivíais antes de mudaros aquí?

—En muchos sitios: Chicago, Miami... aunque no con este lujo. Sólo cuando nos trasladamos a Nueva Orleans comenzamos a vivir como si fuéramos los dueños del mundo. Papá había ascendido hasta arriba en la jerarquía para entonces.

Sólo que en la Mafia eso significaba que había matado a más hombres que los demás. Janice se estremeció y se alejó de Vincent.

Él la siguió.

—¿Cómo de grande es esa cámara secreta?

—Como un metro por dos y medio, calculo. La entrada no se ve hasta que se aprieta un botón y las estanterías se apartan. Nunca habría sabido que existía si no hubiera rozado el botón por accidente mientras limpiaba.

—¿Había algo dentro del cuarto?

—Una caja de caudales y algunos barriles, como de cerveza, pero estaban fuertemente cerrados, así que no sé qué había dentro. Es todo lo que

recuerdo. Cerré rápidamente. Temía que tu tío gruñón entrara y creyera que estaba fisgoneando.

—Yo no tengo ningún tío.

—¿Y entonces quién era el hombre que vivía con vosotros?

—Si te refieres a Buck Gorman, creo que era el guardaespaldas de mi padre y seguramente uno de sus asesinos a sueldo, aunque eso nunca lo supe con seguridad.

El temor volvió a apoderarse de ella. Vincent se había criado en una casa donde asesinos a sueldo desayunaban cereales en la cocina y dormían al final del pasillo. Y Kelly estaba secuestrada por hombres así. Si Vincent y ella no seguían las órdenes de Tyrone al dedillo, Kelly moriría. Lo único que necesitaban eran cinco millones de dólares.

Vincent sintió una ola de expectación cuando la estantería se abrió revelando la cámara secreta. Entró y luego miró atrás e iluminó a Janice, que se había quedado fuera del nicho, con la linterna.

—¿No vas a entrar?

—No creo que pueda —respondió ella con voz temblorosa.

La expectación de Vincent se desinfló un poco. Por mucho que ella hubiera insistido, no debería haberla llevado consigo. Lo había sabido en cuanto habían puesto el pie en la propiedad. La casa y sus aterradores recuerdos eran demasiado para ella.

—Seré rápido —le aseguró él.

—No, tómame el tiempo que necesites. Estaré bien. Sólo es que soy un poco claustrofóbica. No puedo evitar pensar que la puerta puede cerrarse dejándonos atrapados ahí dentro.

—La puerta no va a cerrarse a menos que alguien apriete el botón para cerrarla, y aquí no hay nadie más que nosotros dos. Pero quédate ahí si te sientes más tranquila —le dijo y dirigió el haz de luz delante de él.

La caja fuerte que había mencionado Janice seguía ahí. Y también los barriles. Dejó la linterna sobre uno de ellos para intentar abrir la tapa del contiguo, pero el aparato se cayó al suelo y rodó hasta la puerta.

Janice entró en el cuarto.

—La sujetaré —afirmó.

—No tienes que hacerlo, puedo apañármelas solo.

—He venido a ayudar —insistió ella colocándose junto a él.

Vincent sintió entonces la misma opresión en el pecho que lo atenazaba siempre que ella estaba cerca de él. Se negó a plantearse lo que podía significar. Si se detenía a prestar atención a sus sentimientos hacia Janice en aquel momento, nunca haría lo que habían ido a hacer allí.

Sacó un cincel de su estuche de herramientas y abrió la tapa de uno de los barriles. Estaba vacío, salvo por un poco de polvo blanco en el fondo.

—¿Qué es? —preguntó Janice.

—Parece droga, así que es evidente que mi padre sabía que esta cámara existía.

Abrió los otros barriles. Todos estaban vacíos.

—Tu padre debía de emplear esta cámara como almacén.

—Seguramente por eso compró la casa. El único lugar que queda donde puede estar el dinero es en la caja fuerte.

No tenía un soplete para poder abrirla con facilidad, ni había tiempo para intentar averiguar la combinación. Vincent le puso el silenciador a su pistola.

—Dame la linterna, regresa a la biblioteca y aléjate de la estantería —le dijo a Janice.

—No podrás ver a menos que yo te sujete la linterna.

—Ya me apañaré. Tengo que disparar al cerrojo y no quiero arriesgarme a que rebote alguna bala y te dé.

—¿Y qué pasa contigo?

—Alguien tiene que apretar el gatillo.

Janice salió lentamente pero Vincent esperó hasta que ella estuvo fuera de peligro para disparar. Necesitó tres disparos antes de que el cerrojo saltara y él pudiera abrir la puerta.

Janice entró corriendo en la cámara. Vincent se apartó y dejó que ella echara el primer vistazo a lo que había en el interior.

—Son cuadernos de notas, sólo cuadernos —anunció ella con un hilo de voz.

Vincent maldijo en voz baja. Su mayor oportunidad de encontrar el dinero acababa de irse por el desagüe.

—Salgamos de aquí —dijo él mientras guardaba la pistola en su funda.

Aún tenían que buscar en el resto de la casa, aunque las posibilidades de encontrar el dinero eran ínfimas. Él lo había sabido cuando habían llegado, pero los barriles y la caja de caudales habían despertado sus expectativas y

entonces la frustración era aún mayor.

—¿Por qué no nos llevamos algunos cuadernos? —sugirió Janice.

Vincent hojeó uno. Contenían nombres, fechas, lugares.

—No podemos llevarnos todos en la moto, pero un par sí que caben en el compartimiento bajo el asiento.

Vincent comprobó que las fechas iban en orden cronológico, así que tomó los dos cuadernos más recientes. Aunque no creía que fuera a interesarle mucho lo que contenían. En los últimos quince años, había aprendido más cosas de su padre por otra gente que en los veintidós que había vivido con él. Y ninguna de ellas era buena.

Sin embargo, todos los recuerdos que él tenía de su padre estaban llenos de amor y afecto. Cuando el amor lo llenaba tanto a uno y luego lo abandonaba, era mucho más duro. Y él había sufrido ese revés dos veces: primero con su padre y luego con Candy. A pesar de eso, seguía sin poder verla sufrir, como en aquel momento. Ella se había instalado en su corazón para siempre.

Kelly estaba enferma, muy enferma. Había vomitado al menos tres veces en la última hora y se sentía como si fuera a hacerlo de nuevo en cualquier instante. Se incorporó en la cama y se preparó para salir corriendo al baño si comenzaban las arcadas de nuevo. Cara Chata por fin había tenido piedad de ella y le había quitado las esposas. Al fin y al cabo, no estaba en condiciones de escapar.

La habían trasladado del salón a un pequeño dormitorio que cerraban con llave y que tenía un pequeño baño dentro. Sobre su cama se encontraba la única ventana de la estancia, que además estaba tapiada con unos tablones de madera.

Cara Chata estaba en el salón con Rico y Tyrone. Habían estado hablando y riendo como si aquello fuera una divertida aventura para ellos. Kelly deseó realizar una fabulosa evasión. Una vez había leído un libro donde un chico al que habían secuestrado subía al ático de la casa y luego saltaba al suelo desde el tejado. Había logrado huir, pero esas cosas sólo sucedían en los libros. En la vida real, seguramente se habría roto una pierna o la cabeza al hacerlo. Aun así, ella había comprobado si podía subir al tejado, pero era imposible.

Sintió el estómago revuelto de nuevo. Se encaminó hacia el baño por si acaso. Los hombres estaban hablando a voz en grito en la otra habitación,

aunque en ese momento no reían. Tyrone estaba gritando y maldiciendo. Su vocabulario no era muy delicado que se dijera.

A Kelly se le pasaron las náuseas. Se detuvo en la puerta e intentó mirar a través del ojo de la cerradura. No se veía nada, así que acercó la oreja a la rendija de la puerta por si captaba algo de lo que hablaban sus secuestradores. No se oía muy bien, pero estaban hablando de ella y del hombre que ellos decían que era su padre. Él era quien iba a entregarles el dinero.

Pero con quien habían hablado por teléfono era con su madre. Ella misma había hablado con su madre.

—Vincent nunca arriesgaría la vida de su hija. Entregaré el dinero. Le dejaremos que se inquiete un poco más para que sepa que no es él quien manda en esto. Además, tengo un par de asuntos más de los que ocuparme antes de abandonar este país para siempre.

A Kelly le dieron arcadas y corrió al baño. Su padre se llamaba Brad Stevens, ella tenía su foto en su dormitorio. Su madre no le mentiría sobre eso.

La reunión para discutir el secuestro de Kelly comenzó a las nueve en punto de la mañana. Estaban Ken, el agente del FBI Rudy Gravier y el detective Marcus Bienvenu de la brigada de menores desaparecidos de la policía de Nueva Orleans. Estaban en uno de los despachos del cuartel general de la policía de Nueva Orleans.

Gravier tenía una carpeta de un centímetro de grueso sobre Vincent y otra aún más gruesa sobre Tyrone. Bienvenu llevaba un puro sin encender en la boca y tenía un cuaderno lleno de notas delante de él. Ken había acudido con las manos vacías, pero se sabía todos los datos de memoria, llevaba el caso desde el primer momento.

—Cuando la madre rompe todo contacto con la policía y se escapa con un recluso fugitivo, debemos pensar que tiene algo que ver con el secuestro — señaló Gravier.

Bienvenu se cruzó de piernas y negó con la cabeza.

—Yo lo tendré en cuenta, pero aún no puedo llegar a esa conclusión.

—Ella no está metida en el secuestro —replicó Ken—. Está muy asustada y Vincent Magilinti ha logrado convencerla de que él es la mejor persona para rescatar a su hija sana y salva.

—Si ella está tan colgada de ese tipo, ¿por qué estaba en su programa de protección? —preguntó Gravier.

—Estuvo en el lugar de los hechos la noche de la masacre y testificó contra Vincent y Tyrone Magilinti. Esperábamos que la Mafia quisiera vengarse, cosa que hicieron. Al poco de establecerse en su nueva casa, alguien lanzó una bomba dentro de la casa por la noche. Eso ayudó a fingir su muerte y su entierro, que nosotros creíamos que habían sido convincentes hasta esta semana. Todo eso debe de estar en sus notas.

—Sí, lo he leído —admitió Gravier—. Y también he leído la nota que le dejó ella.

Ken se reclinó en el respaldo de su asiento y estudió a Gravier.

—¿Y cuál es su teoría?

—Mi teoría es que Janice Stevens, antes Candy Owens, sabe que Vincent es el primo de Tyrone y que se ha fugado de la cárcel. Y aun así, se ha puesto de su parte. Si esto fuera un auténtico secuestro, no creo que hiciera eso.

—Hay otro pequeño asunto —intervino Bienvenu—. Yo no he visto ninguna prueba de que Vincent Magilinti sea el padre de la chica secuestrada.

—Janice me confesó que él era el padre —replicó Ken.

—Eso es fiarse de su palabra —le recordó Gravier.

—Yo la creo.

—Podemos seguir así todo el día, andando en círculos pero sin llegar a nada —comentó Bienvenu—. Hablaré claro: ésta es mi ciudad y no quiero que tengamos una joven turista muerta. No me mire así, señor Levine, no soy tan frío como parece. Me preocupa la chica, pero también tengo que considerar el resto de repercusiones.

—¿Y entonces cómo propone que manejemos este asunto? —preguntó Gravier.

Bienvenu se quitó el puro de la boca.

—Quiero que sigamos los procedimientos habituales.

—Los procedimientos habituales suelen contar con que los padres del niño desaparecido cooperen con la policía —le recordó Gravier—. Y nosotros no tenemos eso.

Ken asintió y miró a Gravier.

—¿Y cómo cree usted que deberíamos manejar este asunto?

Un joven agente abrió la puerta.

—Acabamos de recibir un fax para el alguacil Ken Levine.

—Soy yo. Démelo, gracias —dijo Ken y leyó el papel.

Un varón blanco de diecisiete años ha sido encontrado muerto de múltiples puñaladas en un parque a tres manzanas de donde viven las Stevens. Un testigo vino a comisaría a las ocho y media de la mañana después de leer la noticia sobre Vincent Magilinti en el periódico. Asegura que vio a Vincent huir del parque el día que fue encontrado el cuerpo del joven.

La noticia conmocionó a Ken. Janice estaba tan convencida de que Vincent tenía auténtico interés en proteger a su hija que él mismo había empezado a creer que quizá fuera cierto.

Les contó las noticias a los demás y se desató una nueva discusión.

—¿Se sabe algo del paradero de Tyrone? —preguntó Ken.

—No, pero seguimos buscándolo —respondió Bienvenu.

La reunión continuó, pero para Ken la auténtica bomba ya había explotado. No podía esperar a salir de allí e intentar localizar a Janice por teléfono. Si Vincent se enteraba de que le buscaban en Chicago por asesinato, podía tener un ataque de ira y hacer cualquier cosa. Cualquier cosa.

Janice se removió inquieta en la cama y agarró su reloj de la mesilla de noche. Se restregó los ojos y volvió a mirar la hora para asegurarse de que lo que había visto era cierto. Eran las diez y diez de la mañana. Alargó la mano buscando el teléfono, pero no estaba en la mesilla. Se le encogió el estómago. ¿Y si Tyrone había telefoneado y ellos no se habían enterado? ¿Y si...?

«Tranquila, mujer. Piensa. ¿Cuándo lo viste por última vez? ¿Dónde lo dejaste?», se dijo y al rodar en la cama oyó que el móvil caía al suelo. Y entonces recordó: antes de dormirse lo había agarrado con ambas manos sobre su pecho y debía de haberse quedado allí.

Vincent y ella habían regresado a la cabaña al amanecer. Exhaustos física y emocionalmente, se habían quedado dormidos a los pocos segundos de tumbarse. Vincent había sacado un colchón al porche trasero y ella había dormido en el único dormitorio. Gracias a Joel tenían sábanas limpias y almohadas mullidas.

Comprobó el teléfono para asegurarse de que no había llamadas perdidas.

Como no las había, fue al cuarto de baño y se lavó las manos y la cara con agua fría. Cuando salió, el aroma a café la atrajo hasta la cocina. Se sirvió una taza y fue a buscar a Vincent.

Era extraño que quisiera verlo. De todas las personas del mundo, él era el último con el que habría esperado contar en un momento así.

Los recuerdos tan conmovedores y agridulces que le habían asaltado la noche anterior volvieron a acosarla. Ella había estado profundamente enamorada de él. Pero en realidad había estado enamorada de un hombre que no existía. Aunque eso ya no importaba. Lo único importante era Kelly.

Salió de la cabaña. El sol brillaba en el cielo creando hermosos reflejos sobre el pantano. Janice pasó junto a la moto, se detuvo y abrió el sillín. Los dos cuadernos estaban dentro. Los agarró y fue a una tumbona que había junto a un altísimo ciprés. Se sentó y abrió uno de los cuadernos. Sólo contenía fechas y notas acerca de los acontecimientos o las decisiones del día.

Presión a Billy Jake.

Pago a Linskey de la policía de Nueva Orleans.

No más tratos con el Glasgow Club hasta que terminen de pagar.

Instalado micrófono oculto en el coche de Tyrone para comprobar los informes de que es desleal.

¿Quién hubiera dicho que la Mafia conservaba un registro de sus actuaciones?

Un sobre se salió del cuaderno y cayó sobre su regazo. Janice lo asió. Estaba lacrado y tenía el nombre de Vincent en el centro, escrito con la misma letra pequeña y cuidada de los cuadernos.

Janice examinó el sobre de arriba a abajo. En circunstancias normales, ni siquiera se plantearía lo que le estaba rondando por la cabeza en aquel momento. Pero no se encontraban en circunstancias normales.

Miró hacia la cabaña. No había señal de Vincent. Respiró hondo y abrió el sobre. La carta tenía la fecha escrita en la parte superior y al final había una cuidada firma. La había escrito el padre de Vincent el día en que había sido asesinado.

A mi hijo Vincent, a quien quiero con todo mi corazón:

Si todo sale como está previsto, cuando leas esta carta, Vincent

Magilinti senior ya no existirá. Pero no te aflijas, estaré sano y salvo y me pondré en contacto contigo en cuanto sea posible.

Sé que nunca me has aprobado ni a mí ni mis actividades, pero he hecho lo que creía que tenía que hacer: seguir las huellas de mi padre y de mi abuelo. Ahora me marcho porque ha llegado el momento. Hombres más jóvenes me derribarán del trono si me quedo. Prefiero marcharme mientras estoy en lo más alto, y me iré como un hombre muy rico.

He depositado un millón de dólares en una cuenta a tu nombre en las islas Caimán. El nombre del banco y el número de cuenta están más abajo. Espero que eso te compense algo el dolor y la vergüenza que te he causado.

Y para limpiar mi conciencia en lo que a ti respecta, tengo que hacerte una confesión más: Tyrone no es tu primo, es tu medio hermano. Tu madre nunca me perdonó esa indiscreción. Espero que tú sí lo hagas, pero incluso aunque no puedas, me pareció que debías saber la verdad.

Esta letra está escrita con amor, pero no con arrepentimiento. He hecho lo que me parecía correcto para mí. Tú debes hacer lo mismo.

*Te quiero,
Papá.*

Janice se sintió conmocionada y aliviada al mismo tiempo. Vincent nunca había estado metido en la Mafia. Había dicho la verdad en el juicio pero nadie lo había creído, ni siquiera ella.

Janice volvió a meter la carta en el sobre. Si él había dicho la verdad respecto a eso, seguramente había dicho la verdad al asegurar que no había matado a su padre.

Ella había testificado en su contra y eso había ayudado a enviarlo a prisión, ¿quién podía culparlo de odiarla? Y, sin embargo, allí estaba él, arriesgándose por una hija que ella nunca le había dado la oportunidad de conocer.

Cuando todo aquello terminara, ella iba a tener que replantearse muchas cosas. Cuando aquello terminara y Kelly estuviera sana y salva, por supuesto. Y ojalá que fuera pronto.

Quizás Vincent no era el monstruo que las pruebas del juicio habían sugerido que era, pero Tyrone sí lo era. Y Kelly estaba en sus manos.

Capítulo 11

Janice encontró a Vincent en la cocina, sentado a la mesa con un cuaderno y un bolígrafo. Ella le dejó la carta junto al cuaderno.

—Se ha caído de uno de los cuadernos que encontramos en la caja fuerte. Es para ti.

A Vincent se le fueron tensando los músculos del rostro y del cuello según leía.

—Medio hermanos —dijo al terminar, escupiendo las palabras.

—¿Lo sospechaste alguna vez?

—No, pero ahora que lo pienso, debería haberlo hecho —contestó él guardando la carta en el sobre—. Nunca se mencionó al supuesto hermano de mi padre, salvo para decir que murió en un accidente de coche junto con su esposa y que por eso Tyrone vino a vivir con nosotros.

—¿Qué edad tenías cuando sucedió?

—Siete años. Estaba emocionado porque iba a tener alguien con quien jugar. Pero la emoción no duró mucho. Tyrone era dos años mayor que yo y se metía conmigo todo el rato. Me alegré mucho cuando, un año después, mi madre y yo nos mudamos a otra casa. Yo estaba harto de Tyrone y de las continuas discusiones entre mis padres.

—¿Tu madre no murió de cáncer?

—Sí, justo el verano siguiente. Entonces tuve que volver a vivir con mi padre y Tyrone —respondió él y se puso en pie—. Estaré fuera. Ven a buscarme si Tyrone llama.

Janice estaba muy sorprendida con la reacción de Vincent. Lo único que le importaba era Tyrone. No sólo no le había afectado que su padre le hubiera dejado un millón de dólares, además parecía darle igual que esa carta pudiera limpiar su nombre y evitarle volver a ingresar en prisión.

Janice decidió ir tras él.

—¿Podemos hablar?

—Pero no acerca de la carta.

Ella decidió ignorar su respuesta y lo siguió medio corriendo para mantenerse a su ritmo mientras se adentraban en el bosque de cipreses que había junto al lago.

—¿Qué te pasa? La carta es como un indulto para ti. Deja muy claro que no tenías ninguna conexión con la Mafia.

Él se detuvo y se giró hacia ella. Su mirada era tan intensa que Janice se asustó.

—Tú no me creíste cuando dije eso mismo ante el jurado y sin embargo te crees una carta que has encontrado en un mugriento cuaderno.

—Todas las pruebas en el juicio indicaban que...

—¿Puedes ahorrarme los detalles, Candy? Me conozco de memoria las pruebas.

Él la llamó por su antiguo nombre y ella no le corrigió. Se sentía Candy de nuevo, sentada en la sala del juicio y deseando que alguna bala la hubiera alcanzando la fatídica noche. Había perdido a su madre y a Vincent. Estaba enfadada, desesperanzada y con el corazón roto. Lo único que le había hecho seguir adelante había sido su hija, saber que la pequeña dependía de ella.

—Yo estaba confundida, Vincent. Esos asesinatos, la horrible conversación sobre asesinos, drogas... —se disculpó ella intentando contener las lágrimas—. Tenía que responder a las preguntas y estaba bajo juramento. Además, lo único que dije fue que cuando saqué la cabeza de las cortinas te vi disparar la ametralladora que tenías en las manos.

—Hiciste más que simplemente responder preguntas. Tu asco hacia mí era tan palpable como si lo llevaras tatuado en la frente. No sólo no me ofreciste que pudiera ver a mi hija, además negaste que fuera mía. Ni siquiera te atreviste a mirarme a los ojos mientras yo luchaba por mi vida.

El dolor de él le llegó muy dentro a Janice, tan real como lo había sido el suyo propio. Ella le había juzgado y condenado igual que había hecho el jurado. Pero su traición era mayor porque los miembros del jurado no lo conocían igual que ella. Ellos no habían bailado con él a la luz de la luna, no habían experimentado sus besos, no habían hecho el amor con él.

No habían llevado en su vientre a su hija.

Las lágrimas desbordaron sus ojos y le bañaron las mejillas.

—Cometí un error, Vincent, lo siento. Lo siento mucho.

Él siguió rígido como una estatua, fulminándola con la mirada.

—No tienes nada por lo que disculparte. Creíste lo mismo que todos los demás. ¿Y por qué no ibas a hacerlo? Yo era el hijo de mi padre.

—Tú no lo mataste, ahora lo sé. Incluso aunque lo hubieras odiado, no podrías haberlo matado.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—La forma en la que quieres a una hija que en realidad aún no conoces. La forma en la que estás a mi lado, aunque yo no estuve junto a ti cuando tú lo necesitaste.

—No me conviertas en un héroe, Candy. Yo no maté a mi padre, pero desde que fui un adolescente sabía que él estaba involucrado en actividades ilegales. Y aun sabiéndolo, te arrastré a mi mundo.

—Tú no me arrastraste a nada, Vincent, yo me metí de cabeza. Tú me llegaste al corazón y yo me enamoré...

Él le tapó la boca con un dedo.

—No sigas, Candy, por favor.

—Es algo que debería haberte dicho hace quince años.

—Pero no lo hiciste y decirlo ahora sólo me hará más difícil el volver a estar encerrado en la cárcel. Dejemos las cosas como estaban.

—No puedes volver a prisión. La carta dice que eres inocente de cualquier relación con la Mafia. Eso significa que la mitad de lo que presentó el fiscal era erróneo. Ahora tienen que creerte. Tienen que concederte el indulto.

—Una carta escrita por mi padre no será suficiente ante un tribunal. Tuve mi juicio y me declararon culpable. Fin de la historia.

Janice no podía creerse que él fuera a darse por vencido tan pronto, sobre todo cuando tenía tanto por lo que luchar.

—Tienes un millón de dólares. Puedes contratar al mejor abogado que el dinero pueda pagar.

—¿Podemos dejar el asunto?

—No. Si no lo haces por ti, piensa en Kelly.

—Esto es por Kelly —dijo él y se le partió la voz—. Ella cree que su padre fue un héroe, está orgullosa de él. No voy a cambiárselo por un padre que es un delincuente y un fugitivo. No le haré tener que cargar con el apellido Magilinti.

—Podrías escaparte a las islas Caimán, tienes un millón de dólares

esperándote allí. Pero en lugar de eso, estás aquí en Nueva Orleans luchando por la vida de tu hija. Su padre es un héroe, Vincent. Y tú eres más que un apellido —le aseguró ella y se lanzó en sus brazos.

Tras la conmoción inicial, él la abrazó y la apretó fuertemente contra sí. Aunque no era igual que quince años atrás en el jardín. La felicidad de entonces era ansiedad en ese momento y la pasión se había cambiado por un abrumador temor por Kelly. Pero ella se agarró fuertemente a él y absorbió su fuerza.

Regresaron a la cabaña agarrados de la mano. Ninguno dijo nada en el trayecto. Cuando todo aquello terminara tendrían que airear algunos detalles, probar que él era inocente y darse un tiempo para conocerse el uno al otro de nuevo. Quizás su historia no funcionara, pero al menos le darían una oportunidad.

Si Kelly salía sana y salva de aquello, eso sería suficiente. Pero si no regresaba a casa, nada volvería a importarles en la vida.

Tyrone se sentó en el coche de Rico y comprobó su lista. A última hora de la tarde, todos sus asuntos estarían perfectamente cerrados. Los papeles estarían en su lugar, el avión chárter esperándolo y los asesinatos fundamentales liquidados.

Entonces él regresaría a la vieja cabaña del río donde tenía secuestrada a Kelly. Ella sería el cebo. Candy y Vincent acudirían a su trampa sin problemas. Él los mataría uno por uno, empezando por Kelly. Matar a Vincent sería el mayor placer.

Y la venganza sería aún más dulce gracias a los cinco millones de dólares.

Janice dio un respingo cuando sonó su móvil, convencida de que sería Tyrone. Pero era Ken.

—¿Estás bien? —le preguntó él nada más oír su voz.

—No estaré bien hasta que Kelly no esté a mi lado de nuevo. Dime que tienes noticias.

—Tengo noticias... todas malas. Pero no te asustes, no son respecto a Kelly.

Janice escuchó conmocionada a Ken mientras le hablaba del joven al que

habían matado en el parque cerca de su casa y el testigo que sostenía que había visto a Vincent allí el mismo día del asesinato.

—Quizás Vincent estuviera en el parque, pero él no mató a nadie —aseguró Janice—. Y tampoco mató a su padre. No debería haber ido a la cárcel.

—Lo que dices es una locura, Janice, y lo sabes.

—Tengo una prueba de su inocencia.

—¿Y dónde has conseguido esa prueba?

Ella no podía decírselo. Si lo hacía, la policía vigilaría la casa de los Magilinti, y quizás Vincent y ella tuvieran que visitarla alguna vez más.

—Me cayó en el regazo —contestó ella, ciñéndose todo lo posible a la realidad pero sin desvelar nada.

—Entonces fue Vincent quien lo puso ahí.

Janice contuvo el aliento. Ella no había considerado esa posibilidad. Pero Vincent no sabía que existía la cámara secreta donde estaban los cuadernos. Y había sido ella quien había sugerido que los sacaran de allí.

Había escuchado a Ken y al fiscal antes. Había permitido que lo convencieran de que Vincent era un asesino. Pero ellos estaban equivocados. Y ella también se había equivocado.

Escuchó pasos detrás de ella. Se giró y vio a Vincent acercándosele.

—Estás tratando con un mentiroso psicopático —insistió Ken—. Ni siquiera el detector de mentiras del juicio logró atraparlo.

—Porque estaba diciendo la verdad.

—Me pregunto qué te ha hecho para lavarte el cerebro tan rápidamente.

—Nadie me ha lavado el cerebro. Tengo la mente más clara que nunca.

—Estás corriendo un gran riesgo.

—A lo mejor es hora de que lo haga. Tengo que irme, Ken. Si sabes algo de Kelly, lo que sea, llámame.

—Sabes que lo haré. Cuídate.

—Claro. Tú también.

Ella todavía confiaba en Ken, pero no esperaba que encontrara a Kelly. Tyrone quería salirse con la suya y, si había alguien capaz de detenerlo, ése era Vincent. Y, cuando lo hiciera, ella estaría a su lado.

Ken se quedó de pie en el pasillo de la comisaría, atónito ante la reacción

de Janice a las últimas noticias. Incluso cuando sólo era una jovencita embarazada y asustada había tomado mejores decisiones que aquélla. De alguna forma, Vincent se la había ganado.

Lo cual significaba que eran él y los otros policías los que tenían que encontrar a Kelly. Necesitaban una pista, y rápido. Cada hora que pasaba tras el rapto de un menor, las oportunidades de encontrarlo con vida disminuían significativamente.

En días como aquél, odiaba su trabajo. Y a pesar de eso, no se veía dejándolo ni aunque su vida dependiera de ello.

Kelly se movió para poder ver mejor la televisión. Normalmente no le gustaban esos programas de policías, pero Cara Chata era demasiado terco para cambiar de canal, aunque realmente no estaba prestando atención a las imágenes. La única razón por la que había llevado la televisión portátil al dormitorio de Kelly era porque estaba demasiado enfermo para entrar en su habitación a soltarle las esposas cada vez que ella tenía que ir al baño.

En ese momento él estaba tumbado en la alfombra, despatarrado, con la cabeza apoyada sobre una almohada. De vez en cuando emitía un gemido, se ponía en pie y corría al aseo para vomitar, como le había sucedido a ella el día anterior.

Kelly creía que se había puesto enferma porque estaba asustada, pero como Cara Chata tenía los mismos síntomas que ella, debía de ser un virus de esos que duraban veinticuatro horas.

Ella no estaba en plena forma, pero se sentía mucho mejor que el día anterior y mejor que como se sentía Cara Chata en aquel momento. Rico y Tyrone no estaban enfermos, al menos no lo estaban cuando se habían marchado. Seguramente regresarían pronto. Kelly deseó que no volvieran nunca. Cara Chata era terco, pero los otros dos eran malvados.

No la habían golpeado ni nada por el estilo, pero se habían reído cuando se había quejado de las esposas y habían dicho cosas odiosas sobre ella y su madre.

Intentó pensar en algo agradable, como qué estarían haciendo sus amigas en aquel momento, pero eso le hizo sentirse aún peor. Ese día iban a recorrer el río Misisipi en un auténtico barco a vapor y ella nunca se había subido a uno.

El día siguiente era la competición de natación y ahí sí que la echarían de menos. Aunque no tanto como su madre, de eso estaba segura. Su madre se asustaba a la mínima, así que debía de estar absolutamente aterrada a esas alturas. Por teléfono había sonado muy preocupada.

Por fin, Cara Chata cambió de canal y puso las noticias.

—Apuesto a que te gustaría la MTV si le dieras una oportunidad —intentó persuadirlo ella.

—¿Por qué no te callas de una vez?

Le sacó la lengua, pero atenta a que no la viera. Él se levantó de un salto y corrió al aseó de nuevo. Por ella podía no volver nunca. Kelly se removió en la cama, ahuecó la almohada con la mano libre y se sentó en la cama lo mejor que pudo. Su mano izquierda seguía enganchada al cabecero de la cama.

—Una joven de Chicago sigue desaparecida después de que la secuestraran del aseó de un restaurante del barrio francés el domingo.

Kelly se quedó inmóvil y prestó atención a la televisión. Estaban hablando de ella. Y estaban mostrando su foto. Era la foto del colegio, en la que estaba horrible, pero era ella al fin y al cabo.

—La policía cree que el secuestrador puede ser Vincent Magilinti, que se fugó de la cárcel a principios de semana bajo circunstancias muy extrañas.

Pues la policía se equivocaba, pensó Kelly. No le extrañaba que aún no la hubieran encontrado.

—Intentadlo con Cara Chata, Rico y Tyrone —le espetó a la televisión.

—Si ven a este hombre, avisen a la policía inmediatamente. No se acerquen a él, va armado y es peligroso.

¡Increíble! Ese hombre no era Vincent Magilinti, era Vincent Jones. Era el amigo de su padre, no su padre.

Incluso sus captores pensaban que ella era una Magilinti. ¿Cómo habían podido liarse tanto las cosas? Ella no podía ser quien ellos creían que era. Pero estaban diciéndolo en las noticias y los periodistas no solían inventarse las cosas.

Eso significaba que un delincuente fugado de la cárcel, armado y peligroso había dormido en su casa y la había acompañado hasta el parque aquella noche. Podría haberle cortado el cuello o disparado, ella había visto la pistola guardada bajo su camisa.

Pero él no le había parecido ni mucho menos tan aterrador ni malvado como sus secuestradores. Kelly volvió a ahuecar la almohada y forcejeó con

las esposas. Tenía que soltarse. Tenía que salir de allí.

—¿Es que no vas a estarte quieta? Estoy muriéndome aquí dentro.

Ella deseó que fuera cierto. Pero él no iba a morir, así que tenía que pensar una forma de escapar de allí. Esperó hasta que él salió del baño, pálido como un fantasma, y se tumbó en la alfombra.

—Tengo que ir al baño —comentó entonces ella.

—No pienso levantarme. Tendrás que aguantarte.

—No puedo aguantarme, tengo que ir.

Él gruñó.

—Si no me dejas ir, aquí va a oler muy mal. Tyrone se pondrá furioso contigo por hacerme ensuciar el lugar.

—De acuerdo, ya basta. Pero deja de gimotear —dijo él poniéndose en pie lentamente y atravesando la habitación como si cada paso fuera una lucha.

—No tienes por qué sujetarme con las esposas —comentó ella—. No voy a ir a ninguna parte. La puerta está cerrada con llave y las llaves están en tu poder.

En cuanto él la soltó, Kelly fue al baño rápidamente. En realidad no necesitaba ir, sólo quería quitarse las esposas. Sin ellas, sentía que controlaba la situación un poco más.

Su mejor oportunidad para escapar era ese momento, allí sólo estaban Cara Chata y ella, y él estaba tan enfermo que apenas podía caminar.

Kelly se apoyó en la pared del aseo y estudió la estancia en busca de algo que pudiera usar como arma. No había espejo, lo habían quitado. Pero tenía que haber algo.

Abrió ligeramente la puerta. Cara Chata no se movió, ni siquiera abrió los ojos. Para cuando ella regresó a la cama, él volvió a meterse en el baño. Le oyó vomitar de nuevo.

Kelly se sentó en la cama como antes. Quizás si se colocaba las esposas alrededor de la muñeca como si estuvieran cerradas, Cara Chata no recordaría que no se las había puesto. Así, si ella veía la oportunidad, podría agarrar algo y golpearle en la cabeza. Algo como el televisor portátil. Eso lo dejaría inconsciente.

¿Por qué esperar? Podía hacerlo en aquel momento. Lo único que tenía que hacer era lanzarle el televisor a la cabeza cuando él saliera del baño.

Kelly se bajó de la cama de nuevo. El corazón le latía tan fuerte que creía que iba a salirse del pecho mientras desenchufaba el cable de corriente del

televisor y agarraba el aparato. Pesaba más de lo que se había imaginado. Lo subió por encima de su cabeza y perdió el equilibrio; se tambaleó y estuvo a punto de caerse al suelo.

La puerta del aseo se abrió. Kelly tenía el televisor en las manos. Era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Pero qué...?

Cara Chata arremetió contra ella y ella le estampó el televisor en la cabeza todo lo fuerte que pudo. Él cayó al suelo. Kelly comenzó a correr, pero él la sujetó por el tobillo izquierdo. Había un charco de sangre bajo su cabeza, pero la sujetaba con fuerza. Aunque se soltara, pensó ella, no podría ir a ningún lado a menos que lograra la llave de la puerta que él tenía en el bolsillo de su pantalón.

Kelly levantó el pie derecho y le golpeó el brazo que la tenía sujeta. Él la soltó. Tosía, tenía los ojos en blanco y estaba bañado en sangre.

Ella necesitaba la llave de su bolsillo pero le asustaba terriblemente acercarse a él y buscarla, no fuera a despertarse como sucedía en las películas de terror.

De pronto, oyó que un coche se detenía junto a la casa. Rico o Tyrone, o quizás ambos, estaban de regreso. No podría escapar sin que ellos la vieran. Y ellos no sólo la esposarían a la cama, no cuando vieran a Cara Chata sangrando de aquella manera. Quizás incluso estaba muerto.

Kelly miró la ventana tapada con tablones. Antes de poder cambiar de opinión, agarró el televisor y lo lanzó contra ella. El cristal se hizo añicos y las tablas se partieron. Se veía la luz del sol a través de la abertura, pero el agujero era demasiado pequeño para poder pasar a través.

Oyó que se cerraba la puerta principal de la casa. Agarró el televisor de nuevo y esa vez, cuando lo lanzó, atravesó los tablones y acabó en el suelo del exterior. Ella se lanzó a través del agujero, cayó sobre su trasero y salió corriendo tan rápido como pudo.

No había ninguna casa alrededor a la que pedir ayuda, sólo una pista y al final de ella un dique. Kelly corrió hacia allí y luego se dirigió hacia el río. Miró alrededor pero no había ningún lugar donde esconderse. Allí no había nada más que hierbajos y el agua pantanosa de un río tan ancho que tenía que ser el Misisipi.

Si se quedaba allí la encontrarían. Pero si saltaba al río seguramente sería arrastrada por las corrientes y se ahogaría. Eso era lo que el taxista había

dicho.

Kelly deseó con todas sus fuerzas estar junto a su madre.

Rico se dedicó a buscarla por la carretera. Tyrone se dirigió hacia el dique con un rifle y una pistola automática, preparado para lo que tuviera que hacer.

Estaba sin aliento cuando llegó a lo más alto del dique. Sin aliento y furioso. Él mismo habría matado a Cara Chata por dejar escapar a la chica si ella no lo hubiera hecho ya.

Se llevó la mano a la frente a modo de visera y miró alrededor. No la veía, pero había un rastro como si alguien se hubiera escurrido y hubiera caído por la colina. Le resultaba difícil creer que se había librado de Cara Chata sólo para escapar hacia el río, pero no la veía por allí. Quizás no se había dado cuenta de que, una vez que llegara a lo alto de la colina, no tendría lugar donde esconderse.

Tyrone estudió detenidamente los alrededores y recorrió parte del dique lentamente por si captaba algún movimiento entre la alta hierba. Examinaría cada pulgada de terreno si era necesario.

Una serpiente pasó reptando justo delante de él. Un par de pájaros volaron por encima de su cabeza y aterrizaron en una de las orillas del río. Y justo al lado había una mancha de color. Tyrone caminó un poco más hasta que pudo verla mejor. Era Kelly, acurrucada como un enorme huevo de Pascua esperando a ser encontrado.

Comenzó a descender por el dique pero ella lo vio y corrió hacia la orilla. La chica iba a lanzarse al río.

No podía permitirselo. Se apoyó el rifle en el hombro y apuntó.

Capítulo 12

Volvieron a disparar. Kelly tomó aire profundamente y se lanzó al agua. Se quedó bajo la superficie, nadando con la corriente, esperando alejarse lo más posible de sus secuestradores antes de salir a tomar aire.

Ella no sabía si había sido Rico o Tyrone quien había disparado, o quizás los dos. Lo único que sabía era que no podía permitir que la atraparan. Antes habían sido relativamente amables con ella, pero no lo serían cuando vieran lo que ella le había hecho a Cara Chata.

Si intentaba atravesar el río y no lo lograba, se ahogaría, pensó. Incluso si llegaba a la orilla opuesta, quizás seguiría al alcance de los disparos. No tenía ni idea de hasta dónde podían llegar las balas. Era mejor quedarse cerca de la orilla y dejarse llevar por la corriente.

Le ardían los pulmones. Sacó la cabeza rápidamente fuera del agua, tomó aire y volvió a sumergirse. Era una de las nadadoras más fuertes del equipo y siempre se le había dado bien bucear. Practicaba por diversión, no esperaba que un día eso pudiera salvarle la vida.

La siguiente vez que sacó la cabeza del agua, observó a su alrededor en busca de algún signo de una barca o alguien distinto a sus secuestradores en algún lugar del dique. Pero no había nadie. Entonces comenzó a nadar intentando ignorar el dolor de sus brazos y piernas. Continuó nadando hasta que el cuerpo ya no le respondía. No tenía ninguna noción de cuánta distancia había recorrido, pero sabía que estaba llegando a su límite físico. Tenía que acercarse a la orilla mientras aún tenía fuerzas para llegar.

No había oído disparos en un buen rato, eso tenía que ser una buena señal. Empezó a hacerse ilusiones. Quizás sí que lograra escapar.

Estaba a punto de llegar a la orilla cuando sintió que se debilitaba y una corriente la absorbía hacia el centro del río. «Ve con ella, no contra ella», se

recordó. Intentó nadar con la corriente, pero estaba demasiado cansada para moverse. El río la llevaba a voluntad.

Kelly se asustó de verdad. ¿Y si nunca volvía a ver a su madre? No debería haberle dicho que la odiaba. No era cierto, la amaba.

Y entonces, tan rápidamente como la había atrapado, la corriente la expulsó hacia la orilla. Se deslizó un trecho por el barro cerca del borde, intentando detenerse con los pies y las rodillas. Por fin, se agarró al tronco de un árbol que se extendía sobre el agua y se quedó allí hasta que recuperó el aliento y pudo arrastrarse hacia tierra firme.

Le invadió el alivio hasta que examinó atentamente el dique. En su estado de agotamiento, se le hacía una pequeña montaña. Intentó ponerse en pie, pero las piernas no le respondieron y se cayó al suelo.

Necesitaba unos pocos segundos para recuperar el aliento y las fuerzas. Sólo unos segundos. Se acurrucó sobre un lado en posición fetal y apoyó la cabeza en las manos a modo de almohada.

No podía quedarse allí mucho tiempo. El sol estaba poniéndose en el horizonte. Cerró los ojos y pensó en su madre y en sus amigos... y en un barco de vapor recorriendo las aguas del famoso río Misisipi.

Tyrone avisó a Rico a voces y luego se acercó al lugar desde donde Kelly se había lanzado al agua. Estúpida muchacha. Él la necesitaba viva, no muerta, pero no podía arriesgarse a que se le escapara. Si ella llegaba hasta la otra orilla, él no tendría otra opción más que matarla. Examinó la superficie con la vista esperando el momento en que ella sacara la cabeza para tomar aire.

Intentaba captar movimiento, pero el río estaba demasiado agitado para ver algo por debajo de la superficie. ¿Por qué no veía la cabeza de ella saliendo a por aire? Empezó a entrarle pánico. Había esperado quince años a ponerle las manos encima a ese dinero y no iba a perderlo por una joven delgaducha con más valor que sentido común.

Ella tenía que respirar en algún momento pero no había señales de ella. Ni una maldita señal.

—¿Dónde está? —le preguntó Rico a voces mientras bajaba desde lo alto del dique.

—En el río.

—¿Se ha ahogado o la has disparado?

—Quizás ambas cosas. Le he disparado a las piernas. No sé si le habré dado. Pero no la he visto desde entonces.

—Aunque no le hayas dado, ella nunca llegará a la otra orilla —afirmó Rico como si así se solucionara todo.

—¡No la quiero muerta! —rugió Tyrone y pronunció unas cuantas maldiciones.

—Tendrás que convencer a Vincent de que no está muerta.

—Pero quizás no lo esté y entonces sí que fracasaría el plan. Si ella logra llegar a la policía antes de que nosotros consigamos el dinero y nos marchemos del país, me buscarán por secuestro. Y a ti también.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Rico, mucho más preocupado al darse cuenta del alcance de la situación.

—Tenemos que encontrarla antes de que lo haga otra persona. Puedes olvidarte de que haya intentado llegar a la otra orilla. Si lo hubiera hecho, la hubiera visto. Quizás siga en el agua, pero no llegará lejos. Si sigue viva, la encontraremos.

Y él realmente esperaba que estuviera viva. Comenzó a correr por la embarrada orilla mientras observaba el agua y la tierra buscando alguna señal de ella. Estaba más desesperado de lo que había estado en mucho tiempo. De ninguna manera iba a permitir que Vincent ganara de nuevo.

Vincent se sentó a la mesa frente a Janice e intentó comer, pero estaba demasiado agitado por la cercanía de ella como para tener hambre ni ganas de comer el sándwich de jamón y queso. Cuando ella se habían lanzado en sus brazos, los recuerdos se habían apoderado de su cuerpo y de su mente. Y en ese momento todos, los buenos, los malos, los desagradables y los sublimes, intentaban imponerse sobre los otros.

Después del juicio, él había intentado odiarla. A veces le había funcionado durante algunas horas, pero entonces había recordado la sensación de tenerla en sus brazos y el deseo había sido tan intenso que casi lo había matado. Con el tiempo debería haber perdido fuerza, pero no había sido así.

Los días en la cárcel eran soportables. Pero las noches habían sido un puro infierno. Ella aparecía en todos sus sueños, siempre con el mismo vestido blanco que llevaba la noche en que él la había visto por primera vez, bailando

sola bajo la luz de la luna.

En sus sueños ella nunca hablaba, sólo se deslizaba entre sus brazos y lo besaba en la boca. Algunas veces sus besos eran increíblemente dulces, su cuerpo cálido y flexible; otras veces, sus besos sabían más amargos y su cuerpo parecía esculpido en hielo. Pero de cualquier forma, él se despertaba erecto y ansiando abrazarla. Se le secaba la boca y le costaba respirar.

Janice le había preguntado qué había sido lo peor de estar en la cárcel y él le había contestado que los barrotos. Le había mentado: lo peor había sido saber que nunca más volvería a tenerla en sus brazos.

Él quería creer que, cuando todo aquello terminara, sería un hombre libre y los dos podrían seguir adelante con sus vidas como si los últimos quince años no hubieran sucedido nunca. Pero sabía que eso no era posible. Él seguía siendo un Magilinti, era una maldición que nunca cesaría. Su madre había intentado rescatarle de ella, pero había regresado para absorberlo. Su pasado lo acosaría allá donde fuera.

Él no podía salvarse de aquello, pero sí podía, e iba a hacerlo, salvar a su hija y a Janice. Antes de volver a la cárcel, se desharía de Tyrone, de la manera que fuera.

Observó a Janice exprimir una rodaja de limón en su té y echarla luego dentro.

—¿Crees que Tyrone sabe que es tu hermanastro? —le preguntó ella mientras revolvía la bebida con el hielo.

—Estoy casi seguro, sobre todo después de haber pensado sobre algunos de los comentarios que me hacía.

—¿Qué tipo de comentarios?

—Solía provocarme constantemente diciendo que me creía muy importante porque era hijo de Vincent Magilinti. Él decía que él era duro como mi padre y yo débil como mi madre. Me odió desde el momento en que vino a vivir con nosotros y hacía todo lo que podía para atormentarme.

—Debía de estar muy resentido contigo.

—Sin duda, y tenía un gusto por la violencia que no era el normal de cualquier niño un poco travieso. Una vez creí que me mataba.

—¿Qué edad tenías?

—Unos diez años y era mucho más menudo que Tyrone. Él fingió que quería jugar a las peleas, como hacíamos siempre, pero me tumbó en el suelo y me apretó la rodilla sobre el cuello. Me desmayé antes de que él me soltara.

—¿Y tu padre qué hizo?

—No estaba en casa, casi nunca estaba. Siempre nos vigilaba una niñera, pero ninguna duraba mucho tiempo. Nadie quería soportar a Tyrone, yo creo que le tenían miedo. Nadie le reprendió nunca excepto el guardaespaldas de papá, Buck Gorman. Él intentó disciplinarlo a base de golpes con el cinturón. Pero eso sólo hizo que Tyrone me odiara aún más.

—Eso explica por qué, aunque estaba bajo juramento, mintió para implicarte en las actividades de la Mafia. Debió de sentir un gran placer cuando te escapaste de la cárcel —comentó Janice—. Si no llegas a hacerlo, hubiera tenido que esperar años hasta poder ver el dinero.

—Sin duda —reconoció Vincent—. Sobre todo, desde que el tribunal de la condicional rechazó mi petición para salir antes.

—¿Y por qué a él si se la dieron y a ti no? Los dos estabais acusados de lo mismo.

—No les gustó que yo insistiera en mi versión de que era inocente en lugar de decir que me arrepentía de mis crímenes. El psiquiatra interpretó esa negación como que yo no aceptaba la realidad y me inventaba las cosas. Y la comisión de la junta condicional dijo que no me había reformado.

—En vuestros juicios, creí que Tyrone y tú os libraríais de la cárcel si declarabais que lo habíais hecho en defensa propia.

—Podríamos haberlo dicho si Tyrone no hubiera disparado a dos de los miembros del cártel cuando estaban a punto de huir por la puerta, o si no hubieran encontrado balas del arma que yo llevaba en las manos en el corazón de mi padre.

La mente de Vincent volvió a la noche en que su mundo había saltado patas arriba. Recordaba todo con tanta claridad como si hubiera sucedido el día anterior, sobre todo porque lo había repasado cientos de veces intentando encontrarle sentido.

Él nunca había creído la historia de Tyrone de que había acudido a la llamada de Vincent Magilinti senior para protegerlo si la negociación con los del cártel se ponía difícil. Pero tampoco había encontrado pruebas para demostrar lo contrario. Si a eso se le añadía la carta de su padre en la que decía que esa noche desaparecería para siempre, todo parecía mucho más confuso.

Vincent dio otro mordisco a su sándwich y lo masticó lentamente mientras recordaba lo que él sabía con certeza de esa noche. Esa tarde, él había hecho

su último examen final, se había tomado una cerveza de despedida con sus amigos y luego se había ido a casa. Estaba entusiasmado por haber terminado la universidad. Le habían ofrecido un puesto en la empresa de uno de los arquitectos de la zona y esa noche iba a anunciarle a su padre que se iba de la casa. Con ello no estaba apartando a su progenitor de su vida, pero quería que su padre supiera sin lugar a dudas que él no quería formar parte del crimen organizado.

Había planeado pasar el resto de la tarde y parte de la noche con Janice. Tenía mucho que contarle, principalmente que la amaba y que quería casarse con ella. Sabía que ella era muy joven, pero esperaría todo lo que ella deseara, incluso hasta que terminara la universidad.

Acababa de meterse en la ducha cuando escuchó el tiroteo. Salió a toda prisa del baño y se puso los vaqueros sobre el cuerpo aún mojado, sin preocuparse de ponerse una camisa ni unos zapatos, y se lanzó escaleras abajo. A medio camino se dio cuenta de que iba a meterse en una batalla desarmado.

Entonces vio a un hombre dirigirse tambaleante hacia las escaleras con una herida en el pecho. Subió un par de peldaños y se desplomó muerto. Vincent le quitó la metralleta y fue corriendo al salón donde estaba la pelea.

Cuando llegó, no quedaba nadie en pie salvo Tyrone y el último de los miembros del cártel. Los dos dispararon. La bala dirigida a Tyrone sólo le rozó un brazo, pero Tyrone disparó muchas veces seguidas y le metió cuatro balas en el pecho a su oponente.

Vincent dio unos pasos atrás para evitar el torrente de sangre y entonces vio moverse algo por el rabillo del ojo. Se giró justo a tiempo para ver que uno de los hombres a los que él había dado por muerto empuñaba una pistola y le apuntaba.

Vincent disparó primero y el hombre se desplomó muerto. Eso era lo que Janice había visto. Con lo que había aprendido últimamente, Vincent se preguntó si Tyrone habría intentado matarlo a él si la policía no hubiera llegado en ese momento.

—Mi madre iba a dejar esa noche el trabajo de criada —comentó Janice, que también estaba reviviendo los acontecimientos—. Antes de que tuviera ocasión de hacerlo, Buck Gorman le hizo ir a la casa para que le ayudara con algo, momentos antes de que yo entrara buscándola.

—¿Era algo poco habitual que la requirieran fuera del horario de trabajo?

—No, mi madre estaba siempre yendo a la casa para hacer lo que fuera por tu padre o por Buck. Lo que no logro entender es a dónde se escapó cuando comenzó el tiroteo, ya que cuando yo entré en la casa no la encontré.

Vincent no sabía la respuesta. Sólo agradecía que Buck hubiera tenido la previsión de empujar a Janice tras las cortinas del salón antes de que alguien se diera cuenta de que estaba allí.

—Nunca comprendí cómo llegó la policía tan rápido —señaló ella—. Una vez que empezó el tiroteo todo pareció suceder muy deprisa.

—Dijeron que estaban por el barrio —respondió Vincent.

Pero coincidía con Janice, la secuencia temporal no encajaba. El tiroteo, la llegada de la policía, la desaparición del dinero y de la madre de Janice... todo había sucedido en unos minutos.

En el juicio de Vincent habían reproducido una grabación de la llamada a la policía. Era la voz de la madre de Janice desde uno de los teléfonos de la casa principal. Él no recordaba las palabras exactas, pero decía algo de que había armas automáticas y que mucha gente iba a morir.

Vincent miró por la ventana. Había oscurecido. Su aprensión creció. No podría soportar mucho más tiempo sin hacer nada mientras Kelly estaba en peligro. Tenía que actuar.

—Me gustaría regresar a la casa una vez más —comentó.

—¿Y si Tyrone llama?

—Entonces lo dejaremos todo y haremos lo que sea necesario para recuperar a Kelly.

—No sé dónde más podríamos buscar el dinero.

—Está la casa de servicio —sugirió él.

Ella apartó su plato, aunque apenas había probado el bocadillo.

—Sé que sigues pensando que mi madre se llevó el dinero, Vincent, pero no lo hizo. Ella no era una ladrona.

—Simplemente me gustaría echar un vistazo.

Janice desvió la mirada. Él no quería hacerle más daño del que ya había sufrido, pero si no lograban rescatar a Kelly con vida, Janice sufriría mucho más.

—Entonces vayamos —dijo ella poniéndose en pie—. Y no se te ocurra sugerirme que me quede atrás.

Unas nubes negras habían aparecido en el cielo y los relámpagos iluminaban todo de cuando en cuando, amenazando con una repentina tormenta de verano, mientras Janice y Vincent recorrían las carreteras secundarias camino de la mansión Magilinti. Janice se temía que empezaría en cualquier momento y los empaparía antes de que alcanzaran la ciudad. Afortunadamente no fue así, aunque caería dentro de poco, pensó ella mientras esperaba a que Vincent abriera la puerta de la casa de servicio.

Kelly odiaba las tormentas. Cuando era pequeña, acudía corriendo a acurrucarse contra ella en cuanto sonaba el primer trueno. De adolescente ya no lo hacía, pero se inquietaba igualmente.

Janice tocó el bolsillo donde había metido el teléfono. Lo había puesto en modo vibración antes de salir de la cabaña, para sentirlo si llamaban en medio del ruido de la moto.

Vincent abrió la puerta y entró en la casa. Janice dudó hasta que un relámpago pareció apuntarle. Resonó un potente trueno y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

—Al menos aquí estaremos secos —comentó Vincent mientras iluminaba el interior con la linterna.

El suelo estaba polvoriento y había bastantes telas de araña en las esquinas y la vieja lámpara del techo. Janice se estremeció, pero no del aspecto de la casa. La última vez que había visto a su madre con vida había sido en aquella habitación y acababa de decirle que estaba embarazada de Vincent.

Él le agarró la mano.

—Éste no es el momento de resucitar fantasmas —le dijo como si percibiera que estaba hundiéndose en su pasado.

La mayoría de los muebles ya no estaban, pero la mesa de roble y las sillas seguían estando en el salón-comedor. En la pared había una lámina de dos niños cruzando un puente acompañados de un ángel. Su madre había colgado esa lámina el día en que se habían mudado a aquella casa. Había sido uno de los pocos objetos que habían llevado con ellas de su vida anterior. La casa ya estaba amueblada con objetos mucho mejores que los que ellas tenían. Su madre había vendido su antiguo mobiliario por cincuenta dólares.

Vincent rasgó una de las mayores telas de araña.

—¿Tu madre guardaba algo en el desván?

—No lo creo. No teníamos nada que guardar. Ni siquiera recuerdo que hubiera un desván.

—Yo tampoco sé si lo hay —confesó Vincent—. Se me ocurrió que, ya que este lugar en principio era un cobertizo para carruajes, quizás hubiera un atillo o algo por el estilo donde antes guardaran el heno y la paja. ¿Recuerdas algo que pudiera ser una entrada o una escalera plegable?

—Había una trampilla en el armario de mi dormitorio. Nunca tiré de la cadena que colgaba de ella, así que no sé si hay una escalera.

—Veámoslo.

—¿No crees que ya buscaron ahí cuando resolvieron toda la propiedad?

—Estoy seguro de que sí, pero a lo mejor se olvidaron de algo. Me gustaría echarle un vistazo. Tú no tienes por qué subir.

—He llegado hasta aquí, subiré a ver qué hay.

Janice condujo a Vincent al pequeño dormitorio. Ya no tenía cama, ni tocador, ni la mesa que a ella tanto le gustaba. Incluso las tablas de pino que cubrían el suelo habían desaparecido, dejando al descubierto el suelo original de piedra. El gozne superior de la puerta del armario se había caído y daba a toda la estancia un aspecto aún mayor de abandono.

Vincent abrió la puerta completamente y dirigió el haz de luz de la linterna a la parte superior del armario. No tenía estanterías, ni la barra de colgar las perchas ni la trampilla que ella recordaba. Sólo estaba el hueco, suficientemente grande para que una persona pudiera atravesarlo.

—Necesito algo para alcanzar la trampilla —comentó Vincent.

—¿Por qué no me dejas que me suba a tus hombros primero? Puedo echar un vistazo rápido.

—Buena idea.

Ella se subió a sus hombros y él la sujetó por la cintura y le pasó la linterna.

—Sólo echa un vistazo, no te subas.

—Créeme, no pienso hacerlo.

A Janice casi se le sale el corazón del pecho al iluminar con la linterna y ver una enorme rata paseándose por una viga. En cuanto vio la luz, el animal se escabulló. Lo mismo hicieron al menos una docena de cucarachas y una se dirigió directamente a la mano en la que ella estaba apoyada.

Janice no logró ahogar del todo el grito que le salió.

—Sólo era una cucaracha —explicó antes de que Vincent la bajara.

—Me alegro de que sólo fuera eso. ¿Hay algo más?

—Todavía estoy examinando el lugar. Es una especie de desván. El techo

está suspendido debajo de él.

—El techo seguramente fue añadido cuando transformaron el cobertizo en una casa para el servicio —apuntó Vincent—. ¿Hay alguna caja, maleta o similar?

—No, pero hay una montura y unos arreos y cosas así. Y una pila de tela que podrían ser sábanas.

—¿Algo más?

—Miles de arañas y al menos un odioso escorpión.

Janice dirigió la luz hacia la pared opuesta intentando no dar respingos cada vez que veía algún movimiento. Estaba haciéndolo bastante bien hasta que algo se soltó de la esquina del desván y voló hacia ella. Esa vez no pudo controlar su grito. Vincent la agarró fuertemente de la cintura, la sentó en el suelo y empuñó su pistola.

—Tranquilo —le detuvo ella con voz temblorosa—. Creo que sólo era un murciélago.

—Tengo que encontrar algo a lo que subirme, si no es de aquí será de la casa principal —le dijo Vincent—. Quiero saber exactamente qué hay ahí.

Se dirigió hacia la puerta trasera de la casita, la que estaba más próxima a la mansión. La misma puerta por la que su madre había salido refunfuñando la noche en que Buck la había llamado, la noche en que ya no había regresado.

Janice corrió hasta Vincent y lo sujetó del brazo.

—Vámonos de aquí, Vincent, por favor. Salgamos de aquí y regresemos a la cabaña junto al pantano.

—No podemos conducir con esta tormenta.

—Sí que podemos. Este lugar está maldito, puedo sentirlo. Ha visto la muerte y la verá de nuevo. Sé que lo hará.

—La casa sólo es un montón de madera y piedra. No puede hacernos daño —dijo él abrazándola.

Ella se agarró fuertemente a él. Su mente racional le decía que él tenía razón, pero la premonición de que iba a haber más muertes era tan potente que apenas podía respirar.

Estaba tan aterrada que apenas sintió la vibración del teléfono contra su cadera. Vincent le quitó el teléfono de las manos y gruñó un saludo. Lo único que recibió como respuesta fue un calambrazo.

—No te oigo bien —dijo.

—Tiempo... dinero... Kelly.

A pesar de que se oía muy mal, Vincent reconoció la voz.

—No se te entiende nada, Tyrone.

La conexión se cortó y Vincent murmuró una sarta de maldiciones. El teléfono vibró de nuevo y esa vez él no se molestó en saludar.

—Dejémonos de juegos, Tyrone. Si quieres el dinero, ven a por él ahora o haré una bonita hoguera con él.

—No lo harás si quieres recuperar a tu hija con vida.

—¿Dónde está ella?

—Está escondida por precaución, deseosa de ver a su madre y esperando a que tú me des el dinero.

—Dime en qué lugar.

—Antes, unas condiciones: Candy vendrá contigo, no es negociable. Toma el dinero y dirigiós a Algiers. Os llamaré en media hora con el lugar exacto. No avises a la policía. Si veo alguna señal de ellos, mataré a Kelly y seguiré conduciendo. Te aseguro que no dudaré en hacerlo.

—No habrá policía. Pero si intentas traicionarme, serás tú quien se lleve la bala.

—En media hora a partir de ahora en Algiers. Estad allí con el dinero o Kelly morirá.

Capítulo 13

Kelly gritó conforme las agujas le pinchaban en el rostro y los brazos..

—¡Parad, por favor! ¡No tenía intención de hacerle daño!

La tierra tembló debajo de ella y el arma disparó tan cerca de su cara que las chispas la cegaron. Abrió los ojos. No había nadie con ella, estaba sola. Se puso en pie de un salto y comenzó a correr. Se escurrió y se cayó al suelo, pero volvió a levantarse y continuó subiendo la colina.

Las armas volvieron a disparar, parecían truenos. Kelly gritó y ya no pudo parar de gritar.

James peleó con el cierre del sujetador de Betsy. No comprendía por qué ella se lo ponía cuando sabía que él terminaría quitandoselo si se detenían a besuquearse. Y siempre se detenían a besuquearse. Él no permitiría que una pequeña tormenta se lo impidiera.

Betsy dio un respingo justo cuando él había logrado soltar el maldito enganche.

—¿Has oído eso? —preguntó ella.

—No he oído nada.

—Escucha, ahí está de nuevo. Parece el grito de una mujer.

Él escuchó. Parecía un grito, pero no había nadie por allí.

—Seguramente será un gato asustado por la tormenta.

—A mí no me suena a un gato.

—Olvídalo, no es nada —dijo él colocando su mano sobre el seno derecho de ella y acariciándole el pezón suavemente para excitarla.

Los gritos empezaron de nuevo y esa vez sonaron más cerca y más fuertes. Él empezaba a asustarse también. Ella le apartó la mano y se bajó la blusa.

—Alguien tiene problemas. Tenemos que hacer algo.

Él encendió el motor. Lo que iban a hacer era salir de allí. Ella agarró el volante.

—No podemos marcharnos. Alguien está herido, tenemos que ayudarlo.

—¿Estás loca? Estamos a kilómetros de cualquier casa. Nadie debería estar ahí fuera con esta tormenta.

Metió la primera y antes de quitar el freno de mano, un relámpago iluminó la silueta de una mujer de pie en lo alto del dique. Era una joven.

Betsy abrió la puerta del coche y se bajó. Él no la siguió, pero tampoco podía marcharse sin ella. Bajó la ventanilla y le gritó que regresara al coche. Una ráfaga de viento hizo que la lluvia le empapara la cara y también las fundas de los asientos del coche de su padre. Genial, con eso no volvería a dejarle el coche en una temporada.

Encendió las luces de cruce para ver mejor lo que estaba sucediendo. Betsy casi había llegado hasta la chica cuando ella se resbaló y comenzó a caer cuesta abajo. Betsy la sujetó por la camiseta, la ayudó a ponerse en pie y la condujo hacia el coche.

Él gimió. Aquello era lo último que necesitaba en una tarde en la que se suponía que estaba en casa de un amigo recibiendo una clase particular. Pero no podía quedarse allí parado. Se bajó del coche y acudió a ayudar. Si alguien estaba persiguiendo a la chica, cuanto antes se marcharan de allí, mejor. Agarró a la chica por debajo de las axilas.

—Deja tu peso sobre mí —le dijo.

—Gracias.

Miró hacia atrás pero no vio a nadie.

—¿Te has caído de una barca o algo así?

—No, me he escapado de unos hombres que me habían secuestrado. He nadado todo lo que he podido para alejarme de ellos. No recuerdo qué ha pasado después. Supongo que me he desmayado.

—¿Te han secuestrado?

—Sí, Estaba en el aseo de un restaurante y un bruto llamado Rico irrumpió por la ventana y me agarró.

A James eso le sonaba familiar. Había oído a su madre y a su hermana hablar de ello aquella misma tarde.

—Eres la chica ésa de Chicago, ¿verdad? La que tiene un padre que se ha escapado de la cárcel...

—Él no es mi padre. Lo han liado todo.

Ella parecía atontada. O bien era a causa del cansancio de la huída o bien esos hombres habían estado haciendo cosas detestables con ella. Y él no quería tener que vérselas con esos tipos.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo él casi empujándola dentro del coche.

Betsy se subió al asiento del copiloto y sacó su teléfono móvil.

—Voy a avisar a la policía.

—Espera. Antes tenemos que pensar un poco —la detuvo él.

—¿Qué hay que pensar?

—Esos tipos son asesinos profesionales. No queremos que vengan a por nosotros —respondió él pisando a fondo el acelerador y levantando barro y gravilla mientras se dirigía a la carretera—. Quizás deberíamos llevarla a un hipermercado o algo así y soltarla allí.

—Yo no voy a hacer eso. Está empapada —replicó Betsy.

—Bueno, deja un momento el teléfono y dame un minuto para que piense, ¿de acuerdo?

—Tú sólo piensas en ti mismo. Llévanos a mi casa, luego podrás irte con tus padres y esconderte bajo las sábanas.

—No estoy preocupado por mí, sólo pensaba en ti.

—Bueno, pues piensa en ella. Es la que ha estado secuestrada.

La chica apoyó la cabeza contra la ventanilla.

—Estoy bien. Dejadme en cualquier lugar donde haya gente y alguien me ayudará a llamar a la policía.

—Te llevaremos a casa de Betsy —respondió él.

Total, sus amigos iban a enterarse de aquello de todas formas. Y no había nada malo en ser precavido. Esos tipos de la Mafia lo tiraban a uno al río como si nada.

—¿Cómo has escapado de ellos? —preguntó él.

—Creo que he matado a uno.

Dios santo, aquello era peor de lo que él creía.

Betsy se giró hacia la chica.

—No te preocupes, mis padres sabrán qué hacer.

—Necesito telefonar a mi madre.

—Claro. ¿Cuál es su número? Lo marcaré por ti.

La chica le dijo el número a Betsy.

—No hay señal. Aquí no hay mucha cobertura. Llamarás desde mi casa.

La chica no dijo nada. Él esperaba que no se hubiera desmayado de nuevo. Miró por el retrovisor y la vio acurrucada como si estuviera helada. Pobre chica. Parecía de la misma edad que su hermana. Encendió la calefacción, aunque en el coche ya hacía suficiente calor.

—Apuesto a que su madre estará preocupadísima —comentó Betsy—. Creerá que somos unos héroes por haber rescatado a su hija.

Héroes, a él le gustó eso.

—Quizás nos den una recompensa y todo.

Bien pensado, aquello podía resultar ser algo bueno, siempre y cuando los secuestradores no fueran detrás de ellos.

Era la llamada de teléfono que Janice había suplicado desde comienzo del rapto de Kelly. Pero después de que Tyrone hubiera llamado, ella estaba más aterrada que nunca en su vida.

Vincent estaba intentando fingir que tenía confianza, pero sabía que en parte lo estaba haciendo por ella. Tyrone quería un rescate de cinco millones de dólares, cantidad que ellos no tenían. Y, por muy malvado que fuera, no era estúpido. No iba a meterse en una trampa ni a entregar a Kelly sin pelear.

Comprendió que Vincent no quisiera que la policía colaborara con ellos. Sus experiencias con las fuerzas del orden no le habían inspirado precisamente confianza y Tyrone además había insistido en que no quería a la policía involucrada en aquello. Ella lo comprendía, pero seguía estando asustada.

—¿Seguro que no quieres llamar a Ken? —le preguntó.

—Seguro. Cuanta más gente haya metida en esto, más probabilidades hay de que algo salga mal.

—Ya está saliendo mal. Tyrone cree que vas a presentarte con el dinero del rescate.

Vincent enfundó su pistola y tomó a Janice de las manos.

—No me metería en esto yo solo si no estuviera convencido de que es la mejor manera de rescatar a Kelly. Tienes que confiar en mí.

—Lo hago, pero...

Janice inspiró hondo. Derrumbarse en aquel momento era lo peor que podía hacer. Creer en él sería más fácil si no existieran tantas variables en su

contra.

—¿No sería más seguro si nos presentáramos al intercambio en un coche?

—¿«Nos»? —preguntó él mirándola como si se hubiera vuelto loca.

—Yo voy contigo.

—Ni hablar.

—Soy la madre de Kelly. Debo estar ahí.

—El que tú estés allí sólo hará que la situación sea más inestable aún. Y arriesgarte a que te maten no va a ayudar a Kelly.

—Él te odia, Vincent. ¿Cómo sabes que no está conduciéndote a un lugar oscuro y aislado para...?

Para matarlo, pensó ella y soltó el aire pesadamente. Eso era justamente lo que Tyrone estaba haciendo. Él no sólo quería el dinero, además quería vengarse de Vincent por ser el hijo reconocido y mimado.

—Te matará, Vincent. Te quitará el dinero y luego te matará y a Kelly también.

—Quizás ése sea su plan, pero no tiene por qué ser lo que suceda.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque yo soy más listo que él. Y porque la pobreza apesta. Él necesita el dinero. Yo no tengo cinco millones, pero tengo uno y es más de lo que él tiene ahora.

—Si estás hablando del millón de dólares que tu padre te legó, no lo tienes. Está en un banco en las islas Caimán.

—Mejor así. Él tendrá que marcharse del país para conseguir el dinero y no podrá regresar o lo arrestarán por secuestro.

—¿Creerá que la carta es auténtica?

—Por supuesto. Se lo creerá y eso lo sacará de quicio. Yo tengo un millón y él no tiene nada. Quedarse con el millón le hará muy feliz porque sentirá que está superándome.

Podía funcionar, Vincent conocía a Tyrone mejor que nadie.

—Necesitarás mi móvil para que Tyrone pueda ponerse en contacto contigo —comentó ella ofreciéndoselo.

Él lo tomó y se lo guardó en el bolsillo de la cazadora.

—Puedo llevarte a casa de Joel si quieres, vive a pocas manzanas de aquí.

—No, no quiero estar con extraños.

—Entonces te llevaré al Hilton y estarás con amigos.

Ella se lo pensó, pero no le apetecía charlar con la señorita Radcliff y las

niñas. Harían como si supieran lo que ella estaba sintiendo, pero nadie podía saberlo a menos que hubiera estado en la misma situación.

—Preferiría quedarme aquí —dijo tímidamente—. Si cambio de opinión, saldré a la calle y tomaré un tranvía hasta el Hilton.

—No quiero que te quedes...

Ella levantó una mano a modo de protesta.

—Tú vas a hacer lo que tienes que hacer, Vincent, y yo intento comprenderlo. Por favor, haz lo mismo conmigo.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que es lo justo.

Era evidente que a él no le gustaba la idea. Pero para ella era algo más que querer estar a solas. Por alguna razón que no comprendía, quería esperarlo a él y a Kelly en el lugar donde había conocido a Vincent por vez primera. La casa guardaba terror, pero también amor y una parte muy importante de Vincent y de ella.

Lo acompañó a la puerta. Seguía lloviendo, pero no tan fuerte como antes. Él la observó como si estuviera memorizando cada línea de su rostro. Ella se acercó a él y él la abrazó con fuerza.

—Eres una madre fabulosa —susurró él—, la mejor que podía haber escogido para criar a mi hija.

La soltó y comenzó a alejarse y entonces ella tuvo la aterradora sensación de que quizás no volvería a verlo nunca. Salió corriendo detrás de él y lo sujetó del brazo.

—Hay algo que tengo que decirte.

Él le apartó el cabello mojado de la cara.

—No me digas adiós. No quiero que te despidas de mí.

—No iba a hacerlo. Quería que supieras que la noche de los asesinatos no acudí a la casa principal para hablar con mi madre. Fui allí para hablar contigo. No podía esperar ni un segundo más a anunciarte que estaba embarazada de ti.

Él la besó en la boca. Fue más que un beso, sus corazones se tocaron a través de sus labios. Y de pronto él se separó, se subió a la moto y se dirigió a rescatar a su hija.

Mientras recorría las calles empantanadas de la ciudad, Vincent repasó su

plan. Tyrone se pondría furioso al verlo aparecer sin Janice, pero por nada del mundo la llevaría con él. Salvar a Kelly ya era suficiente desafío, pero querer salvarlas a las dos supondría un milagro.

Era impresionante cómo le habían salido bien las cosas a Tyrone hasta el momento, empezando por su propia fuga, pensó él. Todo parecía tan casual que era como si estuviera planeado.

¡Maldición, por supuesto que estaba planeado! Un repartidor al que le daba un infarto, un vigilante distraído, un camión con la parte de carga abierta... Tenía el sello de Tyrone por todas partes. De Tyrone y de Rico.

Se apostaba diez contra uno a que tanto el repartidor como el vigilante habían sido sobornados o, más seguramente, habían visto amenazados a miembros de su familia. Así era como funcionaba la Mafia antiguamente y Tyrone había aprendido muy bien aquellos métodos.

Vincent nunca había hecho preguntas acerca de los negocios de su padre. Sabía más de lo que le gustaría simplemente viviendo en la misma casa que él y captando retazos de conversaciones, sobre todo las que mantenía con Rico y Buck.

Pero desde que era un niño, Tyrone se había juntado con ellos lo máximo posible. Y cuando cumplió los dieciocho, ya los acompañaba en algunas visitas de negocios.

Tyrone se alimentaba de la venganza, pero ni siquiera ella podía compararse a su avaricia. Y Vincent estaba contando con esa avaricia para que su plan funcionara.

El dinero era la moneda de cambio, pero no hablaría de ello hasta que los tres estuvieran en algún lugar donde estuviera seguro de que estaban solos. No negociaría hasta que supiera que podía proteger a Kelly.

Ya había escogido el lugar.

El teléfono vibró. Habían pasado menos de quince minutos desde la última llamada de Tyrone. Si era él, habría decidido adelantar el encuentro. Vincent se detuvo junto a la acera y contestó al teléfono.

La voz que respondió a su sombrío saludo lo dejó estupefacto.

—¿Dónde está mi madre?

—¿Kelly?

—Sí, soy yo —respondió ella con cautela—. ¿Quién es?

—Soy Vincent. ¿Estás bien?

—¿Qué estás haciendo tú con el móvil de mi madre? ¿Dónde está ella?

—Está bien. O lo estará cuando vuelva a tenerte a su lado. Y eso va a ser pronto, muy pronto.

—Me he escapado.

Él tomó aire atónito. Aquello tenía que ser uno de los trucos sucios de Tyrone.

—¿Cómo te has escapado?

—Rompí una ventana y salí por ella. Estaba tapada con tablones de madera, pero los rompí.

La esperanza empezó a desterrar la sospecha. Parecía entusiasmada.

—¿Lo dices en serio?

—Ya lo creo.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Antes de que anoheciera. Luego he nadado lo más lejos que he podido y después creo que me he desmayado. Pero una pareja me ha encontrado y ahora estoy en la casa de la chica.

Él echó la cabeza hacia atrás mientras el alivio lo inundaba. Tyrone estaba marcándose un farol, no tenía a Kelly. Ella estaba a salvo. Por primera vez Vincent se admitió a sí mismo lo frágil y precario que era su plan para rescatarla.

—¿Puedo hablar con la gente con la que estás?

—Sí. También quieren hablar con mi madre. Han avisado a la policía, pero aún no han llegado. ¿Puedo hablar con mi madre?

—No está conmigo, pero no está lejos. Te llamaré en cuanto pueda ponerse al teléfono.

—Apuesto a que le dará algo cuando se entere de cómo me escapé de esos matones.

—Apuesto a que sí.

Janice se había sentado junto a la ventana. No esperaba que Vincent y Kelly regresaran hasta dentro de por lo menos una hora, pero quería verlos en cuanto aparecieran a lo lejos.

Vio la luz de la moto incluso antes de oír el motor. El corazón le dio un vuelco. Era demasiado pronto para que regresaran. Algo iba mal. Salió a toda prisa de la casa y corrió hacia Vincent. Él apagó el motor y le tendió el teléfono.

—Alguien quiere hablar contigo.

Ella dudó. Vincent le puso una mano en el hombro.

—Son buenas noticias. Responde a la llamada.

Janice agarró el teléfono con manos temblorosas y se lo llevó a la oreja.

—¿Hola?

—Hola, mamá.

—¡Kelly! —exclamó ella y se agarró al manillar de la moto para no caerse al suelo—. ¿Dónde estás, pequeña? ¿Estás bien?

—Me he escapado de los secuestradores. Y luego he tenido que meterme en el río Misisipi. No creerías lo sucia que está el agua. Ahora estoy en casa de una chica bebiendo un refresco. Y la policía está aquí y todo eso.

Janice sintió que las piernas no la sujetaban. Kelly estaba sana y salva. Y Vincent también. Se acercó a él y se acurrucó en sus brazos.

—Pareces muy contenta —comentó ella intentando contener las lágrimas de emoción—. Dime dónde estás. Iré a buscarte.

—Creo que el señor Levine va a llevarme contigo. Está aquí ahora y quiere hablarte.

—De acuerdo. Te quiero, Kelly. No sabes cuánto me alegro de que estés bien.

—Yo también te quiero, mamá.

Janice apenas prestó atención a las palabras de Ken y dudaba de que le estuviera respondiendo de forma coherente.

—¿Puedes pasarme a Vincent? —le pidió el agente.

—Claro.

El corazón le vibraba de alegría cuando le pasó el teléfono a Vincent. Ignorando la lluvia, elevó los brazos y comenzó a bailar, girando llena de felicidad. No se sentía tan libre desde que tenía dieciocho años y estaba enamorada y llena de sueños que quería convertir en realidad.

Y esa realidad le había llegado ya.

—Te llamaré en cuanto sepa algo de Tyrone.

—Te lo agradeceré, Vincent. Pero sabes que esto no cambia nada. Seguimos teniendo que arrestarte.

—Lo sé, me entregaré sin armar escándalo. Sólo necesito que me hagas un favor.

—Pide lo que quieras, aunque no estoy seguro de poder conseguírtelo. No tengo demasiada influencia con la policía de aquí.

—Déjame quedarme con Janice hasta que llegues aquí con Kelly. Y luego déjame cinco minutos para poder despedirme de mi hija. Quizás no le diga que soy su padre, pero quiero tener la oportunidad de estar con ella y hablarle una última vez antes de volver a la cárcel.

—No te prometo nada.

Vincent clavó sus ojos en Janice mientras se bajaba de la moto y se acercaba a ella bajo la lluvia. Sólo que no quería bailar con ella. No había tiempo para eso. La subió en brazos y la llevó al interior de la casa de servicio.

—Estamos empapados —dijo ella, cerrando la puerta de un puntapié.

—Me ocuparé de eso.

Vincent dejó la pistola y el teléfono sobre la mesa y luego besó a Janice en la frente, en los ojos, en la punta de la nariz, mientras le desabrochaba los botones de la blusa torpemente. Estaba tan nervioso como si fuera su primera vez, cuando habían hecho el amor junto a las azaleas en flor, ocultos de la vista de todos salvo de la estatua griega del jardín. Eso había sido hacía una eternidad.

Janice le ayudó con los botones, se quitó la camisa empapada y comenzó a desabrocharle los botones a él. Los dedos de ambos se encontraron y él le rozó un seno suavemente. Él apartó las manos y le dejó hacer a ella mientras le desabrochaba el sujetador y le bajaba los tirantes.

Ella le abrió la camisa y juntó sus senos desnudos contra la piel de Vincent. Él estaba absolutamente excitado, el hambre de quince años estaba explotando en su interior.

Tomó los senos de ella con sus manos y cubrió su boca con la suya. Necesitaba ir despacio, pero no podía atenuar más la pasión que rugía dentro de él.

Ella se separó ligeramente y sujetó el rostro de él entre sus manos.

—Intenté olvidarte, Vincent. Todos estos años intenté sacarte de mi mente y de mi corazón. Pero no pude. No he podido dejar de quererte.

—A mí me ha sucedido lo mismo, cada noche. He tenido miles de sueños y siempre estabas tú.

Él quería decirle más cosas, pero todo era necesidad, deseo y pasión. Y amor...

Ella acercó sus manos a la cintura de él, le desabrochó los pantalones y se los bajó. Cuando él se hubo quitado las botas y los pantalones, ella estaba desnuda delante de él.

La levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas. Vincent sentía el corazón desbocado y la sangre ardiéndole en las venas. La atrajo hacia su erección. Ella hundió los dedos en su espalda y la boca en su cuello. Él la penetró y creyó que iba a desmayarse al sentir cómo abrazaba su miembro duro. Ya no tenía por qué contenerse, así que la abrazó fuertemente contra sí y explotó dentro de ella. Ella llegó al orgasmo con él y gritó de placer y de alivio.

Entonces ella apoyó los pies en el suelo, pero él no quería dejarla marchar. Necesitaba beber en la sensación de aquel cuerpo, húmedo y pegajoso de hacer el amor, apretado contra el suyo. Necesitaba memorizar aquel sentimiento y la fragancia y el sabor de ella. Lo necesitaría para sobrevivir cuando regresara a la cárcel.

—Te amo —susurró él—. Ocurra lo que ocurra, quiero que sepas que te amo.

—Yo también te amo. Y no va a ocurrir nada, salvo que vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos, nosotros dos y nuestra hija.

El tiempo volaba. A él le encantaría volver a hacerle el amor y más lentamente esa vez, para poder aprender qué movimientos y caricias le gustaban más a ella. Pero Tyrone llamaría en cualquier momento. Él quedaría con él en un lugar y luego avisaría a Ken Levine para que arrestaran a Tyrone. La policía acudiría al lugar de la cita con refuerzos y todo lo que necesitaran. Y no tendrían que preocuparse de proteger a Kelly, así que Tyrone no tendría ninguna oportunidad de escapar.

Ninguna oportunidad. ¿Por qué eso le resultaba tan difícil de creer?

Los padres de James estaban dormidos cuando él llegó a casa. Estuvo tentado de despertarlos, pero se ponían furiosos cuando él lo hacía porque se levantaban temprano para ir a trabajar.

No era ningún cobarde, pero se había asustado. La mayoría de los chicos que él conocía se habrían asustado. Incluso los policías habían alabado lo valientes que habían sido Betsy y él por haber recogido a una chica que estaba sola por el dique dando gritos, y más cuando había oscurecido. Ni

Betsy ni él habían confesado que habían acudido al lugar para besuquearse.

El padre de Betsy había dicho que el periódico regional, el *Times Picayune*, seguramente escribiría una noticia sobre su hija y él, y que seguramente los llamarían para acudir a algún programa de la televisión. Él se pondría su camiseta azul marino y los vaqueros del corte en la rodilla, así vestido parecía una estrella de rock.

Sacó un refresco de la nevera y se dirigió a su dormitorio. Qué bien que estaba de vacaciones. Así, si la televisión o la prensa lo requerían por la mañana, él estaría disponible.

¿Y si la policía se olvidaba de mencionarlos a Betsy y a él? Podía suceder y sería odioso. Quizás él debía asegurarse de que no se les olvidara. Habían pedido a todo el mundo que no dijeran nada hasta que ellos dieran la información a la prensa, pero seguro que lo hacían porque querían llevarse todo el mérito. Seguramente acudirían con cámaras de televisión cuando llevaran a Kelly junto con su madre a la casa de los Magilinti.

Descolgó el teléfono, llamó a información y pidió el número de las cadenas de televisión locales. Iba a avisarlas a todas y después echaría a la lavadora la camiseta azul.

Tyrone redujo la velocidad y luego giró en Franklin Avenue consumido por la furia. Tantos años planeando aquello y la insolente hija de Vincent se lo había arruinado. Estaba seguro de que se había ahogado, de no ser así Rico o él la hubieran encontrado. Aunque no habría sido fácil verla en la oscuridad, sobre todo con la tormenta.

De todas formas iba a matarla. A ella, a su madre y a Vincent. Las cosas buenas siempre iban de tres en tres, lo había leído en algún lado. Sus planes habían cambiado, pero seguía pensando en acabar con Candy y con Vincent, o al menos Rico lo haría después de que él tuviera el dinero en sus manos.

Se detuvo en un semáforo en rojo y telefoneó a Rico.

—¿Has llegado ya?

—Aún no. Las calles están inundadas, tengo que ir muy despacio.

—Vincent no permitirá que un poco de agua en la carretera lo detenga. Está empeñado en...

—Espera un segundo. Llevo la radio encendida y están hablando de Kelly. Oh, maldición.

Tyrone se puso rígido y el estómago se le encogió.

—¿Qué dicen de Kelly?

—Unos jóvenes la encontraron. La policía va a llevarla a la casa de servicio de los Magilinti para que se reúna con su madre.

—No estarás inventándote esto, ¿verdad?

—Demonios, no. Estamos en un lío, en un gran lío. Te dije que estábamos forzando demasiado las cosas. No debería haber dejado que me convencieras para meterme en esto.

La furia se apoderó de Tyrone. Sintió que perdía los estribos. Los cinco millones de dólares tenían que ser suyos. Él había sido quien había estado junto a su padre siempre que lo había necesitado. Y Rico también. Se habían jugado el cuello por Vincent Magilinti senior muchas veces.

¿Y todo para qué? Para que lo trataran como al hijo bastardo mientras Vincent era el príncipe de la familia. Y peor aún: había visto cómo su madre se rebajaba al nivel de una golfa cada vez que el señor Magilinti quería un poco de acción entre las sábanas. Rico también conocía la sensación, a su hermana también la habían usado.

Pero eso ya no sucedería nunca más. Vincent iba a morir y también Candy y su hija. Él los mataría a todos mientras celebraban su pequeña reunión.

Se cobraría su venganza, al precio que fuera.

Capítulo 14

Aunque sabía que Kelly estaba a salvo, esperar la llamada de Tyrone inquietaba a Vincent. Habían pasado cuarenta minutos, diez más de lo que Tyrone había dicho. El retraso podía deberse a que estuviera esperando a que cesara la tormenta, pero la experiencia lo llevaba a pensar siempre en lo peor cuando se trataba de Tyrone.

Vincent había hablado por teléfono tanto con Ken Levine como con el jefe de la policía de Nueva Orleans. Ellos se habían hecho cargo de la operación y le habían ordenado que no se saliera de las directrices que habían fijado. Estaba seguro de que tanto la mansión como la casa de servicio estaban vigiladas para asegurarse de ello. Aunque, como la mitad de las calles estaban inundadas, quizás por eso Ken y Kelly no habían llegado allí todavía.

Él odiaba quedarse fuera de aquello. Debería ser él quien tuviera el encuentro con Tyrone, quien comprobara que lo detenían con cargos de secuestrador. Debería estar haciendo algo más que quedarse sentado esperando; esperando a saber algo de Tyrone; esperando a que Ken llevara a Kelly a la casa de servicio.

La lluvia había regresado y golpeaba las ventanas mientras que los truenos las hacían temblar con demasiada frecuencia. Joel había mantenido la propiedad lo mejor que había podido, y él no iba a quejarse de ello. A veces incluso había tenido que vender algunos muebles para poder hacer las reparaciones oportunas.

Janice no dejaba de moverse de la expectación. Era como si toda ella hubiera cobrado vida. Se acercó a la ventana y contempló la lluvia.

—Creí que ya estarían aquí.

—Estoy seguro de que la tormenta los está retrasando. El tráfico siempre empeora cuando llueve.

—No sé en qué vendrá Ken, pero al menos debería tener una de esas sirenas portátiles.

—Con este tiempo no creo que intente correr. Si volcara el coche con Kelly dentro, lo matarías.

—¡Cómo me conoces! —dijo ella y se giró hacia él—. Sigo pensando en Tyrone. No quería planteármelo demasiado mientras ella estaba en sus manos, pero ahora me pregunto si él tenía pensado liberarla.

Vincent no se lo preguntaba, estaba seguro de que Tyrone tenía pensado matarlos a los tres. Y él había urdido un plan para asegurarse de que eso no sucediera.

—Cuesta creer todo lo que ha ocurrido desde la noche en que Ken me llamó y me dijo que te habías escapado de la cárcel. Nunca me imaginé que las cosas llegarían al punto en el que están.

—Tú resultas mucho más amigable esta noche de lo que lo estuviste entonces.

—No me negarás que no era muy probable que te convirtieras en un héroe.

—Kelly es la única heroína aquí.

Una ráfaga de luz pasó junto a la ventana. Janice también la vio y corrió a la puerta.

—Es Kelly, tiene que ser Ken con Kelly.

Cauteloso, Vincent agarró la pistola que había dejado sobre la mesa y siguió a Janice a la puerta. En lugar de Ken y Kelly había dos policías uniformados con chubasqueros azules. Uno sujetaba una linterna y el otro empuñaba un arma. Ninguno de los dos sonrieron al mostrarles su placa.

El que empuñaba la pistola, un tal Perry, clavó su mirada en Vincent.

—Necesito que me entregue su pistola, lentamente y sin movimientos bruscos, con el dedo lejos del gatillo y el cañón apuntando al techo.

Vincent se quejó. No le importaba entregar su arma, lo que realmente le disgustaba era perder su libertad.

—Ahora ponga las manos contra la pared y separe las piernas.

—Eso no es necesario —intervino Janice—. Ya le ha entregado su arma.

—Es un acto rutinario, señora.

Vincent deseó que ella no tuviera que presenciar aquello, pero mejor que se produjera en aquel momento que cuando Kelly estuviera allí. Aunque ella nunca llegara a saber que era su padre, no quería que lo viera como un criminal.

—Llevo otra pistola en mi bota derecha —avisó él y esperó a que el policía la encontrara.

—¿Alguna otra arma escondida? —preguntó el tal Perry quitándole la pistola de la bota.

—Puede llevarse las armas de él —dijo Janice, como si fuera la que estaba al cargo.

—Sólo hago mi trabajo, señora. Ahora tengo que pedirle que se haga a un lado —dijo el policía sacando unas esposas de su cinturón.

Janice se llevó las manos a las caderas.

—Él está cooperando con ustedes para encontrar al secuestrador.

—Lo comprendo, pero es un preso fugado. Tengo órdenes de esposarlo y retenerlo en mi coche patrulla hasta que el inspector Levine llegue.

—Si van a meterme en un coche, entonces uno de ustedes debería quedarse aquí —señaló Vincent—. La señora Stevens no debería quedarse sola.

—Mi compañero se quedará con ella aunque no esperamos que haya ningún problema —respondió el agente, le puso las esposas y lo condujo al coche.

—Supongo que los han avisado de que espero una llamada telefónica con información que necesita la policía —comentó Vincent.

—Soy consciente de eso.

—Entonces será mejor que se lleve el móvil —dijo él señalando la mesa.

Janice agarró a Vincent del brazo.

—Hablaré con Ken. Le diré lo de la carta y él logrará que te suelten. Entonces todos sabrán que eres inocente —dijo y lo besó en los labios.

Fue un beso fugaz, pero lo dejó destrozado.

—Cuídate y dale un abrazo a Kelly de mi parte.

—Te quiero —gritó ella mientras el policía se lo llevaba.

Él no miró hacia atrás. Podía soportar la cárcel, a Tyrone y casi todo lo que la vida quisiera ponerle delante. Pero no estaba seguro de ser lo suficientemente fuerte como para despedirse de Janice cuando quizás nunca más volviera a tenerla en sus brazos.

Acababan de meterse en el coche patrulla cuando sonó el móvil.

—Si es su hombre, consiga todos los detalles que pueda —le advirtió Perry.

Apretó el botón de contestar y acercó el aparato a la oreja de Vincent.

—Soy Magilinti.

—Sí, yo también.

Vincent asintió para que Perry supiera que era Tyrone.

—Dijiste treinta minutos —continuó Vincent comportándose como lo habría hecho si Kelly hubiera estado con Tyrone—. ¿Qué ha pasado?

—Es sólo que sé lo que te gusta esperar. ¿Tienes mi dinero?

—Preparado y esperándote, canalla.

—Entonces hablemos de negocios. He cambiado de idea acerca de Janice. Quiero que vengas sólo tú. Nada de policía ni de amigos ni ningún tipo de respaldo. Haz algo distinto y tu hija terminará con una bala en el pecho..

—¿Vas a decirme el lugar o vamos a estar charlando toda la noche?

—¿Tienes un bolígrafo?

—Sí.

Perry agarró un cuaderno con un bolígrafo y esperó a apuntar lo que Vincent le dijera. El lugar estaba en Algiers, en un parque de juegos que estaría oscuro y desierto en una noche como aquélla.

—Estate allí en diez minutos —añadió Tyrone—. De lo contrario, lo tomaré como que no vas a presentarte.

—¿Crees que se lo ha creído? —preguntó Perry cuando la llamada se cortó.

—Yo diría que sí. Ahora está en manos de la policía de Nueva Orleans.

—Entonces asunto terminado. Ese bastardo estará arrestado antes de que sepa qué sucede.

Pero con un hombre como Tyrone, no estaría todo terminado hasta que estuviera entre rejas, y quizás incluso ni así.

Eddie llevaba en el cuerpo de policía sólo dos semanas y aún no había visto nada de acción. Había creído que quizás esa noche podría divertirse, pero ahí estaba cuidando de la madre de la secuestrada mientras los chicos estaban en Algiers atrapando a los raptos. La mujer se paseaba cada vez más nerviosa.

—No comprendo por qué están tardando tanto —comentó ella por décima vez en unos minutos.

—Ya sabe cómo se inundan las calles cuando llueve así. Ése es el mayor

problema de vivir en una ciudad que está por debajo del nivel del mar. Las bombas de agua no pueden achicar tanta agua.

—Supongo. Me sentiré mejor cuando lleguen —respondió ella y se acercó de nuevo a la ventana—. ¿Qué es esa luz de ahí fuera?

Él se unió a ella para mirar por la ventana.

—Yo no veo nada.

—Ahí está de nuevo, sobre la estatua del jardín.

—Quizás sea el alguacil con su hija.

—Ellos no llegarían por el callejón de atrás, habrían aparcado el coche delante de la puerta principal.

—Supongo que tendré que echar un vistazo.

El policía se puso el chubasquero y llamó pidiendo refuerzos, aunque no era como si estuviera en una situación peligrosa. Había al menos un coche patrulla delante de la puerta y el hombre supuestamente peligroso estaba en Algiers. Aun así, acercó la mano a su pistola y se preparó para sacarla si era necesario tal y como le habían entrenado.

Ya no se veía la luz que le había hecho salir, aunque con la lluvia dándole en la cara apenas veía nada.

Llegó hasta los arbustos, se giró y se encaminó de regreso a la casa. Al instante vio luces, miles de ellas, como cohetes, dentro de su cabeza. Se llevó la mano a la frente. Estaba pegajosa de sangre caliente. Era su sangre. Se le doblaron las piernas y cayó de bruces sobre el barro.

No estaba seguro, pero probablemente estaba muriéndose. Intentó gritarle a la mujer que escapara, pero antes de que pudiera abrir la boca se le cerraron los ojos para siempre.

Janice paseó un poco más y luego regresó a la ventana. Ya no veía la luz. El policía estaría empapándose buscando luces fantasma. No estaría muy contento cuando regresara junto a ella. Aun así, ella insistiría en que llamara a alguien para que lo informaran de las últimas noticias respecto a Tyrone y a Ken y Kelly.

La puerta principal se abrió repentinamente. La conmoción y el terror paralizaron a Janice. Aquello no podía estar sucediendo, pero estaba pasando.

—La pequeña Candy Owens de nuevo en la casa de servicio donde comenzó todo...

Una ola de adrenalina se abrió camino entre la impresión.

—¿Cómo te has atrevido a secuestrar a mi hija?

—¿Que cómo me he atrevido? Fácil: tú eres basura, ayuda contratada. Ella es peor. Ella es hija de Vincent.

La maldad brillaba en sus ojos conforme se acercaba a ella. Impulsivamente, Janice agarró una silla de madera y comenzó a dar vueltas con todas sus fuerzas. Una de las patas golpeó a Tyrone en el ojo y él gritó mientras la sangre le corría por la cara.

Janice salió corriendo a toda velocidad hacia la puerta trasera y siguió el camino que conducía a los escalones traseros de la casa principal.

Él la seguía tan de cerca que podía escuchar su respiración acelerada. Janice no se atrevió a detenerse. Subió los escalones de dos en dos, se escurrió y estuvo a punto de caerse.

Incluso con el ojo herido, él estaba cada vez más cerca de ella. La puerta trasera de la mansión estaba delante de ella y Tyrone detrás. Si la puerta estaba cerrada, ella no tendría escapatoria.

La puerta se abrió y Janice gritó aliviada. Entró y echó el cerrojo. Eso le daría tiempo para correr a la puerta principal de la casa y salir donde estaba el coche patrulla.

En el pasillo se tropezó con una alfombra y cayó al suelo. Se torció el tobillo y el dolor le subió por toda la pierna. Pero eso no importaba. Tenía que escapar mientras Tyrone intentaba entrar. Entonces oyó romperse unos cristales y supo que él estaba dentro de la casa.

Janice quitó el cerrojo de la puerta principal y accionó el picaporte pero la puerta no se abrió. Necesitaba la llave para abrirla. La golpeó con los puños aunque sabía que era inútil. Nadie la oiría con aquella tormenta. Tenía que esconderse.

Las cortinas tras las que se había ocultado la otra vez no servirían, sería el primer lugar donde él miraría. Caminó pegada a la pared hacia la escalera que conducía a la biblioteca. A la biblioteca y a la cámara secreta detrás de las estanterías. Vincent no había sabido que existía, quizás Tyrone también lo desconocía.

El dolor del tobillo le llegó hasta la cadera mientras subía las escaleras, pero tenía que seguir adelante. Podía oír a Tyrone abriendo y cerrando puertas, seguramente de los armarios y la despensa. Con un poco de suerte buscaría en el sótano, eso le daría a ella tiempo para alcanzar la biblioteca.

Pero cuando llegó a la primera planta, vio la luz de la linterna de él recorriendo el vestíbulo justo debajo de ella.

—Pequeña Candy Owens, puedes correr, puedes esconderte, incluso puedes cambiarte de nombre y fingir tu muerte, pero antes o después te atraparé. Siempre lo has sabido, ¿verdad?

Se quedó pegada a la esquina del rellano sin mover un músculo, temiendo que él oyera su corazón desbocado y sus respiraciones aceleradas.

Por fin, él se alejó y ella siguió hasta el final de las escaleras. La biblioteca estaba al final del pasillo. Si él no sabía que existía la cámara secreta, estaría a salvo. Si lo sabía, ella moriría en aquel hueco tan parecido a un nicho.

Moriría y no vería crecer a Kelly. Moriría y no volvería a hacer el amor con Vincent.

Escuchó a Tyrone subir las escaleras. La cámara de detrás de las estanterías era su único escape. Janice deslizó la mano por la parte trasera de la estantería hasta que encontró el botón que accionaba la puerta. En cuanto las estanterías comenzaron a abrirse ella se escurrió entre medias.

Nunca había cerrado la cámara desde dentro. Ni siquiera estaba segura de que pudiera hacerlo. Pero tenía que intentarlo o aquélla sería su tumba.

El lugar estaba totalmente a oscuras. Tenía que confiar en su tacto, así que deslizó la mano y el brazo por la pared cercana a la abertura. El tiempo volaba. Una vez que él estuviera dentro de la cámara, sería demasiado tarde para nada.

Por fin sus dedos tropezaron con algo redondo y duro. Lo apretó. No sucedió nada, pero cuando lo giró hacia la izquierda, las puertas dejaron de abrirse. Lo giró hacia la derecha y las estanterías comenzaron a juntarse, pero el botón se le quedó en la mano. Intentó volver a meterlo en su sitio, pero las manos le temblaban tanto que se le cayó al suelo y rodó hasta algún lugar.

Ella comenzó a temblar toda entera. Estaba sepultada entre aquellas paredes y Tyrone estaba al otro lado. No podía oírlo pero sabía que estaba justo allí. Sintió una opresión en el pecho. Los pulmones le quemaban. Las estanterías podían abrirse en cualquier momento o quizás no volvieran a abrirse nunca. Entonces moriría en aquel reducido lugar sin luz y con apenas oxígeno.

No. Vincent sabría que ella estaba allí, se lo figuraría. Iría a buscarla. Sólo que Vincent estaba arrestado y pronto lo meterían de nuevo en la cárcel.

Tenía que encontrar el botón. Se agachó y se quitó el zapato del pie

hinchado. Cubriría cada centímetro del suelo pero encontraría el botón. Algo peludo le pasó por encima de la mano. Ella se tapó la boca y ahogó un grito.

Daba igual lo que hubiera en aquella habitación, tenía que encontrar el botón. Su pie tropezó con uno de los barriles, que se tambaleó, y ella temió que fuera a caer al suelo y hacer tanto ruido que llamara la atención de Tyrone. Logró estabilizarlo con el pie desnudo.

Inspiró hondo e intentó tranquilizarse. Tyrone aún no había abierto la puerta. Seguramente lo habría hecho ya si supiera que la cámara existía. Además, no podía quedarse en la casa para siempre sin que la policía lo atrapara.

Janice llegó hasta la esquina trasera de la estancia buscando el botón. Se sentó y apoyó la espalda contra la pared y de pronto se apartó de un salto porque le pareció que la pared se movía.

Se puso de rodillas y comenzó a empujar. Esa vez, toda una sección de la pared se abrió y ella se cayó hacia delante en lo que debía de ser otra habitación secreta. Intentó ponerse de pie y orientarse, pero el techo era tan bajo que tuvo que encorvarse. Estiró las manos. La apertura tenía un metro y medio de ancho, era más un pasadizo que una habitación.

Escuchó unos golpecitos pero no supo si provenían de la biblioteca o de algún lugar bajo el pasadizo. Su pie tropezó con algo duro. Se agachó y lo palpó con las manos. Oh, no, era un trozo de cemento de la pared.

Se estremeció. De pronto se le metió el frío en los huesos, sintió náuseas y admitió que estaba aterrada. Si la pared se le caía encima, se quedaría enterrada viva.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, todo estaba iluminado. Y en medio de esa luz de la biblioteca estaba la silueta oscura de Tyrone.

—Pequeña Candy Owens, diantres, ¿cómo has llegado hasta aquí? Te acostabas con el hijo del jefe, te escabullías por pasadizos secretos... Me encantaría saber cómo supiste que existía este lugar. Me tienta mucho la idea de dejarte aquí para que mueras. Pero no puedo arriesgarme a que alguien venga a rescatarte. Así que tendré que dispararte.

Él entró en la cámara y apartó el zapato de ella de su camino. Levantó la pistola y apuntó a su cabeza.

Janice sabía que iba a morir, pero no vio pasar su vida delante de sus ojos. Lo único que vio fue a Kelly y a Vincent. Al fin y al cabo, ellos eran su vida. Esperaba que los dos supieran lo mucho que los quería. Esperaba que siempre

lo hubieran sabido.

Capítulo 15

Cuando por fin sonó el móvil, era Ken. Quería que supieran que Tyrone no se había presentado en el lugar acordado y que seguía en busca y captura. Y quería asegurarse de que Janice se enteraba bien de que Kelly estaba bien y deseando verla. Aún estaban en Westbank, intentando circular a través de calles inundadas.

Vincent estaba seguro de que a Janice no le gustaría oír esas noticias. Estaba tan ansiosa por ver a Kelly que sería capaz de caminar con agua hasta la cintura con tal de reunirse con su hija, si era necesario.

—Me gustaría hablar con Janice un minuto, díselo a tu compañero cuando se ponga ahora al teléfono —le pidió Vincent.

Dudaba mucho que Perry fuera a concederle la petición. Según parecía, al joven policía no le hacía mucha ilusión ayudar en un caso de secuestro.

Perry frunció el ceño.

—No responde nadie.

—¿Está llamando?

—Sí, pero nadie responde. Lo intentaré de nuevo dentro de un par de minutos.

Vincent se puso tenso.

—No podemos desperdiciar dos minutos. Tenemos que regresar allí dentro y comprobar que Janice está bien.

—Está arrestado, Magilinti, no al cargo.

—Enciérrenme para siempre cuando todo esto termine, pero ahora no juegue a policías conmigo. Algo va mal y lo sabe.

—Tendré que avisar para que manden refuerzos y alguien para vigilarlo.

—No hay tiempo. Suélteme las esposas. Yo seré su refuerzo.

—Ésa será la forma más segura de que me disparen.

—Si su compañero no ha respondido a su llamada quizás es que no puede hacerlo.

Perry exhaló molesto.

—De acuerdo, puede venir conmigo. Pero las esposas se quedan donde están.

—Andando.

La lluvia había amainado, pero las calles seguían inundadas. Perry acababa de saltar un charco cuando casi se cayó sobre su compañero. Se inclinó sobre él el tiempo justo para comprobar si tenía pulso y maldijo en voz baja. Entonces le quitó las esposas a Vincent.

—Hágame un favor. Si encuentra al canalla que ha hecho esto antes de que lo haga yo, mátelo.

—Necesito un arma.

—No puedo... qué demonios, llévese la de Eddie. Él ya no va a necesitarla.

Vincent agarró la pistola y salió corriendo como una exhalación dejando al policía detrás.

Janice miró fijamente a Tyrone mientras trataba de imaginárselo de niño con la rodilla sobre el cuello de Vincent, asfixiándolo. Pensó en lo mucho que debía de haber asustado a Kelly. Y lo vio irrumpiendo en la sala quince años atrás, repartiendo balas entre los asistentes.

—El señor Magilinti no te pidió que acudieras a la casa esa noche, ¿verdad, Tyrone? Entraste para matarlo. A él, a Vincent y a todo el que se interpusiera entre tú y los cinco millones de dólares.

—Te ha llevado mucho tiempo llegar a esa conclusión y aun así lo has deducido antes que la policía, la Mafia e incluso los jefes de la droga sudamericanos. Todos se creyeron mi historia. Yo sólo era un sobrino leal que cumplía con las órdenes de mi tío.

—Querrás decir las órdenes de tu padre, ¿no?

—No. Puede que él pusiera el semen, pero nunca fue un padre para mí. Me usaba igual que usaba a mi madre. A ella la usó hasta que la consumió y conmigo planeaba hacer lo mismo. Esa noche él iba a marcharse con el dinero.

—Y tú se lo impediste...

—¿Por qué no iba yo a ocupar su puesto? Era el único Magilinti con agallas para dirigir la organización. Además, yo no era peor que él. Él tenía a sus propios hombres esperando para entrar y hacer exactamente lo que yo hice, sólo que no pensaba que le dispararan a él. Y él no iba a llamarlos hasta que su querido estudiante de universidad, Vincent, hubiera salido de la casa.

Ella salió cojeando del pasadizo y regresó a la cámara.

—¿Qué le ocurrió a mi madre?

—Dímelo tú. Me imagino que Vincent senior le pagó para que escondiera el dinero por él. Ella pilló lo que él le dio y salió corriendo. Parece que tu madre no era mejor que mi padre. Los dos eran una pareja de manipuladores.

—Yo no sé tu padre, pero mi madre no me abandonó. Ella nunca lo habría hecho.

—Pero lo hizo y ahora parece que Vincent también lo ha hecho. Quizás deberías haberme dejado a mí meterme en tus bragas en lugar de a él. Yo me hubiera quedado a tu lado y hubiera cuidado de ti.

—Prefiero que me dispaes a que pongas tus apestosas manos sobre mí.

—¿Y por qué no hago ambas cosas?

Se dirigió hacia ella y Janice se tambaleó hacia atrás, tropezándose con el pedazo de cemento. Le pegó una patada lo más fuerte que pudo con su pie bueno y la piedra voló por el aire y golpeó a Tyrone en mitad de la frente. Él gritó y se lanzó contra ella como un toro enfadado.

Ella se apoyó sobre las manos y las rodillas y se deslizó hacia el pasadizo. Él la siguió. La agarró del pie y ella gritó de dolor, sabiendo que eso suponía una satisfacción para él. Reunió fuerzas y le golpeó con el tacón del otro pie en la mandíbula. Luego siguió adelante, adentrándose más en el pasadizo, que cada vez se estrechaba más. Por un segundo creyó que había llegado al tope, pero el pasadizo hacía un ajustado giro hacia la derecha y continuaba. Era tan estrecho en ese punto que ella tuvo que retorcerse como una contorsionista para poder pasar.

Cuando giró la esquina perdió la iluminación de la linterna de Tyrone. Sólo existían sombras y claroscuros. Se golpeó la cabeza con algo. Le llevó algunos segundos identificar qué era, y por fin reconoció que era una viga de madera que o bien se había podrido por efecto del agua o por las termitas y había caído sobre el pasadizo.

Acababa de apoyarse contra la viga cuando la luz de la linterna de Tyrone le dio en la cara. Aparentemente él era demasiado grueso para poder pasar el

recodo, pero estaba apoyado sobre el estómago, mirándola de forma lasciva, con la pistola en una mano y la linterna en otra.

A Janice se le nubló la vista con tanta luz y parpadeó hasta que vio claro de nuevo. Cuando lo hizo, le llamó la atención un pedazo de tela estampada que sobresalía de debajo de la viga. Era de color verde y rosa, con flores. Se le revolvió el estómago. Conocía aquella tela demasiado bien: había sido uno de los vestidos preferidos de su madre. Miró por encima de la viga y palideció. No había nada más que huesos.

La invadió el dolor de la pérdida mezclado con terror. Su madre había muerto porque la viga le había caído encima, había muerto de la forma en que Janice había temido morir. Ojalá hubiera sido una muerte rápida, del golpe en la cabeza, por ejemplo. Necesitaba agarrarse a eso.

Tyrone gritó y dirigió la luz hacia los restos de vestido y huesos, y más allá a diferentes arcones pequeños de metal. ¿Sería el dinero? No había forma de saberlo, pero tenía sentido. Su madre no lo había robado, había muerto escondiéndolo. Ésa debía de ser la tarea tan urgente que Buck Gorman le había pedido que hiciera.

Mientras que la casa y casi todos en su interior habían sido cosidos por las balas, su madre había muerto por una viga desprendida del techo.

El sonido de disparos devolvió a Janice al presente. Miró detrás de ella y vio el cañón del arma de Tyrone. Cerró los ojos. Tenía dieciocho años. Estaba bailando en el jardín con el hombre más guapo del mundo.

Cuando los disparos sonaron de nuevo, todo se volvió oscuro.

Capítulo 16

—Tira el arma o estás muerto.

Tyrone se giró pero no tiró el arma.

—Has llegado tarde, tu dama está muerta. Si no me crees, llámala.

—¡Candy! ¡Candy! —exclamó él—. ¡¡Candy!!

—¿Lo ves? No te responde.

Vincent se sintió vacío por dentro, como si no quedara nada de él. Nada salvo rabia. Colocó la pistola que había quitado al policía muerto en la sien de Tyrone.

—No vas a apretar el gatillo, eres demasiado cobarde. Siempre lo fuiste. Tú no encajabas en la familia Magilinti —dijo Tyrone y se giró y levantó su arma.

Vincent disparó, dos veces. Tenía el dedo en el gatillo cuando Perry le sujetó el brazo.

—Está muerto, compañero. Déjalo.

Vincent tiró la pistola al suelo y sacó a Tyrone del estrecho pasadizo. Luego se metió él mismo por el corredor llevando la linterna que le dio Perry. Sentía que todo le pesaba. En cuanto pasó el punto donde el pasadizo giraba, vio a Candy. Estaba de espaldas a él, apoyada sobre una viga, con la cabeza y las extremidades como muertas.

Él intentó alcanzarla pero no llegaba.

—Vincent...

A él se le detuvo el corazón.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó ella.

Él intentó recuperar el aliento.

—Creí que estabas muerta. No me has respondido cuando te he llamado.

—Creía que estaba soñando con tu voz —dijo ella arrastrándose hasta él.

Él la tomó en sus brazos y hundió su cara bañada en lágrimas en el cabello de ella. La besó y la abrazó fuertemente. Aunque aquél fuera el único milagro que viera en toda su vida, se sentiría un hombre bendecido durante el resto de su vida.

Epílogo

Ken se quedó al fondo de la pequeña iglesia del barrio residencial de Chicago y observó a la joven dama de honor andar pavoneándose hacia la cabecera de la iglesia. A él no le gustaban mucho las bodas, pero aquélla no se la habría perdido por nada del mundo.

Kelly se acercó al novio cuando llegó al altar y le dio un beso y un abrazo. Los dos estaban radiantes. Ella tenía su sonrisa y definitivamente también sus ojos. Pero tenía las agallas de su madre. Echaba de menos a Janice, pero le encantaba que ya no estuviera en el programa de protección de testigos.

Tyrone estaba en el único lugar donde no podía hacer daño a nadie, en una tumba en Algiers. Y en cuanto al resto de la Mafia, los Magilinti ya no eran más que una interesante anotación a pie de página en la historia del crimen. No perderían el tiempo vengando a Tyrone.

Los cofres de metal contenían los cinco millones de dólares. El departamento del Tesoro había confiscado el dinero, pero Vincent tenía su herencia de un millón de dólares y el dinero de la venta de la mansión familiar.

Y lo que era mejor: tenía su libertad. Después de una breve vista, un juez anuló su juicio basándose en un tecnicismo jurídico.

La marcha nupcial comenzó a sonar. Ken se puso en pie al igual que los demás. La novia llevaban un vestido blanco que acentuaba su delgada cintura, y el pelo rubio suelto sobre sus hombros desnudos. Ya no era la anodina Janice Stevens, había vuelto a ser la dulce y sexy Candy Owens.

Ken se preguntó si Vincent sería consciente de lo afortunado que era. Y por la sonrisa de su rostro, supuso que sí.

Candy intentaba prestar atención a las palabras del pastor, pero su mente viajaba una y otra vez al pasado. Se imaginaba a Vincent con el aspecto de aquella primera noche, cuando ella lo había descubierto mirándola bailar en el jardín. Era el hombre más guapo que había visto nunca.

Se había olvidado de los malos recuerdos, pero había conservado los buenos. La vida siempre contenía cosas buenas y cosas malas. Quizás la mayoría de la gente no tendría que pasar por lo que ella había pasado, pero podía haber sido mucho peor. Y muy pocas personas lograban ser tan sumamente felices como ella lo era ese día.

Candy pronunció los votos sin derramar ni una lágrima, hasta que Vincent tomó el anillo que le tendía Joel y se lo colocó en el dedo.

Por fin el pastor pronunció las palabras que ella tanto había esperado.

—Y ahora os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia y abrazar a tu hija.

Pero Vincent se quedó inmóvil, mirándolas a las dos como si en cualquier momento fueran a desaparecer si parpadeaba.

—¿Estás bien? —le susurró Candy.

—Lo estoy ahora que te tengo para siempre, señora Magilinti. ¿Y sabes qué? Nunca hubo nada malo con mi nombre. Sólo necesitaba estar unido al amor.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com